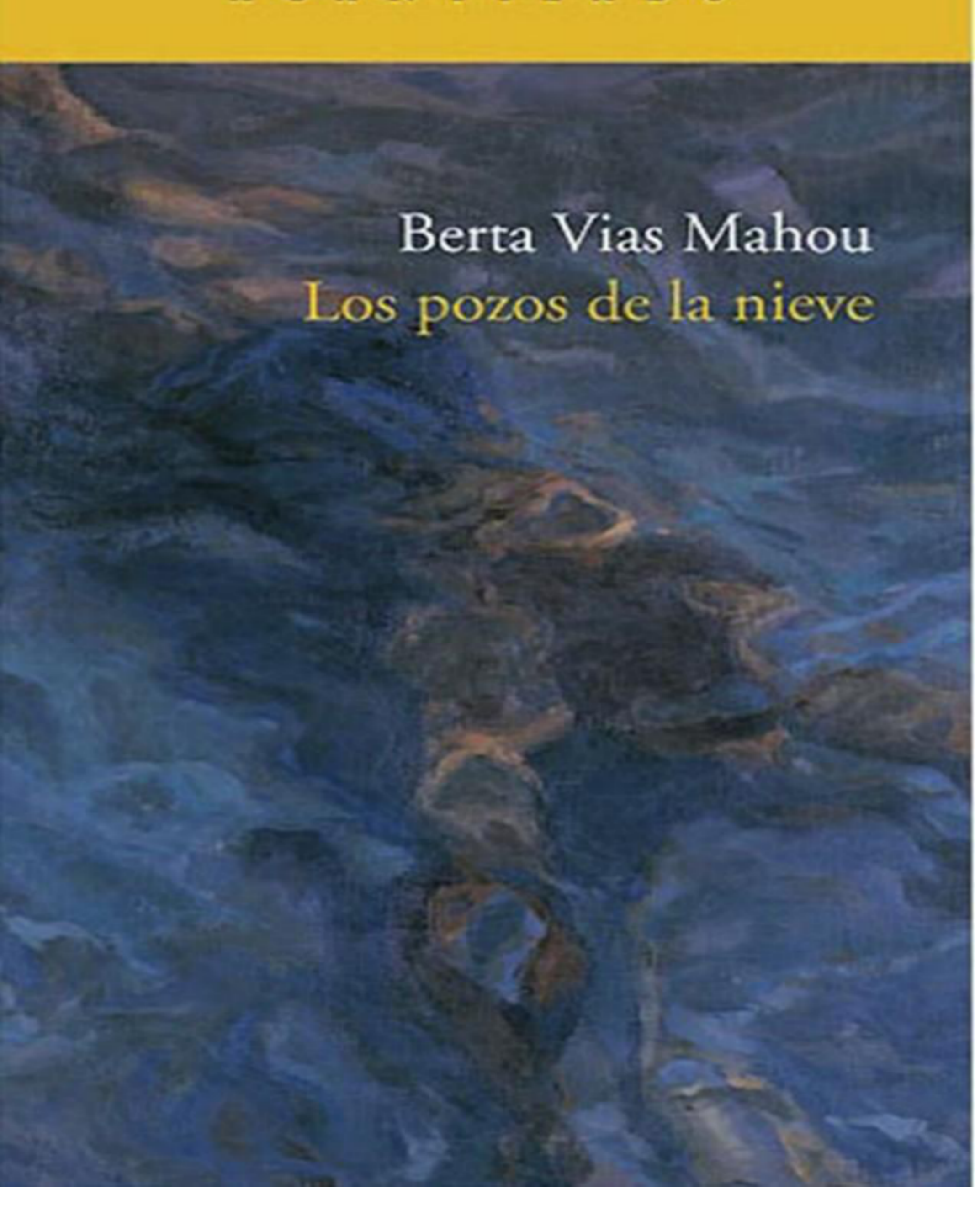
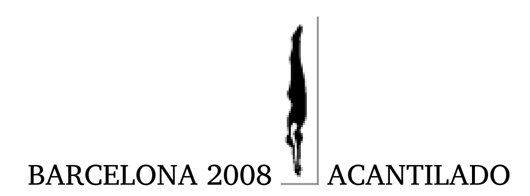

ACANTILADO
Berta Vias Mahou
Los pozos de la nieve

LOS POZOS DE LA NIEVE

BERTA VIAS MAHOU


BARCELONA 2008 ACANTILADO

Publicado por:
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 — 08006 Barcelona
Tel.: 934 144 906 - Fax:934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

ISBN: 978-84-96834-67-5
DEPÓSITO LEGAL: B. I.661 — 2008

En la cubierta, *Guadalupe* de Jaime Lorente

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÁ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2008*

Para Pedro, Antón y Pedro, con no sé cuántos besos rotos.

Nuestras palabras
nos impiden hablar.
Parecía imposible.
Nuestras propias palabras.

PEDRO CASARIEGO CÓRDOBA
La risa de Dios

ENTRE Y PREGUNTE SIN MÁS

«Mi abuelo, al tomar el café, me hablaba de Juárez y de Porfirio, los zuavos y los plateados. Y el mantel olía a pólvora. Mi padre, al tomar la copa, me hablaba de Zapata y de Villa, de Soto y Gama y los Flores Magón. Y el mantel olía a pólvora. Yo me quedo callado, ¿de quién podría hablar?». Has recordado este poema, un poema con aires de canción mexicana, y aquellos tiempos en los que el mantel olía a pólvora han vuelto a ocupar tu memoria. Y una extraña necesidad, la de venir hasta aquí, para acabar paseando como ahora paseas, entre las cruces, mientras empieza a nevar otra vez. Te subes el cuello del abrigo, te frotas las manos, vuelves hacia la entrada y te detienes ante la estela bajo un tejado a dos aguas para leer la inscripción que al entrar ignoraste. En este cementerio descansan veintiséis soldados alemanes de la Primera Guerra Mundial y ciento cincuenta y cuatro de la segunda. Pertenecieron a tripulaciones de aviones que cayeron sobre España, a submarinos y otros navíos de la armada hundidos junto a nuestras costas. Algunos murieron en hospitales españoles a causa de sus heridas. Sus tumbas estaban repartidas por todo el país, allí donde el mar los arrojó a tierra, donde cayeron sus aviones o donde ellos alcanzaron a llegar.

Has venido a pie, desde Cuacos de Yuste, dejando un largo rastro en la nieve. Las pisadas oscuras. Los cristales de hielo aplastados, derritiéndose. Esta mañana los campos aparecieron cubiertos, aunque ahora vuelve a lucir el sol, un sol de invierno, brillante, pero débil. Las montañas aún se ven de color lila y todavía no han despejado la calzada, pero la puerta aquí está abierta. Alguien, siempre puntual, se encarga de que todo esté en orden. Aun así, no ves a nadie. Hace tiempo que la curiosidad de unos pocos, alimentada al principio por algunas noticias de periódico, dejó paso a la soledad de los muertos que van cayendo en el olvido, atrapados para siempre en tierra extraña. Nadie ha salido como tú tan temprano, sólo para ver unas cuantas tumbas. Nadie, excepto tú, el hombre que sabe que debe permanecer al margen y leer la historia que vivieron los demás.

Dicen que al caer la tarde vienen algunas personas del pueblo. Que al anochecer ven halos de luz. Y que traen flores. Una vez para una

tumba. Otras para otra, al azar, porque ya nadie sabe quiénes son estos hombres, ese montón de nombres a los que de vez en cuando alguien rinde un silencioso homenaje. Tú te entretienes leyendo las inscripciones, calculando la edad que tenían cuando cayeron. Oficiales, cabos, soldados rasos. *Ein unbekannter deutscher Soldat*. Un soldado alemán desconocido. Y otro un poco más allá. Y otro. Nombres hermosos, con ecos muy diferentes. Las cruces, en cambio, todas iguales, de granito, toscas y un tanto irregulares, aunque sobrias, elegantes, y no muy altas. Tienen regueros oscuros. De los frutos de los árboles. Y blanquecinos. De los pájaros. Hay hojas de roble caídas sobre la nieve. Una alfombra de condecoraciones pardas, crujientes. Y las estelas de pronto cobran vida. Son hombres uniformados, todos de la misma estatura y con el mismo porte, un ejército en formación, aunque ya no marcan el paso, no pueden presentar las armas, encogidos para siempre bajo la tierra, entre encinas y olivos encorvados, bajo un sol que no es el suyo. También un par de robles y una glicinia seca estiran los dedos hacia la luz. Y la hiedra y la retama en los lindes, junto a la tapia.

Has visto tantos cementerios a lo largo de tu vida. Pequeños, grandes, luminosos, lúgubres. Casi todos se parecen. Y, sin embargo, cada uno tiene una personalidad propia. La que le han dado los familiares de los muertos, la gente del lugar, no la que hubieran querido quienes en ellos yacen enterrados. Pocos, muy pocos, parecen dispuestos a cumplir la última voluntad de los demás. Pocos, menos aún, la expresan con la sencillez y la sinceridad de un poeta. Si alguna vez muero, quiero azaleas encima de mí. Quiero una ausencia de cruces. Azaleas encima de mí… Debe de ser tan difícil resistir a la tentación del monumento. Y, sin embargo, nada aquí hace pensar en la sangre, en el dolor, en el caos de los cuerpos desmadejados. Qué distinto del cementerio judío de Praga, con esa profusión de laudas, agazapadas unas sobre otras, como dientes en el interior de una boca talmúdica. Éste es un cementerio alemán. Ordenado, recto.

Hermann Kilp. 1920-1943. Günter Reinke, muerto a la misma edad. Johannes Hoffmann, a los veinte. Waldemar Sichart von Sichartshoff, a los veinticinco. Otto Reichert, a los veintiuno. Walter Klima, a los veintidós. Rudolf Tanzberger, también a los veintiuno. Alfred Schlappa, Lothar Klooss, Florian Stabentheimer, Karl Bruckner, Peter Brühl. Así hasta ciento ochenta hombres, la mayoría muy jóvenes. Seres humanos que ya no son. Como tantos otros, muertos a manos de sus semejantes. Respiras hondo. Cierras los ojos. Dicen que en tiempos de guerra hay que aprender de nuevo a vivir. Como en una cárcel. O después de una pérdida. Tal vez por eso sean tiempos que se recuerdan sin cesar. Tiempos en los que en unos pocos años, en unas horas, se vive lo que otros quizá no vivan en toda una vida, algo que a

muchos les costó la suya. En esos tiempos de muertos que no mueren del todo. Dicen también que en esos tiempos en los que el mantel huele a pólvora es cuando de tu interior puede surgir lo más grande y lo más vil. Las nobles cualidades, del mismo rincón que las acciones más ruines.

Tal vez por eso los de guerra sean tiempos que recuerdas sin cesar. Tal vez por eso el poeta añoraba que su abuelo, después de comer, le hablara de Juárez y de Porfirio, de los zuavos y los plateados. Porque él, después de comer, se quedaba callado, preguntándose de qué, de quién podría hablar. Como tú, por más que hables para tus adentros, repitiéndote siempre las mismas preguntas. Como tú, que quisieras hacerlo en voz alta. Hablar de todo aquello que te han contado, de lo que no te dijeron también, de lo que has podido averiguar. Hablar de Julio y de su hermano José con los codos apoyados sobre la mesa. De Julio y de su hermano José contemplando la carne transparente, roja, las semillas negras, resbaladizas. De Julio y de José reunidos por última vez en torno a un mantel. Y de Clara, frente a la tumba de su hijo, muerto también a los veinte años, también él a manos de uno de sus semejantes. Hermann Stauffer. 1939-1961.

Has vuelto el rostro hacia el pasado y quieres detenerte, recomponer los fragmentos, no dejarte arrastrar por el futuro, porque sabes que tal vez la única manera de lograrlo sea escribiendo, tratando de recuperar cada retazo antes de que se pierda para siempre, pero tu ánimo es un ser desconocido, caprichoso, una criatura a la que con frecuencia ni tú mismo pareces entender. Tan pronto piensas que hay que hablar en voz alta, que hay que escribir y que hay que tratar de hacerlo como un poeta, como sientes una aversión invencible hacia la palabra, no sólo hablada, también escrita. Pero no tardas en volver a estar convencido de lo contrario, de que sí, de que hay que hacerlo, obedecer a esa necesidad, a ese urgente deseo de coger papel y lápiz y ponerte a escribir, aunque sabes que las dudas, la sensación de que harías mejor cortándote la mano derecha, no tardarán en reaparecer. Cortarte la mano derecha, sí. Y después la izquierda, en cuanto aprenda a hablar como la otra. Silencio, te dices. Y no se hable más de ti, ni siquiera de tus manos, esos muñones empeñados en juntar palabras. Porque tú aquí no eres nadie. Sólo un hombre que debe permanecer al margen y leer la historia que vivieron los demás.

Karl Bruckner, Peter Brühl, Otto Rink. Los nombres de todos esos jóvenes desaparecidos hace años y años. Las cifras que tanto dicen, sin decir apenas nada. 1923-1943. 1921-1943. 1920-1941. Una vez más, respiras hondo, con los ojos cerrados, y en el silencio sólo roto por el vuelo de una bandada de rabilargos y el tableteo del pico de una cigüeña acechas la voz del viento. Y de pronto escuchas un disparo, una bala que se hunde en la carne, que se pierde en la nada, inmensa,

de otro tiempo. En tu corazón. En el silencio del campo todo se oye cerca y a un tiempo lejos, con lo que resulta difícil saber si el ruido vino de dentro o de algún lugar ahí fuera. Y sientes un fuerte dolor en el pecho. Una silueta oscura, una sombra agazapada en tu interior, levanta la cabeza y te mira a los ojos. Despacio y a la vez de una manera súbita. Una sombra agazapada tras el tronco de una encina, como una escultura de bronce reverdecida por el tiempo que de repente cobrara vida y alzara la vista en mitad de un sueño. Tan despacio y a la vez de un modo tan repentino que aún sientes que te está mirando. Abres los ojos, para no ver su rostro, para que deje de mirarte.

Las vainas de las glicinias tiemblan sobre tu cabeza, murciélagos de carnes lívidas recogidos en la bolsa formada por sus alas. Y los toros vuelven a mugir allá lejos. Vamos, Samuel. Trata de reconstruirlo todo. Busca los fragmentos entre la pila de escombros. Y te das media vuelta y te alejas por el camino blanco, pisando tus propias huellas, el largo rastro de tus pisadas en la nieve, cabizbajo, sumido en tus recuerdos, en tantas preguntas aún sin respuesta, sabiendo que tal vez nunca llegues a conocerlas, pero dispuesto a coger al fin papel y un lápiz. A escribir. Despacio, con paciencia, porque cada palabra es una lucha, una lucha con el deseo de callar, con la imposibilidad de hacerlo. Y aun así, seguir adelante, con la misma calma con la que te sentarías en un banco de una calle cualquiera a esperar que las palabras acudieran a ti, esas palabras que tan a menudo parece que se te niegan, que huyen de tu lado, pero que de pronto, cuando menos lo esperas, te llegan como si fueran copos de nieve, cayendo desde lo alto sobre ti, descendiendo hasta cubrirte por completo.

Imágenes, ideas, palabras con las que ir reconstruyendo el pasado, esa selva enmarañada, borrosa, sombría y llena de misterio que abarcas con la mirada desde lejos. Imágenes, ideas, palabras que a menudo te vienen como por casualidad. Como los sueños, sólo en apariencia azarosos. Para tratar de recomponer lo que, despedazado, ha ido quedando atrás, recurriendo casi tan sólo al presente, al infinitivo, al gerundio. Y, sobre todo, a las pausas. No sólo en la escritura. Quisieras hablar también así. Siempre rozando el silencio. Presente, infinitivo, gerundio. Los tiempos del poeta, del conjuro. Los tiempos de la oración, no siempre agradecida. Y abandonar el pretérito perfecto, en el que tantas veces se echa en falta lo incompleto, la duda. Esa música capaz de hacerte vivir en otra dimensión, de obligarte a imaginar, instalándote para siempre en la generosidad de la incertidumbre. Hay tantos verbos definitivos en la vida de la prosa.

APAGUE AQUÍ SU CIGARRILLO

Ese tocador de caoba recubierto de espejos y cristales, con cajones de distintos tamaños, de los que cuelgan unas argollas bañadas en oro que sirven de tiradores, ese mueble de largas patas y formas anfibias se ha convertido desde hace un tiempo en todo tu mundo. Álbumes de fotos, partidas de nacimiento, de defunción, cartas, postales, un devocionario de hace más de cincuenta años. En su muda presencia, los cajones guardan una infinidad de significados. Cada uno ofrece un viaje a un reino distinto. Abres uno de los compartimentos y sacas una fotografía pegada sobre un cartón amarillento combado tras casi un siglo de existencia. La imagen de una niña vestida de encaje blanco, con las mangas muy anchas, los faldones volando a su alrededor, los puños hundidos entre blondas y lazos, las suelas de las botas en ángulo recto. Sentada en un cojín sobre un pedestal tapizado con una tela de dibujos geométricos, como si fuera un bocado exquisito. O las llaves de una ciudad. Un futuro Papa, triste y guapo, con pendientes en las orejas. Los ojos cristalinos y la cabeza cubierta por una pelusa casi invisible. Se aprecian hasta los pequeños clavos incrustados en el cartoncillo de los tacones. En el margen, escrito con tinta negra, un nombre. Clárchen Stauffer.

Para leer una fotografía, como con un buen libro, es necesario registrar las imágenes miles de veces, y hacerlo como quien busca huellas, víctimas y verdugos, repasándolas una y otra vez, a diferentes horas del día, desde distintos ángulos, bajo estados de ánimo diversos, a diferentes edades. Sólo entonces, cuando aprendes a recorrer cada imagen como si fuera una calle muy larga de una ciudad por la que caminas por primera vez en tu vida o las páginas de un libro que no quisieras olvidar nunca, las figuras, las palabras, las escenas no te abandonan jamás. Y tal vez hasta puedas llegar a descubrir algo que de otro modo habría permanecido oculto para siempre, entre líneas, en algún rincón de la fotografía. Tal vez entonces los secretos del pasado, los de la historia que estás leyendo, se deslicen fuera de sus escondrijos.

La cama de un hospital. Sabes, porque te lo han contado una y otra vez, porque has preguntado, empeñado en averiguar siempre algo

más, esforzándote por buscar alguna clave en las palabras de quienes estuvieron allí, en los silencios de quienes te cuentan, que fue durante una tarde de tormenta. En 1912. Uno de los últimos días de mayo. Ahí fuera llueve sin pausa. Un chorro de agua cae por uno de los canalones y golpea contra una chapa de metal. Y en la habitación, una parturienta se seca la frente. La comadrona acaba de cortar el cordón. El médico arroja a un lado un despojo. Una masa rosàcea, llena de grumos de alhorre. La recién nacida queda a los pies del lecho. Comiéndose las sábanas. No vivirá, comenta el doctor sin volverse. Avergonzado. Y porque aún tiene que hacer. La vida de la madre corre peligro. Lo siento, don Conrado, no se puede hacer nada. El padre no aparta los ojos del cuerpo de la niña. En su barba roja y enjuta, un incendio. Los labios, perdidos en la pelambre, ni siquiera son capaces de esbozar una protesta.

Una enfermera se acerca con una esponja grande y un lebrillo desportillado. Conrado ha encogido la cabeza entre los hombros. Es alto, muy delgado, pero de pronto parece un pigmeo. La piel se ha pegado aún más a sus huesos. Se sienta en una esquina, sobre el colchón. La partera sacude la cabeza a un lado y a otro. Lo siento. Y se aleja, arrastrando los pies. La criatura tan sólo pesa ochocientos gramos. Se la puede coger con una sola mano, sostenerla en la palma, como a un ratón. Un ratoncillo muerto. Conrado la observa en silencio. Tiene la piel transparente, las facciones desvaídas. Se le ven las venas, azules, rojas, verdes. Casi parece que se le podrían estudiar las entrañas, y el alma. Sin necesidad de abrirla con un bisturí. Nada, repite el doctor. Nada que hacer. Y también él sacude la cabeza a un lado y a otro, mientras se lava las manos. Después se las frota con alcohol. Se llenaría de escoceduras. Moriría enseguida, con la primera infección. Al menor roce.

Ahí fuera se oye el compás de las últimas gotas. La tormenta empezó con rabia. Ahora cesa tímida, lentamente. El padre estira el cuello. Mira a su alrededor, buscando ayuda. No se conforma con unas palabras de consuelo. No es sólo por esa niña, que no es la primera, que podría ser la última. Ni por Bertha Adelheid, la pequeña de dos años que se ha quedado en casa con unos parientes. ¿Cómo decirle que la cigüeña ha traído un cadáver colgando del pico? Julia llora en silencio, los ojos cerrados, la cabeza hundida en la almohada. Ha cumplido ya los treinta. Y esperaba tener más hijos. Sin embargo, de sus labios no saldrá ni una queja. Ni un reproche. Sólo sus ojos grises se volverán aún más traslúcidos. Pero Conrado, a pesar de su aspecto ascético, frágil, es un hombre voluntarioso. Sabe que debe luchar, arrebatársela al destino, adelantarse a la ciencia. Buscar el milagro en el que ya no cree nadie.

Vuelve la cabeza, sentado aún a los pies de la cama. En una

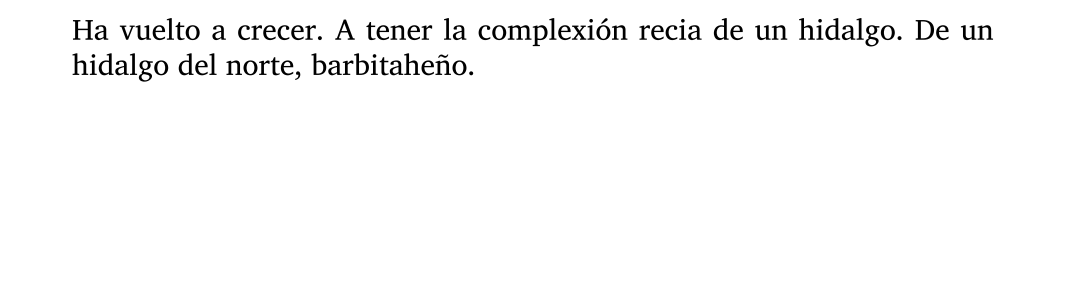
alacena se agazapa una masa de color blanco. Envuelta en papel azul oscuro. A Conrado se le velan los ojos. Una nube en rama. El cielo parece abrirse en el interior de su cráneo alargado. Y él se lanza sobre ella, sobre la nube. Después coge a la niña. Le han quitado ya la sangre y las mucosidades que le cubrían la piel. Van a envolverla en un lienzo. Así es como se prepara un cuerpo para ir a enterrarlo. Conrad trata de ahuyentar estos pensamientos, pero es imposible. Así es como se dispone un cuerpo para la vida en el más allá. Un cuerpo que apenas ha tenido tiempo de respirar, de oler este mundo, de abrir los ojos. Se hace con calma, sin llantos, colocándolo en una postura serena. Boca arriba, con las manos sobre el pecho. No, protesta el padre en voz baja. Y no, con los puños apretados. Algunos muertos se rebelan. Algunos muertos pequeños, hermosos, pueden llegar a florecer. Una vez más.

Conrado vuelve a sentarse sobre la cama, y con esa borra cruda, comprimida, va envolviendo el cuerpo. Con cuidado, despacio, como los embalsamadores en el antiguo Egipto. Como si se tratara de un ritual. El médico, la enfermera, la comadrona, le miran estupefactos. Pero él sigue adelante, convencido de que debe intentarlo, aunque sin saber muy bien lo que está haciendo. Y va cubriendo primero el tronco y los dos brazos, después las piernas. Y luego, cada uno de los dedos de los pies. También los de las manos. Tan finos, que parece que van a quebrarse. Cada uno de los dedos, cada miembro por separado. Y lo repetirá cada día, una y otra vez, con paciencia, cada vez que la niña se moje con su propia orina. Cada vez que el sudor le empape la mortaja de algodón, los días que haga bochorno.

La bañarán en una besuguera, la más pequeña que tengan en la casa, para que no se les vaya por el desagüe. Y ella comerá y crecerá. Y vivirá.

Vivirá, sí. Y de nombre le pondrán Klara Sophia. Un nombre de origen latino. Clara. Y uno de origen griego. Sofía. Conrado contempla el rostro ciego, las facciones pálidas, exangües. Su cuerpo fajado. Será una niña hermosa, fuerte, alegre, se dice. Y algún día, incluso, una mujer intrépida, independiente. El mismo le enseñará a leer y a escribir. A hablar en alemán, en inglés, en francés. A coger lagartijas. A respetar a las arañas. A no temerle a nada, y menos que a nada, a la vida. Él mismo le enseñará a tocar el piano. A esquiar, a conducir un coche, a montar en moto. A valerse por sí misma. Y la llevará lejos, de viaje. A los países oscuros, a orillas del Báltico. Para que contemple el sol de medianoche. Y a caminar por las arenas del desierto. Y la animará a subir montañas, a bajar al interior de los volcanes, a deslizarse por laderas en sombra, cubiertas de nieve. A cruzar a nado lagunas heladas.

Klara Sophia, murmura Conrad, y alza la cabeza, sonriendo a Julia.



Ha vuelto a crecer. A tener la complexión recia de un hidalgo. De un hidalgo del norte, barbitaheño.

MANEJAR CON CUIDADO. MUY FRÁGIL

Fue en el verano de 1916. No sólo escuchas, también interrogas hasta quedar casi igual de insatisfecho, hasta que, sin saber ya qué hacer, has acabado por preguntar no sólo a las personas, a los sueños, también a cada objeto que te rodea, a cada papel que encuentras en el fondo de un cajón, a cada imagen que se conserva en el interior de alguno de los álbumes. Sí. Estás seguro. Fue a finales de aquel verano. Ha pasado ya el infierno de Verdún. Franceses y alemanes han fracaso en el intento de romper el frente. Unos chopos altos aplauden al viento, haciendo crujir sus cascabeles. Empiezan a perder las hojas, atigradas, enfermas, que van cubriendo el suelo y llenando el alma de los jardineros de desesperanza. Se acerca el otoño. De noche se escucha el canto de las chicharras, las estrellas de la tierra cuando está caliente y empieza a enfriarse. Su sonido titila, tembloroso. Hace apenas unos meses que Julio ha venido al mundo y ya se quiere marchar, pero su padre va a intentarlo todo para obligarle a quedarse. El niño lleva un mes a agua de algarrobas. Es un escuerzo. La madre llora día y noche junto a la cuna. José, el mayor, la coge de la mano y la mira sin verla, como si contemplara un paisaje majestuoso, inabarcable para él.

Si le dan tan sólo un poco de leche, tendrá una lientera. El médico ha intentado explicarse. Se trata de un fenómeno morboso que consiste en evacuaciones de vientre líquidas y muy frecuentes. De alimentos no digeridos. Morboso. Con esa palabra, Carmen ha dado un respingo. Y enseguida, susurrando, una hoz que corta la mies de un solo golpe, el médico ha añadido: Si sufre otra, morirá. Después se ha marchado, como un sacerdote tras administrar los últimos auxilios. De modo que tan sólo agua de algarrobas, hecha con polvo de la pulpa del algarrobo, rico en mañanas y galactanas. Una crianza azucarada y triste. Julio está cada vez más quieto. Ya ni siquiera tiene fuerzas para llorar. Ni color en la piel. Apenas le queda luz en los ojos. Su padre, de profesión farmacéutico, no ha dicho una sola palabra en presencia del médico. Ha escuchado con educación, aunque en su interior ha resuelto no seguir sus indicaciones. Carmen, escúchame bien. Ella

levanta la vista y le mira con los ojos muy abiertos. Le vas a dar un biberón de leche. ¡Entero! ¡Hasta arriba! Pero, Juan, el médico ha dicho… El padre sacude la cabeza. ¡Morirá de todos modos!

Carmen se lleva las manos a la cabeza, pero hace lo que le dice. Se levanta, se aleja de la cuna, va a la cocina. José la sigue. Ella siempre ha tenido fe en las intuiciones de su marido. Por eso se casó con él, por eso le siguió desde el día en que entró en el pueblo. Pero llora mientras calienta la leche. Las lágrimas resbalan por su rostro, en silencio. ¡El más grande!, oye que le indica el marido desde el otro lado de la casa, dando una voz. Parece haberse vuelto loco. No se aparta de los pies de la cuna, aferrado a los barrotes. Carmen regresa con el biberón entre las manos. José, detrás. La madre coge al pequeño y su mano tiembla al ver cómo alarga los labios, cómo se agarra al pezón de goma, cómo traga sin parar. El nivel de la leche desciende cada vez más deprisa, y va dejando un rastro de espuma tibia en las paredes de cristal. Los colores del arco iris se reflejan en las burbujas blanquecinas. Lo estoy matando. Lo estoy matando, se dice entre zollipos. José la mira con miedo, pero no se aparta de su lado.

Julio nació a la sombra de un sauce blanco, que dicen que trae mala suerte. ¿Mala suerte? Sabes muy bien que en este mundo no hay nada que dé mala suerte. Ni buena. Ni los números, ni los árboles, ni las estrellas, en las que no hay nada escrito, salvo esos datos que sirven para determinar nuestra posición, para orientarse. Ni los números, ni los árboles, ni las estrellas, en las que tan sólo puedes leer lo que tú mismo sueñas, lo que estás deseando que ocurra, aun cuando no hagas ningún esfuerzo por conseguirlo, poco más que mirar al cielo con el cuello doblado y las manos a la espalda. Con tal de no tomar las riendas de tu propia vida, basta echar la culpa de todo a la fecha del mes si es el trece, al día de la semana si es martes o al color del último gato que se te cruzó en el camino, con el rabo tieso. Leer el futuro en las estrellas, cuando lo llevas en la cara, en los ojos. En las estrellas, en las entrañas, en los posos del café, en las líneas de la mano no hay nada escrito.

Julio nació a la sombra de un sauce blanco, sí, pero ahora sonríe. Y poco a poco irá recuperando el pulso, el color. Empezará a engordar cien gramos diarios. Y a crecer. Y sus ojos, a buscar la luz. Y la sombra de ese árbol se irá borrando de la memoria de los suyos. Esa madera tal vez sirva para construir ataúdes, pero no serán para él. Ataúdes tan pequeños y tan pálidos como el que le hubiera correspondido a Julio. Con el Cristo de juguete clavado para siempre en la tapa con los brazos en cruz, mientras el difunto encerrado ahí dentro se pudre en paz. Meses después su padre venderá la botica y unas tierras, y con su mujer y sus hijos abandonará la provincia de Segovia. Se trasladarán a

la capital y en tan sólo dos años Juan acabará la carrera de medicina. Su único deseo, impedir que otros mueran de lo que no ha muerto Julio.

La madre de Klara y de Bertha es una Loewe Hinton. De nacionalidad alemana, aunque nacida y residente en Madrid, Julia Josefina Enriqueta toca el piano y sabe hablar cuatro idiomas, el alemán de su padre, originario de Kassel, el inglés de la familia de su madre, Carlota Clara, el francés de la gente educada y el español del país en el que acabaron viviendo sus padres. Pero Julia es una mujer discreta. Jamás ha provocado un conflicto. Algo difícil, como ser capaz de hablar tantos idiomas y, sin embargo, guardar silencio. Todos sus gestos son de una dulce timidez, como si tuviera que pedir perdón por estar ahí, en el mundo, donde todos los demás parece que se encuentran tan cómodos, por respirar, por mover el aire a su alrededor. Nadie ha sabido nunca lo que pasa por su cabeza. Nadie lo sabrá jamás. Nunca habla del pasado, menos aún de sí misma. No se permite ni la más mínima concesión. Sólo esa sonrisa empeñada en contradecir la tristeza de sus ojos grises. Vino al mundo sin hacer ruido, y se marchará sin hacerlo, aunque en ocasiones toque alguna pieza de Bach, cuando se queda a solas, cuando cree que nadie la escucha. Entonces, sin apenas mover el cuerpo, sólo las manos y los brazos que las acompañan, sus cabellos recogidos en la nuca se van escurriendo poco a poco y su mirada adquiere un brillo extraño.

Durante una visita a la familia que aún vive en Alemania, Julia escribe a Conrado y le pide que envíe una carta urgente concediéndole el permiso necesario para poder someterse a una sencilla operación ginecológica. No hay por qué alarmarse, insiste. El doctor asegura que se trata tan sólo de una intervención rutinaria, pero cuando Conrad y sus dos hijas, Bertha Adelheid y Klara Sophia, llegan con sus maletas a la casa en la que Julia se ha quedado para recuperarse y guardar reposo a su vuelta del hospital, oyen aullar a un perro. Sentado sobre sus cuartos traseros ante la puerta del jardín, envuelto en las sombras de los árboles, apunta con el hocico hacia el cielo. Un cielo oscuro, lleno de estrellas. Como los labios de Julia, en los que aún centellea una sonrisa, aunque la tristeza en sus ojos se haya apagado ya para siempre. Ha muerto el 29 de julio de 1922 y al día siguiente la llevan

a incinerar al crematorio municipal de Munich.

Nacido en Nuremberg del rentista Abraham y de su esposa Anna Barbara, de profesión maestro cervecero, Konrad es un hombre trabajador, generoso y afable, ahorrador y prudente, que unos años después de la muerte de su mujer se decide a escribir una historia de la familia, una especie de testimonio moral para sus herederos. El documento se conserva en uno de los cajones del secreter de caoba que parece haberse convertido en todo tu mundo. El papel está arrugado. Las letras, fantasmales, acabarán por desaparecer algún día. La caligrafía vigorosa, inclinada, elegante. Una vez más te dispones a leer las líneas que él mismo escribió en castellano, sin apenas acentos, con alguna falta de ortografía, esas frases llenas de errores en el uso de los tiempos verbales, de giros extraños, un tanto arcaicos, en las que se transparenta su lengua materna. Una única palabra aparece subrayada. Por el propio Konrad. Y una vez más, al leerlo, te estremece comprobar la rapidez, la seguridad con la que generaliza aun el más cauteloso de los hombres, juzgando de manera colectiva, en lugar de hacerlo individualmente.

El dinero no se gasta
va de mano en mano
y acaba por sedimentarse allí
donde la mano que lo recoje
siente menos necesidad
de gastarlo.

HISTORIA DE UNA FAMILIA

Allá por los tiempos de Napoleón llego a Nurembergo desde un pueblo cercano un pobre obrero, Hans Ruckert, y entro en una fábrica de cerveza.

Como era un hombre formal y muy trabajador, avanzaba bien en esta fábrica, llegando a ser maestro.

El propietario de la fábrica se murió y entonces se casó la viuda, que tenía un hijo del primer matrimonio, con este Hans R.

De este matrimonio había seis hijos, tres varones y tres hembras. El mayor se hizo médico, los otros dos hijos se morían. Una hija se casó con un comerciante rico, la otra era valdada y algo sorda, quedaba sola una hija.

La fábrica de Hans R. prosperaba muchísimo, y cuando Hans R se murió en 1852 dejo la fábrica libre de hipotecas y unos cien mil florines en metálico, lo cual significaba por estos tiempos una gran fábrica.

En 1848 llego a Nurembergo un cervecero, Abraham Stauffer, desde el Palatinado, donde sus padres tenían una fábrica de cerveza, y entro como cervecero en la fábrica de Hans Ruckert.

Era entonces también un hombre muy trabajador y se casó con la última hija de Hans R. (mi madre). Y este matrimonio recibía en herencia la fábrica de cerveza de Hans Ruckert.

También prosperaba esta fábrica mucho en los primeros veinte años, llevando mi madre los libros, y mi padre la dirección de la fabricación.

Se vendían hasta quince mil hectolitros, lo cual por estos tiempos era una gran fábrica.

El hijo mayor, Jean Stauffer, congeniaba mal con el padre, siendo el predilecto de mi madre. Había sido educado en un instituto de la Suiza francesa, iba después a América y volvía a su casa paterna, para hacer el servicio militar como artillero, hizo la guerra de 1870 contra Francia y al terminar regreso a Nurembergo como teniente de Artillería.

Aun como si habría sido hoy, recuerdo su entrada triunfal en su casa paterna, donde el siguió llevando la dirección de la fábrica, mientras el padre ya se ocupaba poco de la fábrica. Caballos de montar, cacerías, mujeres, etcétera.

Sobrevenían después desgracias en la fabricación y financieras. Desavenencias y rejertas entre el matrimonio y el hijo.

Mi hermano mayor era un hombre muy inteligente. Hablaba el francés y el inglés perfectamente. Se lanzaba a exportar cerveza, donde teníamos muchas pérdidas. Tenía un orgullo soberano y se creía como un Stauffer un ser sobrenatural y de una raza superior.

A causa de los disgustos continuos con el padre, al fin se marchó de la casa, empezando por cuenta propia una pequeña fábrica, que después de algunos años quebró.

Después de haber cumplido con el servicio militar, entraba yo en la fábrica, para ayudar a mi madre en llevar los libros y demás quehaceres de la fábrica, el padre se cuidaba muy poco de la fábrica.

Pero ya era tarde, yo tenía entonces veinte años y poca práctica de la vida y de los negocios.

La fábrica cargada con tercera hipoteca, poco dinero en la caja, prolongaciones de letras continuamente, el crédito casi nulo y *judíos.*

Al fin tenía que declarar la quiebra, para que los judíos no

> se adelantaban para perjudicar a los otros acreedores.
>
> Y vendida la fábrica malamente, los acreedores aun percibían el 45%.
>
> Quince días después de la declaración de la quiebra, cayía enfermo de tifoideas y al salir de esta enfermedad y haberme curado, mi pobre madre tenía que salir de la casa, donde había nacido y donde había trabajado tanto, día y noche.
>
> Esto ha sido el triste final de esta familia.
>
> La causa principal: el orgullo, un amor propio exagerado, la creencia de ser un hombre especial, muy por encima de los otros hombres. Las rejertas y disgustos en la familia y las desavenencias. Y sobre todo, eso de no saber compaginar los gastos con los ingresos.
>
> De esto se comprende claramente como una familia sube y como baja.
>
> Para mi ha sido una buena lección para toda la vida: Si en seis días de la semana tengo el puño cerrado, el séptimo puedo abrir la mano, pero si en seis días tengo abierta la mano, el séptimo no tengo nada dentro del puño.

Éste no ha sido el triste final de una familia, tan sólo el de una fortuna. Conrado hace tiempo que se ha establecido en Madrid, entrando a trabajar como ingeniero jefe en otra fábrica de cerveza. La mayor de sus hijas, Bertha, se ha casado con uno de los hijos del dueño. Aunque la familia perderá también esta otra fábrica. Por suerte para los herederos. Lo que desde un punto de vista mundano se suele considerar como una tragedia, puede resultar una bendición. Cuando eres rico aprendes a hablar idiomas, a tocar delicados instrumentos de música, a probar platos exquisitos sin mover una ceja. Cuando no lo eres, cuando has visto a tu madre trabajando día tras día, sin tiempo siquiera para enfermar, madrugando para no regresar hasta la noche, cuando la has visto zurciendo hasta la ropa interior con una sonrisa en los labios, adquieres otros valores, aprendes a disfrutar de la espera, de la ilusión, a tener paciencia, algo que tal vez no todos comprendan, que tal vez casi nadie aprecie, que sin duda nadie envidiará, pero que a ti te ha hecho más hombre.

Pero, ¿por qué no pones en práctica tus propias palabras? ¿Por qué hablas y hablas cuando nadie te ha preguntado, cuando nadie ha pedido tu opinión, convencido como estás de que hay que aprender a aplazar el juicio, a ver con calma, dejando que hasta las cosas se te acerquen, tratando de abarcar cada caso desde todos los ángulos? Tú mismo has dicho que debes permanecer al margen y leer la historia que vivieron los demás.

EXISTE UN LIBRO DE RECLAMACIONES

Cada instante de tu vida, cada instante de la vida de los demás, quiere decirte algo. Cada pedazo de papel, cada imagen, es un aviso. Una advertencia a media voz. Y tú, a solas, en el silencio de la noche, casi tienes miedo de que los objetos de pronto te susurren algo al oído, pero debes prestar atención, recuperar cada uno de esos instantes para recomponer todo ese manojo de imágenes rotas y tratar de aprender la lección de los muertos. Paz, piedad y perdón. Vamos, Samuel, inténtalo. De las rajas chorrea un líquido pegajoso, dulce. Las gotas manchan de un rojo desleído allí donde caen. Y ellos escupen las semillas en el plato. Unas, negras. Otras, pálidas. Con los brazos en alto, los codos apoyados sobre la mesa, parecen estar oficiando. Con las porciones de fruta alzadas entre las manos. Antes la han observado en silencio. Redonda, enorme, de un verde casi negro. La madre la ha cortado y ellos han encogido los hombros al sentir cómo crujía la corteza al paso del cuchillo. Al ver cómo asomaban los otros colores. La pulpa encarnada, aguanosa. El amarillo verdoso de los bordes. Al recibir su olor. Los regueros de jugo corren ahora por las barbillas de los más pequeños mientras juegan con las pepitas. Esquivas, se escurren entre sus dedos, embadurnados con la viscosidad de la ligamaza. Juegan a dispararse. Balines negros, brillantes, que casi nunca dan en el blanco, que suelen estrellarse contra el mantel o en el suelo.

¡Niños!, grita la madre. ¡Debería daros vergüenza! El padre la mira con aire cansino, tal vez soñando con un mundo en el que la paciencia no fuera una virtud tan rara. Los niños recuperan los proyectiles, los aplastan entre los dientes. Han comido de todo, están acostumbrados a las habichuelas con cocos, a los gorgojos en los guisantes, en las lentejas, en el arroz. Y no sólo a los tropezones que mueven las patas, también a las piedras, camufladas entre las leguminosas. Al olor y al sabor intensos de la carne de caballo. Hace mucho que no toman una fruta como ésa. Un paciente se la ha traído al doctor Velasco Palacios. El tiempo está de tormenta, murmura Juan, dejando a un lado la cáscara con las marcas de sus mordiscos. Carmen le mira perpleja. En

el mes de agosto su marido perdió el oído casi por completo durante un bombardeo, cuando asistía a un parto. ¿Cómo va a saber que se avecina una tormenta? Pero acecha el silencio y comprende. Convoyes militares. Una vez más entran y salen de Atocha. La mesa tiembla. Y de la pared, a la entrada de la cocina, se descuelga un calendario amarillento, en el que se lee un anuncio: *Aceite inglés. Parásito que toca, muerto es*. Y con él, colgada de la misma alcayata, la bolsa de redecilla que la madre utiliza para hacer la compra.

Uno de los pequeños se levanta para recoger el calendario, la bolsa, pero entonces se oyen unas fuertes pisadas en la escalera. Y voces. Abran o echamos la puerta abajo. Y unos golpes. Ellos se miran, asustados. Sí. Están llamando. A su puerta. Julio se levanta. Vendrán por tu padre, susurra Carmen y agarra a Julio de una muñeca. Quédate quieto. Y se oyen nuevos golpes. Ahora es José el que se levanta y va a abrir. De todos modos, la habrían tirado abajo. ¿Ves, Juan? Ya está Carmen con sus reproches. Echándole en cara, con esa sencilla pregunta, que se empeñe en defender los tribunales, la legalidad, ahora que los juicios son sumarísimos. Os lo dije, Julio. Ya sabía yo que todo eso no traería nada bueno. Vamos, madre, no es el momento. El padre no dice nada. Lo más probable es que no haya oído los inoportunos comentarios de su mujer. Esa mujer que se cree que todo lo puede arreglar llorando o desgranando un rosario de quejas y recriminaciones. Levantando cercas a su alrededor con la impaciencia de su lengua. Esa manera de hablar que ha hecho que Julio haya perdido el gusto por la conversación. Cualquier intento de contar alguna cosa, de expresarse, se ha visto siempre truncado por frases como «pásame la sal», «come un poco más de verdura», «ponte derecho». La presencia aplastante de la madre. De sus pequeñeces. Todas esas exigencias con las que ha ido arrinconando la racionalidad, la discreción, la lógica tranquila y justa de Juan.

Juan Velasco Palacios, ¿vive aquí? El padre de Julio y de José se llama Juan. Sí, Juan Velasco Palacios vive ahí, pero José no responde. Y varios hombres armados se cuelan en el interior desde el descansillo de la escalera. José ha retrocedido unos pasos. Aun así, el primero le da un empellón. Y tras él se meten todos en el pasillo, oscureciéndolo, la tormenta que hace un momento anunciaba su padre, y en el comedor. ¿Qué desean?, pregunta Carmen, dejando caer la silla a sus espaldas. No es necesario decirles que pasen. Aquí los buenos modales están de más. Julio, los demás hermanos y el doctor también abandonan la mesa. Y los pequeños se pegan a los costados de Carmen, una mujer débil, pusilánime, aunque corpulenta, una mujer cuyo cuerpo blindado entre ballenas inspira seguridad y calor a los niños, a pesar de los lloros. Los intrusos obligan a los mayores a ponerse contra la pared, a levantar los brazos. Y les palpan el cuerpo

en busca de armas. Sin resultado.

Aún hay pipas por el suelo. Las balas de esta familia sin armas, inofensiva, acorralada. Uno de los hombres se agacha y levanta el calendario. Y la bolsa de redecilla. Trata de colgarlos, pero la alcayata, demasiado suelta en ese agujero cada vez más grande, se escurre con el peso. El polvillo cae en cascada rozando la pared pintada al temple. Con un rumor casi imperceptible. Y el calendario y la bolsa vuelven al suelo. Otro de los hombres corta una raja de la sandía y se la lleva a la boca. Hace tiempo que él tampoco come algo así. El tercero señala con la pistola primero a Juan, después a José. Vénganse con nosotros. Vamos. Andando. Carmen protesta y los pequeños se pegan aún más a su cuerpo. No la dejan avanzar. No se preocupe. No es nada. Volverán enseguida. Esta misma noche están aquí. El que da tantas explicaciones aún lucha con la alcayata.

Y se los llevan. A José y a su padre, tal como están, en mangas de camisa. No les dejan coger nada de su antigua vida, no tendrán una nueva. En este momento la esperanza, como los buenos modales, está de más. A nadie se le escapa. No buscan a Julio, tampoco a los dos pequeños, ni a Carmen. Tan sólo a Juan Velasco Palacios. Al médico que no hace distinciones, al médico que atiende a cualquiera, sin importarle si lleva boina o sombrero. Que cura también a los señoritos. Al médico, y a su hijo mayor, su ayudante, que siempre le acompaña. Al médico y a José. Julio da unos pasos tras ellos. La madre le tira de la camisa. Julio, ¿qué haces?, pregunta el padre. ¿Has perdido el juicio? Yo también soy médico, afirma Julio, y se estira, orgulloso, aunque todavía no ha terminado los estudios. ¿Qué otra cosa podía ser? Hay profesiones que pasan de padres a hijos. Son un tesoro tan grande que uno no puede gastarlo. Y ésta de la medicina es aún mayor, casi una maldición, una condena.

Carmen coge ahora a Julio del brazo. Uno de los hombres se vuelve y le da órdenes, a gritos. Voces categóricas, omnipresentes. En la familia, en la escuela, en la religión. Por eso Julio siempre ha buscado la libertad en las páginas de los libros, imaginando otro mundo, empeñado también en construir algún día algo mejor. No quieren llevárselo, pero él no está dispuesto a obedecer. Siempre ha sido un cabezota, nunca se ha callado nada, aun siendo de pocas palabras. Y ahora se zafa de la garra materna, de esa montaña de sentido común que no tardará en derrumbarse, y les sigue, sin volverse. Sigue a su padre y a su hermano mayor. Y uno detrás de otro, formando una triste columna encañonada, bajan el primer tramo de las escaleras. Con la cabeza sobre el pecho, sin decir una palabra. Pasan por delante de las vidrieras emplomadas con el escudo de Puerto Rico. Las ha puesto allí un vecino. El del tercero. Un abogado venido de allá.

El doctor de pronto se vuelve a mirar a su mujer. Recuerda los tiempos en que la conoció. Cuando era una joven esbelta, dulce y alegre, llena de ilusiones. Cuando teníaan toda la vida por delante y a él le gustaba cogerla de las manos, besarlas. Sabe que no la va a volver a ver nunca más. Ella también. Los pequeños se han escondido detrás de la madre. Apenas asoman la cara. Una familia dividida para siempre. En unos minutos. Nadie sabe qué decir, porque tendrían que gritar, pero sólo se miran. Y los hombres de la patrulla de control se impacientan. Uno de ellos da un empujón al médico. Juan vuelve a inclinar la cabeza y se gira. José le pone una mano en el hombro. Continúan bajando y salen por fin a la calle. Dos milicianos delante. Detrás, Juan y José. Julio, el último, escoltado por otro hombre. No se oye ni el tintineo de un tranvía. Tan sólo el eco de sus pisadas. Como si el mundo entero se hubiera detenido. Como si todos ellos formaran parte de un sueño. De una pesadilla de la que nadie pudiera despertar.

Un viento frío mece las copas de los árboles, mientras Carmen, allá arriba, cierra la puerta tras de sí y regresa al comedor, donde se desploma sobre una silla. Los pequeños la miran asustados. La madre hunde la cabeza entre sus brazos, sobre la mesa. En el olor a pólvora. Los llevarán a la cárcel, los matarán. Está segura. Lo ha visto en las estrellas. En sus sueños.

COBRO A DOMICILIO. TARIFA OFICIAL

Hay objetos que poseen la rara cualidad de transportarte a otra época, a un mundo que ya no existe, un mundo que, aun desaparecido, llevas en cada poro de la piel, en cada uno de tus gestos, en tu mirada. Bañados en experiencia, parecen empeñados en llamar tu atención. Más de una vez te has visto tentado de romper alguno, de deshacerte de ellos con prisa, porque no siempre te sientes con fuerzas para seguir resistiendo las señales que parecen hacerte cada vez que te acercas, cada vez que posas los labios en el borde de una de esas tres copas de cristal que hace tiempo recogieron los roces de unos dedos temblorosos, y suspiros, miradas de temor, todo aquello que sin que te des cuenta ha ido contaminando tu conciencia, torturando tu imaginación, todo aquello que sin embargo aún no acabas de entender. Tal vez por eso ya sólo quedan tres. Tres copas de cristal. Redomas del sentimiento. Altas y orgullosas, último albergue de algún antepasado. Las cosas hablan. Escuchar lo que dicen, interpretar su sombra en el mantel, tal vez no sea muy distinto de tratar de leer las estrellas. De escuchar lo que dicen las cartas.

Un timbrazo, y unos golpes hacen temblar hasta la pared. Los cacharros de cobre colgados en ella tabletean en cascada. Poco después, un ojo del color de la avellana se asoma por la mirilla. Ahí fuera hay una mujer vestida de negro. De los pies a la cabeza. Y tres hombres. ¿Clara Stauffer? Aquí es, contesta Tarsila, abriendo poco a poco la puerta llena de cerrojos y remaches claveteados, herencia del anterior propietario. Y se alisa el delantal de hilo blanco adornado con una vainica. Es una muchacha muy joven. Delgada, menuda y morena, de movimientos elásticos y cabellos ensortijados, les invita a pasar. La desconocida hace un gesto con la cabeza para que uno de los hombres la siga, mientras los otros dos aguardan en el descansillo de la escalera.

Tarsila se adentra por el pasillo para anunciar la visita y los deja esperando en el recibidor, admirando las cazuelas y los moldes de cobre que adornan las paredes de la entrada, atisbando las vitrinas del comedor, las largas copas de cristal rojo y morado, flores que estiran el cuello en busca de luz. ¿Anunciar? No ha preguntado quién era esa

mujer austeramente vestida de negro, sin más adorno que unos pendientes redondos en los lóbulos de sus grandes orejas y el pelo recogido en un moño. No es necesario. El joven llevaba una pistola bien a la vista. De sobra sabe ella a qué vienen esos cuatro. Y que no sirve de nada mentir, negarlo, decir que Clara Stauffer no vive ahí. Está segura de que acabarán por apresarla, aunque ahora no esté en casa. Se quedarán a esperar o volverán al día siguiente. Y, como no quiere comprometerse, ni que después puedan acusarla de haber hablado más de la cuenta, sin decir una palabra se ha alejado en busca de la señorita Bertha. Que ella se ocupe del asunto. La hermana mayor de doña Clarita se levanta del sofá. Se atisba en un espejo y se recompone el peinado. Hazles pasar.

Tarsila regresa a la puerta principal y los conduce hacia el salón. Van a prender y, sin embargo, les parece que cruzan toda una serie de trampas mortales. Las maderas crujen a cada paso, como si caminaran sobre un montón de hojas caídas. Toda la semana santa de dolores avanza por el pasillo a medida que lo hace esa mujer que parece dotada para el mando. La muchacha cierra la puerta del servicio, porque la bañera ahí dentro sigue hasta arriba. A Clara le gusta llenarla y dejarla así días y días. Se baña en ella como en un estanque, con agua tibia, y el verdín se va formando poco a poco en las paredes de porcelana. Nada, bucea y salpica en cualquier líquido semitransparente. En especial, al aire libre. Y siempre desnuda. Con algas en el cuello, peces entre las piernas y los ojos bien abiertos. En casa le gusta conservar el agua, aun en invierno. En más de una ocasión, Tarsila ha estado tentada de echar un pez o una rana en la tina. A pesar del musguillo de los bordes, huele muy bien. Debe de echar esencias de rosa, de lavanda, de espliego.

Los desconocidos se quedan en el umbral. Frente a una reproducción del cuadro de Juana la Loca acompañando el féretro de Felipe el Hermoso en su traslado a Granada. Doña Juana es la única que permanece de pie, con los brazos caídos, la mirada perdida y la cabeza inclinada sobre el pecho. En el frío de la noche castellana, con hábito negro, ante el humo de una fogata. Los desconocidos contemplan otro cuadro más pequeño, pintado por un tal Henning en 18 9 o. En él, un perro levanta el hocico y observa un caballete con un lienzo en el que aparece retratado un hombre de largas barbas con abrigo grueso, bastón, pipa y un sombrerillo con unas pequeñas plumas, entre sacos de cebada con sus iniciales. A St y St & Cia. Es Abraham Stauffer, abuelo de Clara. Detrás, se ven las torres de la iglesia de San Lorenzo en Nuremberg, entre gaviotas. Y junto a él, hay un taburete de madera de estilo gótico con un *Krug* de cerveza encima y una mesa con la paleta y los pinceles del artista. A la izquierda, los bártulos que caracterizan al sólido y bien alimentado comerciante,

amante de la caza. Una cabeza de ciervo, una escopeta y otros trofeos. La réplica de un barco mercante cuelga del techo. Y al fondo, tras la ventana, una vez más las torres de la iglesia de San Lorenzo.

¿En qué puedo servirles? Bertha sale a su encuentro. Desde el otro lado de la puerta. Es de cristales esmerilados, como las del resto de la casa, un híbrido entre pecera y cripta, con un aire de misterio incluso en aquellas zonas a las que llega la luz del día. Pero ellos hacen caso omiso de la pregunta, como si no hubiera más remedio que aceptar su presencia. Avanzan hasta entrar en el salón y pasan revista al entorno, buena muestra de una casa burguesa en su apogeo. O de una familia aristocrática un tanto venida a menos. Los sillones tapizados de seda gris. Las paredes forradas también con telas traídas de Francia. Los muebles labrados en madera de palo de rosa y cerezo. Los destellos irisados de las arañas de cristal, entre el bronce de los brazos retorcidos. Los pesados cortinajes de terciopelo. Y los espejos con marcos dorados, llenos de volutas. Oros, marrones y grises en una penumbra que invita al recogimiento, aunque allá al fondo la luz del sol se cuela a través de los visillos de guipur de un mirador, envolviendo una pequeña palmera plantada en un caldero de cobre bruñido. Una exuberancia incómoda, opresiva.

¿Clara Stauffer?, pregunta la mujer. Bertha es de corta estatura, aunque muy bien formada, morena, de ojos azules y una seductora coquetería en su manera de mirar, de vestir, en cada uno de sus movimientos. Con una expresión algo rapaz en los ojos, sobre unos labios dulces, suavemente delineados, se acerca, les tiende la mano. También aquí la madera del suelo cruje bajo las alfombras. Ellos quedan sorprendidos por su simpatía, cautivados por su elegancia. Por su fina tez. Como de tafetán. Por su pequeña y graciosa figura. No responde a la descripción que les han dado. Cabellos rubios, complexión atlética, altura por encima de la media. Será un error. ¿Han venido ustedes a hacer un registro? Lo siento, pero mi hermana hace rato que ha salido a dar un paseo. No creo que tarde mucho en volver, aunque es imprevisible. A menudo desaparece durante días. Es una mujer muy independiente, que no le teme a nada. Con el dedo índice y el pulgar Bertha pellizca la esfera de su minúsculo reloj de plata. ¿Quieren tomar algo?

El joven y la mujer vestida de oscuro se miran perplejos. ¿Tomar algo? Esta mujer no sabe lo que dice. Pero se sientan, confiando en que la ausente no tarde mucho en volver. Y repasan las hileras de libros encuadernados en piel. Los retratos de los abuelos de Clara y de Bertha, dos fotografías soberbias en color sepia enmarcadas con anchas filigranas de madera sobredorada. Abraham Stauffer, con sus barbas blancas, espesas, y la mirada cristalina. Anna Barbara Ruckert, con el gesto severo, amargo, de la mujer a la que se le han secado ya

las entrañas y no sabe con qué sustituirlas. Debajo, la urna con las cenizas de Julia. Y en otra pared, el enorme repostero que, flanqueado por dos estatuas de angelotes blancos, brillantes, aunque con la epidermis craquelada como la de un lienzo antiguo, cae sobre la alfombra y representa la partida de la carabela en la que viajó Cristóbal Colón. Una figura en primer plano llora la despedida.

Y allí, la presencia aplastante del piano, negro, reluciente, cubierto de objetos y figuras de porcelana sobre una ola de encaje. Un candelabro blanco con filos de oro, de los que solían utilizar los músicos de antaño mientras componían un réquiem o recorrían las estancias de un castillo en una noche de tormenta. A sus pies, un muchacho regordete, medio desnudo y despeinado por un viento ficticio, le abre la jaula a un jilguero. Varios elefantes levantan la trompa para atraer la dicha sobre los dueños de la casa. Un ternero blanco está tumbado sobre un lecho de rosas. Federico II de Prusia sale a cazar con un perro de patas larguísimas. Las carnes frías, muertas. Meissen, Rosenthal, Nymphenburg. A Bach, a Chopin, a Schumann, ya no los toca Julia en silencio, con una sonrisa en los labios bajo la tristeza de sus ojos grises y el peinado ligeramente descompuesto, sino Clara, la ardiente, divertida y animada conversadora, aunque ella prefiere las piezas de Wagner. En las tripas de ese instrumento, en lo más recóndito, dicen que se oculta la firma del compositor Franz Liszt, antepasado remoto de la familia.

Bertha, en un aparte, ha mandado a Tarsila que traiga almendras. Y aceitunas. La muchacha la ha mirado estupefacta. Está usted loca de remate, ha dicho y se ha dado media vuelta, negándose a traer nada, de modo que la señora tiene que servir ella misma el jerez. Y a falta de algo de comer, les da conversación, lo que significa que habla ella sola. De los tiempos que corren. De lo difícil que resulta conseguir cualquier cosa. La mujer de negro, que no para de dar vueltas a un objeto que esconde en su mano, abandonada sobre el regazo, un trozo de tela quizá, que manipula como si se tratara de un rosario, tiene los dedos como sarmientos. Debe de tener seis callos en cada uno, piensa Bertha, que se comporta con una serenidad y una soltura como sólo las da una educación esmerada o la más profunda simpleza, algo que puede darse en una misma persona. Y conforme va pasando el tiempo, que marca un reloj de péndulo a sus espaldas, una hora, hora y media, hora y tres cuartos, los huéspedes acaban por perder la paciencia. Bertha no para de hablar, de sonreír. Y deciden que volverán en otro momento, más tarde. Tal vez mañana. Cuando esté Clara. Cuando no esté Berta.

Un par de horas después regresa Clara. Cabellos rubios, complexión atlética, altura por encima de la media. Sí. Ella sí responde a la descripción. Ha pasado buena parte del día frente al

museo del Prado. Paseando, contemplando los muros, imaginando los Goyas, los Velázquez, los Grecos. Hace tiempo que no puede entrar y se limita a acercarse por allí, a caminar y a sentarse por los alrededores. En algún banco al sol. Todos los días, un rato. Dentro están embalando todas esas obras de arte para protegerlas de los bombardeos. Tal vez las trasladen a algún otro sitio. Tal vez se pierdan para siempre. Antes, cuando el museo aún estaba abierto, ella solía sentarse frente a un cuadro, siempre el mismo. El caballero de la mano en el pecho. Allí es donde solían ir a buscarla. ¿Cuándo conseguirán entrar? Porque pasarán, está segura de que lo harán. Es cuestión de tiempo.

Rendida, Clara se saca los zapatos por el talón, empujándolos con la punta del pie, y se tumba en el sofá. Tiene ahora veinticuatro años y sigue soltera. No es una mujer que se conforme con cualquier cosa, menos aún con lo que pretendan imponerle. A ella le gusta trabajar, sentirse útil, participar en los acontecimientos de su tiempo. Por una de las puertas que dan al salón asoma su hermana. Viene del cuarto de baño, de enfrentarse a la visión de la bañera, a las extrañas costumbres higiénicas de su hermana, feliz en cambio en su indiferencia frente a unos acontecimientos que no es capaz de entender. Han preguntado por ti. Clara levanta la cabeza y la traspasa con sus ojos de un azul aún más claro, casi transparente. Un joven armado y una señora vestida de negro. Dice Tarsila que está segura de que era la Procesionaria.

Tú eres idiota, exclama Clara y rompe a reír a carcajadas. Berta nunca ha querido saber nada del gobierno de su país. Tampoco ahora que está en guerra. No escucha la radio, no lee el periódico. ¿Cómo se puede vivir así? Eso no es más que estar en el mundo. Aunque de hacerse la que no sabe nada ha hecho todo un arte, un arte que practica con verdadero fervor, con mucha naturalidad, y hasta con elegancia, el arte de hacerse la tonta. Y lo tiene a gala. Pasar por bobo y no serlo es mucho mejor que hacerse el listo y no serlo en absoluto, dice siempre. Y se sonríe. No te habrá rozado la piel, ¿verdad? Bertha la mira sin entender. Le he tendido la mano, sí. Pues te saldrán ronchas y puede que hasta se te inflame. Los pelos rígidos y punzantes de esas orugas son como flechas. Ah, ya estás con tus ironías. Clara se levanta del sofá. Vuelve a ponerse los zapatos. Tiene que irse cuanto antes. Abandonar la ciudad. Vendrán otra vez a buscarla, en cualquier momento. En su casa ya no está segura.

Por cierto, Clarita. Berta se observa la mano, tal vez buscando los primeros síntomas de algún contagio. He venido para despedirme. Me marcho a Alemania. Con los niños. Casimiro se quedará aquí. Ayer vinieron también a nuestra casa, en busca de armas. Creían que alguien disparaba desde uno de nuestros balcones. Los conquisté con

un par de cervezas. Ya sabes. Y sí. Clara imagina la escena. Su hermana llamándoles camaradas, muerta de miedo, pero deshaciéndose en sonrisas, con una pistola metida en la cinturilla de la combinación. Está segura de que ni siquiera se le ocurrió decir «tendrán ustedes que compartir estas cervezas. Es todo lo que puedo ofrecerles». Clara sacude la cabeza. No puede creerlo. Se fueron contentos, sin hacer el registro. No encontraron las escopetas de Casimiro, ni las cajas de cartuchos. El dice que esto va para largo, que debemos marcharnos. El arsenal de su marido, aficionado a la caza, lo guardan bajo la cúpula de su casa, una de las más hermosas de la ciudad, en la calle de Ferraz.

Estamos tan cerca del Cuartel de la Montaña que los estampidos hacen temblar los cristales de las ventanas, los platos, los cubiertos. Bobadas. Esto se va a acabar enseguida, murmura Clara, pero mira a su hermana con preocupación. Después llama a Tarsila a voces, mientras Bertha, a la que siempre le ha gustado hablar en un susurro, hace sonar una campanilla. Clara sonríe y se dirige hacia una de las puertas del salón, dispuesta también ella a marcharse de allí cuanto antes, a preparar su equipaje. Ha decidido trasladarse a las montañas. A su refugio alpino. Echa una ojeada a su alrededor. Se está despidiendo de todas sus cosas, no tanto de las comodidades, pues sabe arreglarse con mucho menos, apenas necesita nada, sino de los objetos que han acompañado a sus padres, a los padres de sus padres.

Alguien a punto de iniciar un viaje del que tal vez no regrese desea guardar en su memoria todo aquello que alguna vez perteneció a sus antepasados. Cuántos recuerdos conjurados por la materia. Los suspiros de algún ancestro tal vez hayan fijado su morada en las llagas del cristal de una copa. O las risas de los niños. Su asombro silencioso frente a la debilidad vanidosa de los adultos. Y tantos documentos guardados en los cajones del tocador, ese mueble que antes fuera el secreter de su padre, entre espejos biselados y tiradores bañados en oro. Todo hay que dejarlo atrás cuando caen las bombas. Amigas o enemigas. No es fácil distinguir. Como no lo hacen ellas. Clara mira también a su hermana. Sólo es dos años mayor, pero es tan menuda, tan inocente, tiene la piel tan suave y una sonrisa tan seductora. Bertha, que te acompañe papá. Yo no podré ocuparme de él. Y le da la espalda. Dejemos los abrazos para la vuelta, se dice, y se adentra por el pasillo sacudiendo su rubia cabeza. La Procesionaria. Qué cosas tiene. Ojalá esa mujer se alimentara sólo de hojas de pino o de roble.

SÍRVASE USTED MISMO

Todas las celdas son blancas, de arriba abajo. Hasta las rejas las han pintado del mismo color. Y en medio de la luz que irradian las paredes, el suelo, los barrotes, el techo, toda esa blancura sucia, descuidada, con grietas y desconchones, no se puede estar más solo, aun sin estarlo. En una esquina hay un semicírculo, un espacio acotado para orinar, sin agua corriente. Como un comedero para pájaros en cautividad. Y las celdas son tan pequeñas que parecen nichos, las cajas para cenizas de un columbario, los habitáculos estrechos que se arraciman en el interior de un palomar. A la inclinación de la cama de piedra, de la que se escurren en cuanto tratan de conciliar el sueño, se unen el frío, la humedad, el bullir de las ratas, sus chillidos nocturnos, la incertidumbre, el miedo. El mundo aquí sólo puede ser soñado, más allá de un ventanuco por el que apenas se ve algo más que un trozo de cielo, una isla de color azul que por el día cambia con el vuelo de los pájaros y el encuentro de las nubes, con los deseos de estos hombres de hallarse en una playa, de ir hacia el mar, de oler el rocío sobre la hierba y los árboles desnudos, de contemplar sus esqueletos de color lila entre nieblas altas y suelos verdes, empapados de lluvia.

Julio, susurra el padre, ¿es que has perdido el juicio? No te buscaban a ti. ¿Por qué no te quedaste en casa con tu madre y tus hermanos pequeños? Aplastado contra la pared de su celda, junto a las de sus hijos, parece que Juan ya sólo es capaz de decir eso. Una y otra vez. Julio, ¿es que has perdido el juicio? El mismo debe de haberlo perdido ya, pues aún se debe de estar preguntando si su hijo podría dar marcha atrás, salir de ahí. Iré con usted, padre, contesta Julio y apoya la frente en los barrotes. Y con José. Cada vez que su padre repite esa letanía. Correrá su misma suerte. Su mala fortuna. Tal vez crea que si les acompaña, si no se separa de ellos, no les ocurrirá nada. Ha mentido respecto a su edad y sigue afirmando que él también es médico. Como si se tratara de un delito, de una profesión vergonzosa. Como si fuera razón suficiente para detener a un hombre.

¡El no es un fascista!, gritó José antes de entrar aquí, señalando a Julio, volviéndose hacia los guardias. Como si ellos lo fueran, su padre

o él. No tardó en recibir un culatazo en mitad de la espalda. ¡Silencio! Pero él intentó hablar de nuevo. Y el golpe entonces le vino por delante. De su boca no brotaron más palabras, únicamente la sangre. Y un par de dientes se movieron por el interior, nadando en ese líquido espeso como si fueran semillas, que él escupió en la palma de su mano para guardarlos en uno de los bolsillos de su pantalón. Símbolos de muerte. En los sueños. Cuando se caen, cuando te vas haciendo viejo, cuando te miras y apenas te reconoces. Casi te parece que el que se ve reflejado en el espejo no eres tú mismo, sino un anuncio de lo que llegarás a ser algún día, de lo que vas siendo ya, un amasijo de líquidos en descomposición, de huesos desollados, bajo la tierra.

Fascista, antifascista, burgués. No son más que etiquetas que se ponen a la ligera. Y que una vez asignadas resulta imposible perder de vista, quitárselas de la boca. ¿Julio, fascista? Julio no es más que un joven de veinte años que aspiraba a terminar sus estudios, que quería ser médico como su padre. Y como él, como su hermano José, ayudar a los demás, tratando de impedir que otros mueran de lo que no ha muerto él. Pero le ha tocado vivir en un mundo insensato, feroz. Un mundo en el que unos gritan «¡Viva la muerte y abajo la inteligencia!» y otros «¡Viva la revolución y muera el burgués!» Un mundo en el que la gente habla y habla, en el que todos o casi todos parecen haber perdido el juicio, en el que muchos disparan sin pensar y llevan el odio en los ojos, en la lengua, en las manos, el odio de clase, el odio del hambre, del frío, de la ignorancia.

Desde hace días a Julio le duele todo. Los golpes que reciben los demás. El frío que se les mete en los huesos. El no saber qué ha sido de su madre, de sus hermanos pequeños. Tendría que matar la memoria. Vaciar su cerebro. Y empieza a recitar números, uno tras otro, como si quisiera dormir, pero lo hace tan sólo para espantar las imágenes y las frases que le visitan en todo momento. Matar la memoria. Ciento cincuenta, ciento cincuenta y uno, ciento cincuenta y dos, ciento cincuenta y tres, ciento cincuenta y cuatro. Pero las palabras vuelven a colarse, insidiosas, ahuyentando a los números, a esas cifras con las que pretende invocar el silencio, tal y como otros conjuran el sueño. Tiene palabras pegadas por todas partes, por todo el cuerpo, en la nuca, en la garganta, en las tripas. Y palabras que se le clavan en las manos, que le doblan las rodillas, que le muerden los oídos.

Y con ellas, con todas esas palabras, emergen también frases sueltas, bloques de hielo a la deriva que, en lugar de deshacerse poco a poco, parecen adquirir proporciones colosales, y hasta contener claves para entender muchas cosas. Es de buena familia. ¿Qué significa eso? ¿Es que las hay de primera, de segunda, como los huevos en la pollería? Y vuelve a escuchar una vez más esa otra

sentencia que siempre le ha parecido atroz, esa frase que tanto le gustaba repetir a su madre. Cuando el río suena, agua lleva. Frases que son como la mala hierba. Crecen en los intersticios de las conversaciones, en los recovecos de la mente, se aferran con fuerza y en poco tiempo arruinan todo el edificio. Frases hechas con palabras capaces de herir, que exhalan un olor nauseabundo. De esa manera de hablar, sin apenas pararse a pensar antes de decir algo, de esos errores de la razón petrificados en el lenguaje, vienen tantas desgracias, tanto sufrimiento. De esto hablaban él y su hermano José cuando no estaban aquí.

La mayoría de la gente parece hipnotizada. Agarran las palabras que están en el aire y las usan como si fueran plumeros con los que, en lugar de quitar el polvo, matan el silencio, tan importante para poder reflexionar, para no hacer daño, y lo llenan de porquería, el aire, de basura en suspensión. El polvo, las palabras, después de jugar un rato a la luz del sol, no tardan en volver a caer y lo hacen sobre ti, sobre todos aquellos que te rodean. El abismo del infierno está en cualquier conversación. También en la que aparenta ser más insignificante, más inocente. Pero no se trata de una aberración innata en el hombre, sino de una enfermedad que habría que intentar atajar. Tendría que haber cirujanos que sajaran esas bolsas en las que se acumula la incomprensión, la envidia, el rencor. Médicos de las palabras. Que extirparan todas esas frases, esos ejércitos de sílabas que avanzan en formación, implacables. Que recetaran otra manera de hablar. De esto hablaban Julio y José cuando no estaban aquí. Ahora son incapaces de decir nada.

Médicos que cortaran no sólo el suministro del lugar común, ese chorro continuo capaz de horadar la resistencia de cualquier cerebro como lo hace un hilo de agua que, de manera lenta y casi imperceptible, erosiona una roca, también lo que refleja esa forma de hablar. La falta de piedad y de tacto del que habla de esa forma, la estupidez del que abre la boca sin pararse a razonar, sin elegir cuidadosamente las palabras, día tras día, y sin que nadie a su alrededor se asombre. Con la cuchara que cojas, comerás, solía decir Carmen. Otra frase hecha. Y, sin embargo, tenía razón. Debes escoger las palabras con las que alimentarte tú mismo, con las que dar de comer a los demás. En esto pensaba Julio cuando no estaba aquí. Y en esto sigue pensando ahora que los han traído aquí, ahora que ya no habla, que sólo puede pensar, que ni siquiera puede dormir.

Hace tiempo que a Julio le duelen las palabras. Las que ha escuchado, día tras día, en cualquier parte, a cualquier hora, las que ahora se amontonan en su interior, golpeándole el corazón y las entrañas, arremolinándose en torno a su nuca, huyendo de su lengua, de su paladar. Le duelen las palabras. No sólo las que oye. También las

que ahora le impiden hablar. Las pocas que ha dicho siempre. Y le duele el silencio de la celda, en el que aún revolotean palabras, las pronunciadas, las no dichas, que también le persiguen. Cuando está a punto de decir algo, cuando no tiene más remedio que contestar, cuando alguien se empeña en preguntarle, las palabras se le rompen contra los dientes. Y se quedan allí, hechas pedazos, como una hilera de penitentes, cada trozo remontando la garganta, sin saber si subir hacia el cerebro, para no volver a salir, o si bajar, descorazonado, camino del alma. Y a menudo esos fragmentos de frase le muerden por dentro, arrancándole bocados, haciendo que se retuerza con sus dentelladas secas.

Cortarse la cabeza y meter la mano con un trapo por el hueco abierto en la garganta. Y limpiar cada circunvolución del cerebro, cada recoveco del alma, borrando tantas frases acuñadas desde el odio, desde una desconfianza irracional. Todas esas palabras que no le dejan conciliar el sueño. Que le acechan, como las pesadillas. Todas esas frases que no parecen servir para nada más que para matar, poco a poco. Cortarse la cabeza, sí. Y guardar la lengua bajo el paladar, como en un estuche, porque también le duele la boca, las paredes de carne dura y resbaladiza, porque las palabras parece que chocan contra ellas, una y otra vez, que nunca llegan al alma, ni vienen de ella, que sólo hieren. Guardar la lengua bajo el paladar y buscar otro alimento, otra manera de hablar que no sea tan sólo la aprendida por pura imitación, por costumbre, la que te ha ido ofreciendo el azar de la educación, de las experiencias.

A Julio le duele todo, aunque ahora levante la vista hacia el ventanuco, con los dientes apretados. Ahí está el cielo, de un azul irritante, un cielo que le recuerda que aún existen los arces, los álamos, los bosques de abedules, por más que él ya no los vea. Por más que nunca los pueda llegar a oler. Julio, ¿es que has perdido el juicio?

RESPONSABLE LA EMPRESA ANUNCIADORA

Con unas cuantas maletas llenas de ropa y casi nada de dinero. Así han salido del país. Las autoridades españolas no permiten sacar más que sumas muy pequeñas. Hay momentos en la vida en los que no tienes más remedio que huir, diseminarte con el viento, como si fueras una semilla de amapola, un punto oscuro, pequeñísimo, aunque capaz de llegar muy lejos, o la copa de un vilano que se dejara arrastrar por la primera corriente de aire, por el más suave aliento. En el interior de unas pastillas de jabón Bertha ha escondido unas alhajas. Sortijas, pendientes, algún broche valioso. Dé a su tez el reflejo del tafetán rosa, prometía la envoltura. Y ella las vació con un cuchillo, despacio, con mucho cuidado, para que no se le deshicieran, metió dentro las joyas y después, humedeciendo un poco la pasta que había sacado, las recompuso. El trimotor hace escala en París y ellos se sientan un rato y estiran las piernas, mientras el aparato repone el combustible que necesita para despegar de nuevo y seguir rumbo a Nuremberg, donde les recogerá algún pariente.

Mutti, tengo hambre, dice la pequeña, aferrada a su muñeco, un muñeco de cabeza gorda que su padre le ha traído de uno de sus viajes a Barcelona y que en su interior, en el lugar exacto del corazón, dicen que tiene una bola de azúcar. La niña tira del vestido de su madre. Bertha, con expresión de cansancio, le acaricia una mejilla. Hasta que no lleguemos a Berneck no podremos comer nada. No tenemos dinero francés. El abuelo, desde Madrid, ha hecho gestiones para que el gobierno de Hitler les reclame como refugiados. Han fletado algunos Junkers de Lufthansa, trimotores de ala baja con la cruz gamada en el fuselaje de la cola, para ir sacando de España a los ciudadanos alemanes que quieran marcharse. Después, cuando se encuentren en su país de origen, les darán comida, ropa, durante una temporada incluso alojamiento y alguna ayuda económica, si el padre no logra enviarla por algún conducto. Anda, Mutti, vuelve a insistir la pequeña, frunciendo el ceño y los labios.

Un hombre que espera en el banco de enfrente se levanta, se acerca a ellos. Hay algo rabínico en su aspecto. La nariz, la barba

oscura, cerrada, la manera de mirar, un tanto oblicua, y esa delgadez ahuesada que es escualidez de la carne, de una vida sobria, casi ascética, no tanto del esqueleto. El hombre se ofrece a invitarles. Y Bertha sonríe con los ojos, aunque rechaza la propuesta. Su padre la apoya. Conrado, el valiente, es orgulloso. No quiso hacer valer sus derechos, ni los de sus hijos, en el próspero negocio de la familia de su mujer, muerta hace ya catorce años. Un negocio de artículos de piel. Y todos los bienes, todo el dinero, quedaron en manos de otra rama. Konrad, Conrado, él mismo a veces no sabe cómo escribirlo, unos se dirigen a él en castellano, otros aún lo hacen en alemán, es un hombre flaco, de aspecto frágil, y está a punto de cumplir los setenta y seis, pero siempre afirmó que tenía fuerzas y conocimientos suficientes para sacar a los suyos adelante. Y así lo ha hecho. Pero ahora tienen miedo y huyen de un país que se cae a pedazos, sin saber que dentro de poco se desmoronará Europa entera.

¿Qué dirección tomar cuando todas parece que llevan al desastre? No es fácil saberlo. Y, sin embargo, ni un espía lo habría hecho mejor. Cuántas veces a los niños, a los simples, a los viejos, les asiste la suerte que a menudo rehúye a los mejor preparados, a los más astutos, a los genios de la previsión. Es algo extraordinario, algo que casi raya en lo portentoso. Podría parecer que fueron unos cobardes. Y más de uno hasta podría echárselo en cara. ¿Cobardes? De haber hecho todos lo mismo, coger cuatro trastos y largarse, se habrían descalabrado unos cuantos militares y fin del asunto. El desconocido insiste. Venga, Mutti, sólo una tortilla francesa, dice Adelgunde, la mayor de las hijas, y dedica una sonrisa a Lula, la más pequeña de los tres, que hace un mohín de asco, porque aborrece esa especialidad culinaria de la que tanto se abusa en España. ¿Qué otra cosa se puede comer en Francia? Lula encoge los hombros. En realidad se llama Luitgard, pero es un nombre demasiado pomposo, impropio en una niña tan pequeña, tan menuda y delicada.

Me llamo Liebeskind, Simón Liebeskind. Y el extraño lo consigue, la madre al fin acepta la invitación. Lula esboza una triste sonrisa, convencida de que no habrá más que tortilla francesa, y pide a su madre que la lleve a los aseos, para recibir tan dudoso banquete con las manos bien limpias. Su madre la acompaña y, sentada en una silla con el muñeco en el regazo, contempla cómo su hija se lava los dedos, las palmas y después los antebrazos, hasta llegar a los codos, frotándose lentamente, sin parar, tratando de hacer mucha espuma. Bertha Adelheid, con una sonrisa y un ligero gesto de cansancio, aspira el olor del jabón, que ya inunda todo el espacio. Y se da cuenta de que una vez más lo que quiere esa niña es jugar. Como si ya no sintiera hambre. Pero ella está exhausta y entorna los ojos. Del techo parece caer una lluvia de pétalos de rosa que le cosquilleara la nariz.

Si hacemos pompas mágicas, nos llevarán donde queramos. Mutti, tenemos que hacer una enorme y colarnos dentro. Tú, el Opa y nosotros tres. Gunde asoma la cabeza y se une al proyecto. Las dos levantan las manos y soplan la espuma. Iremos por encima de las montañas, de los ríos, de ciudades y pueblos, de bosques y mares, dice la mayor. De día, los colores del arco iris brillarán al sol. De noche apenas veremos nada. Arriba, las estrellas. Abajo, ciudades iluminadas. Etéreas, tan transparentes como el cristal, pero aún más quebradizas, la mayoría de las pompas estallan en el aire, sin hacer ruido. Otras se estrellan contra el espejo, después de temblar sobre la superficie fría y dura. Y con ellas cientos de minúsculos rostros de Adelgunde y de Lula, cientos de cuartos de baño en los que Bertha aparece sentada en una esquina con el muñeco en su regazo. Pero no podrán alejarse de ese mundo que se ha vuelto insensato, feroz. La pequeña levanta los ojos y ofrece la pastilla a su madre, para que la guarde en el bolso. La ha visto acariciando una en casa, mientras preparaba el equipaje, como si fuera de oro. O tal vez pensara que nunca más se iba a poder lavar, que allí donde iban no habría ni siquiera jabón. Bertha se levanta. No te preocupes, Lula, el avión será suficiente.

Y cuando llegan a la mesa de la cantina en la que hace tiempo que las están esperando, Bertha comenta la nueva afición de sus hijas. Conrado saca una pipa del bolsillo de su chaqueta. Sólo fuma cuando sale de paseo, al aire libre. Jamás en un sitio cerrado. Cuando lleguemos a Alemania, os voy a comprar unas pipas parecidas a ésta, pero no para que fuméis, no, sino para que hagáis pompas de jabón. Son de arcilla blanca y en la cazoleta tienen grabada en relieve la garra de un águila, una fina mano de mujer sosteniendo un cubilete o la cabeza de un hombre de cabellos ensortijados, ojos rasgados y largos bigotes. O una bellota. Lula observa su plato, la masa de huevo batido doblada sobre sí misma, las puntillas de espuma aceitosa. Casi no se atreve a partirla con el tenedor. Y la golpea con los dientes de metal, como si quisiera aplanarla, hacerla desaparecer con su tridente. El sabor, la textura, el interior que sospecha de un amarillo brillante, repleto de mucosidades, le repugnan. Su hermano, Ernst Friedrich Berengar, que con esa ristra de nombres es como aparece registrado en el certificado de nacimiento, le coge el tenedor y le ayuda a comerla. Este trozo sabe a espárrago, asegura. El sí que sabe lo que le gusta comer. Y éste a patata frita. Luitgard se los traga y hasta sonríe. Su mirada azul, directa, clavada en los ojos de su hermano.

Poco después embarcan, no sin antes inmortalizar el momento. Bertha ha sacado su cámara de la funda de piel clara, un regalo de Casimiro, que quiere ver cómo van creciendo sus hijos. Lula posa junto a su abuelo, que sonríe, orgulloso. El Junkers de Lufthansa, a sus

espaldas. Tiene capacidad para diecisiete pasajeros. Los adultos se acomodan en dos filas de siete asientos cada una, paralelas a las ventanas, bajo las rejillas en las que han colocado el equipaje. Una maleta para los tres niños. Dos para Berta, a rebosar. Además de un par de sombrereras y un baúl con capacidad para doce pares de zapatos. El maletín de Konrad es tan estrecho que parece que en su interior no llevara más que un par de clarinetes. Está cubierto de etiquetas de distintos lugares del mundo. Ha viajado mucho, pero apenas necesita nada. Casi toda su ropa la lleva encima. Va siempre muy abrigado, sin importarle el tiempo que haga. Los niños se sientan al fondo, en el único asiento de tres plazas, corrido. Lula, junto a una de las ventanillas, muestra a su muñeco cada detalle del despegue. Un operario coge una de las aletas de la hélice para ponerla en marcha, tira de ella, se produce una sacudida y el motor arranca con mucho ruido. El aparato echa a andar. A correr. Y se eleva poco a poco.

Durante el vuelo, la tripulación, formada por tres hombres muy jóvenes, piloto, mecánico y radio, se ocupa en especial de los niños, a los que invitan a pasar al interior de la cabina de mando. Llevan pegados al cráneo gorros de cuero que les hacen parecer tortugas. Y los niños se los prueban. Y las gafas que se ajustan encima. Quieren verlo todo, tocarlo. Y no paran de hacer preguntas. Horas después, aterrizan en Nuremberg, la patria de los soldaditos de plomo. Otros aeroplanos similares descansan en línea en la amplia explanada de cemento. El aeropuerto está lleno de militares de uniforme pardo, engalanado con guirnaldas y estandartes de las SS. ¿Qué celebran? Hay altavoces en cada rincón. Y brazos tiesos que se levantan como resortes. Ernst lo mira todo embobado. Es un sentimental. Nunca ha visto nada tan hermoso. Le gustaría tener uno de esos uniformes y desfilar con unos cuantos amigos. Banderas, bayonetas, marchas militares y hombres que se mueven al unísono. A pie de pista esperan dos tipos con el pelo muy corto y abrigos de cuero negro. Con aire marcial, se adelantan hacia el avión en cuanto los viajeros empiezan a descender.

Ausweis, bitte. Bertha saca los pasaportes. Los dos hombres sonríen a los niños. A la hermosa dama. Dos sonrisas de máquina expendedora. Y con un movimiento de cabeza saludan al abuelo. *Vielen Dank, gnädige Frau*. Bertha vuelve a guardar los documentos. Después, los dos agentes se dirigen al hombre que les invitó a almorzar en París. *Simon Liebeskind? Bitte begleiten Sie uns*. El señor Liebeskind titubea, aunque enseguida se aparta del resto de los pasajeros. *Mitkommen*!, ordena uno de los policías, impaciente, con voz ronca, cavernosa. Parece que ladra. Las palabras, aun siendo puro aliento, dejan una huella profunda. Un desgarro en el aire: Buscar y destruir cualquier elemento peligroso para el Estado o el Partido. ¿Por

qué se lo llevan?, pregunta Lula al ver cómo el señor Liebeskind es arrastrado por uno de los individuos de la Gestapo. Para proteger el interés general, se ha de buscar y destruir a los individuos que se hayan separado de la comunidad popular por degeneración física y moral.

Es judío, susurra alguien. Bertha agarra a sus dos hijas por los hombros. Los tres niños se aprietan contra ella. El chico, de ocho años. Adelgunde, de seis. Lula, de tres. Tienen los huesos como un tallo verde y la piel de mazapán. Es bueno, protesta la pequeña. Y se le escurre el muñeco, que se estampa contra el cemento. ¿Qué le van…? Chsst, rechista su hermano. Después, en un gesto caballeroso, una especie de reverencia, le recoge el muñeco. Tiene una herida en la parte inferior del cráneo de cartón piedra y por la hendidura se escapa un poco de polvo oscuro. Parece hecho de pasta de galleta. Lula lo estrecha contra su cuerpo. Ya no se atreve a seguir preguntando. Debe de ser miembro de un partido de la oposición, murmura alguien a sus espaldas. Otro pasajero. El señor Liebeskind se vuelve. Parece decir adiós con la mirada.

Konrad abre la mano derecha, ante él, y la observa como si fuera la primera vez que la ve, como si acabara de descubrirla, como si de pronto fuera diferente. La alza despacio, llevándosela hacia la cabeza, pellizca el sombrero, un sombrero gris con una ancha banda oscura, y lo levanta. En señal de respeto. Y cuando vuelve a ponérselo, bajo el sombrero se ha derrumbado ya todo un muro. El muro de las palabras. Una construcción aparentemente sólida apuntalada con una larga hilera de lugares comunes, de prejuicios. El lenguaje de las calaveras. Un siniestro gabinete de curiosidades. Por separado, cada sonido es auténtico, inocuo, aunque a menudo se junten para formar un mensaje del otro mundo. Una bola de nieve bajo la cual, sin que te des cuenta, sin que puedas hacer nada para evitarlo, va quedando sepultada toda tu vida, escondida bajo el hielo grueso y opaco. Y la de los demás. Hay quien sólo conoce la voz que llaman de la sangre y olvida la de la razón, provocando así una catástrofe tras otra.

Bajo esa costra inmunda de frases que no expresan más que odio y desprecio y a las que con tanta facilidad se acostumbra el ser humano, se pudre el alma. A partir de ahora, Conrad, a quien sus propias palabras se le han cruzado de pronto en el camino, quiere ser dueño de sus pensamientos, de su lengua. Y lo hará guardando silencio, transformado en un ser mudo, en una especie de esfinge. Contemplando el mundo con generosidad. Al séptimo, abrir la mano. ¿Al séptimo? No. Abrir la mano los siete días de la semana. Pero tal vez sea tarde. Con la edad se caen los dientes, el pelo, rara vez lo hacen las ideas. Y si lo hacen, el propietario de la mente en ruinas casi siempre se calla, asustado. Konrad avanza por la pista, aunque se va

quedando atrás. Se tambalea un poco, pero sigue adelante, despacio, con el abrigo colgando y la cabeza inclinada sobre el pecho. Es tan alto y tan delgado que parece un perchero. En España se nota que es un hombre del norte. En Alemania se diría que es un hidalgo de algún lugar de La Mancha. Y lleva el abrigo como el matador de toros la capa en su paseo por el ruedo justo antes de que comience la fiesta. Sólo que los gestos de Konrad no son de orgullo, de desafío. Los suyos irradian un profundo cansancio.

Camino de Berneck, en el coche, atraviesan un paisaje idílico. Praderas, bosques y montañas no muy elevadas. Vacas, ovejas, gallinas, patos, gansos. Y abetos, muy altos. Y arándanos, brezos, dientes de león. Un decorado verde, jugoso. Bajo un cielo azul. Aquí todo es suave. El que nace en Castilla o ha vivido algún tiempo allí sabe sin duda lo que es morir sin haber muerto. Quien recorre España, con sus moscas, sus molletas, sus raciones de morro, con sus suelos llenos de papeles y de colillas, sabe bien lo que es la realidad. Una pátina de pringue lo cubre todo, una pátina de verdad, de vida arrastrada con dificultad y con esfuerzo a lo largo de los siglos. El paisaje alemán en cambio es demasiado hermoso. Hasta el punto de resultar ofensivo. Aquí, en esta tierra de parajes casi perfectos, nadie se cree los rumores, apenas nadie tiene en cuenta las amenazas. No se percibe la crisis bajo esas estampas bucólicas. Lula, aferrada a su muñeco, al que Ernst le ha hecho un torniquete en la nuca con su pañuelo de bolsillo, va sentada delante junto a Konrad. Adelgund y Ernst, detrás, asomados a las ventanillas, respirando el nuevo aire, el olor de los bosques. Y Bertha, entre ellos.

Y al pasar por los pueblos, que parecen sacados de un cuento de hadas, siempre formados por un cogollo de casas en torno a una plaza central, cada uno con su iglesia, con la torre en forma de bulbo o puntiaguda, su nido de cigüeñas y varias cervecerías, todo impecable, como recién lavado, leen los letreros que hay colocados por todas partes, en los escaparates de las tiendas, en las columnas en las que se cuelgan las páginas desplegadas de algunos periódicos, en las vitrinas de las estaciones de tren. *Quien compra al judío traiciona al pueblo. Los judíos son nuestra desgracia. No queremos judíos en nuestro barrio*. Los recién llegados guardan silencio. ¿Acaso sienten que los labios sólo deben servir para dar besos, para lanzar gritos de protesta, para emitir algún susurro de vez en cuando? ¿Que las palabras no son más que cortezas bajo las que se ocultan los sentimientos, y tras las cuales el corazón a menudo parece haberse ahogado o no existir siquiera?

Linde, que en realidad se llama Sieglinde, como la madre de Siegfried, el héroe nibelungo, y como una variedad de patatas muy apreciada en Alemania por su capacidad para mantener la forma tras la cocción, va al volante, ajena a esos mojones del miedo, a esos

monumentos de la estupidez, del odio, que encuentran a cada paso. Debe de estar inmunizada. El abuelo la mira fascinado, sin comprender. Le cuesta creer que hable con tanta naturalidad, señalando orgullosa los rincones que le parecen dignos de verse, contando anécdotas sin importancia. Es la mayor de los hijos de su hermano Christian, muerto hace ya algunos años. Como el mayor, Jean. Como Heinrich. Y Babette, Jeannette y Elise. El es el único que sigue con vida. Sieglinde está flaca y seca, parece un bicho palo, uno de esos que se adaptan al medio con un mimetismo rabioso. Los brazos y las manos de Linde tienen el mismo tono mortecino que el volante del coche. Parecen hechos de marfil. Apenas se distinguen. Como las ovejas en los pastos secos.

Curioso fenómeno, aunque se trata de un mecanismo de defensa bastante limitado. Al menos desde el punto de vista físico. No en todas partes puede esta mujer pasar desapercibida. Tal vez tan sólo lo consiga al volante. A Conrado se le eriza la piel. Él hace rato que se siente como un reloj descompuesto. Ha perdido la marcha regular de una maquinaria bien engrasada. Sin embargo, ahora es más hombre que nunca. Ahora sabe que el lenguaje ni siquiera sirve para hacerse comprender. Que con frecuencia encubre más de lo que parece expresar. Se ha caído del sutil horizonte de la ignorancia de toda su clase. Cada cosa que oye le parece dicha en un idioma totalmente nuevo, que tiene que ir descifrando poco a poco, con prudencia, como si hubieran aterrizado en un mundo distinto, cuando sólo es él el que ha tomado tierra en una dimensión diferente de su propio ser. Como si nunca hasta entonces hubiera sabido lo que es hablar y tuviera que aprender de nuevo su lengua. Y, recelando frente a la inercia inconsciente con la que la mayoría se entrega a la vida, se torna desconfiado, enigmático.

Hasta el día de su muerte, apenas volverá a hablar, convencido de que hay que tratar de aplazar el juicio, evitando ese error tan común, el de juzgar colectivamente, en lugar de hacerlo de manera individual, por las acciones de cada uno, de que hay que aprender a mirar con calma, abarcando cada caso desde todos los ángulos. Convencido de que las palabras pronunciadas en voz alta nos impiden conocer el mundo, un mundo que en cuanto abre la boca más de la cuenta se vuelve insensato, feroz. Un mundo en el que habría que pensar como un ser humano, sin esquemas, sin muletillas, pensar imaginando. Un mundo en el que las palabras se han vuelto huecas, falsas, asesinas. El suyo, en cambio, será a partir de ahora un mundo al borde del silencio, en el que apenas se escuchará algo más que el viento. Porque al fin ha encontrado la humildad, esa falta de ambición y de impaciencia que hace que algunos adultos se conviertan en los mejores compañeros de juego, los únicos capaces de habitar en un

mundo como el de los niños. Parecerá cada vez más un penitente, un condenado, aunque sonría a menudo. A sus nietos, a las personas sencillas. A las flores, al horizonte, a los pájaros.

A sus nietos, a los que adora en silencio, apenas les dirá algo más que «Oye, chico, oye, chica, vamos a dar un paseo por el bosque». Con su fuerte acento germano, y de manera entrecortada, como si observara sus propias palabras a medida que salen de su boca, vigilando para que no se cuele ninguna que pueda resultar peligrosa. Y les hará pequeños regalos, sonriendo y envolviéndolos en una aureola de misterio. Toma, chico. Pero no se lo digas a tus hermanas. Y poco después dará lo mismo a las dos niñas, con el mismo sigilo, la misma emoción contenida, con esas mismas palabras, «toma chica, pero no se lo digas a tus hermanos», como si se tratara de una fórmula mágica, de un conjuro amistoso. Un amor profundo, hecho de gestos y miradas, sin palabras que puedan condenarlo al equívoco.

Y mientras Linde les conduce hacia su refugio junto a las montañas, al hotel Waldhorn en Berneck, la gran pompa de jabón, el Junkers D-2650 bautizado con el nombre de Fritz Rumey, uno de los más famosos pilotos de caza alemanes durante la Gran Guerra, y rematriculado con las letras D-AKEP, vuela hacia un nuevo destino arrullado por el zumbido de sus hélices, cuando de pronto uno de los motores se para y el aparato empieza a perder velocidad y a descender en picado, en barrena hacia el suelo. Cae como una roca sobre un bosque negro y juntos se queman.

SE RESERVA EL DERECHO DE ADMISIÓN

Tierra de cardos. De cerraja. Seca. Huraña. Tierra de páramos, sin apenas árboles. Casi tartamudeas, como si no supieras hablar. Imposible contarlo. Las palabras se atascan en tu garganta. El recuerdo duele. Y la vergüenza. Vergüenza, ¿de qué? Una palabra que encierra tantos matices como esa otra con la que se intenta designar el impulso de la compasión. Como cualquier otra palabra, como cada acto en la vida de una persona o cada episodio de la historia. Tierra de cardos. De cerraja. Seca. Huraña. Tierra de páramos, sin apenas árboles. Venga. Cuéntalo ya. Les han traído en un autobús de la Sociedad Madrileña de Tranvías, un autobús de dos pisos. ¿A dar un paseo? ¿Los trasladan? A otra cárcel, quizá. ¿O los pondrán en libertad? Les hacen bajar en medio de la nada. De una nada sobre la que se está poniendo el sol. Una bandada de cuervos se alza entre las hierbas y ellos descienden en grupos, con las manos a la espalda. Les obligan a formar en una hilera. No les vendan los ojos. Los pondrán como a los anteriores, mirando a la zanja, de espaldas a ellos, para no verles el rostro, para no sentirse presos de su mirada, para que sus ojos no se queden para siempre clavados en la suya.

A los pies de un cerro, junto a una larga cárcava, esperan víctimas y verdugos. Unos con las manos atadas con cuerda o un alambre retorcido, que se les hinca en la piel. Los otros, con tantas armas que parecen divinidades hindúes, con los brazos multiplicados. Brazos de carne, de hierro. Dedos de plomo. ¿Dónde están las tropas que algunos llaman de liberación? A las puertas de Madrid. El 6 de noviembre se encontraban en Alcorcón, a las afueras de Getafe, y a Julio hasta ahora le parecía que ahí podían quedarse. Que no debían pasar. Que con suerte tal vez nunca pasarían. Que no les dejarían hacerlo. Cuando de pronto todo parece haber cambiado a su alrededor, y él lucha consigo mismo, porque se da cuenta de que ahora preferiría que hubieran llegado, que pasaran de una vez. Pero es tarde, demasiado tarde para su padre, el doctor Velasco Palacios, para su hermano José, para él. Para muchos que, como ellos, ahora se encuentran atrapados en la masa, en medio de las prisas, de esas pasiones irracionales que a

menudo te impiden discernir.

Por el camino, dejando la ciudad a sus espaldas, ha recordado momentos de su adolescencia, momentos no muy lejanos, cuando empezaba a ver los objetos más familiares con un halo extraño, particular, separados de él, como si se encontraran fuera de la realidad, lejos de todo. A menudo, al observarse en el espejo, cuando aún buscaba alguna excusa para afeitarse, como hacían cada mañana su padre y su hermano mayor, se había perdido en reflexiones sombrías. Juntaba entonces las manos y apretaba las uñas de los dedos de una contra las de la otra, hasta que veía una dentadura, la dentadura de una calavera, la que él habría de ser algún día, bajo tierra, entre raíces y gusanos voraces. Entonces soltaba una carcajada, a pesar de sentir un profundo vacío. A pesar de saberse más cerca que nunca de una muerte voluntaria. Ahora en cambio quiere vivir e intenta darse la vuelta, cuando una mano, la mano del hombre que se encuentra a su izquierda, le detiene.

Has elegido la muerte. La muerte de tu padre, la de tu hermano. La muerte de todos estos hombres. Una muerte que no te corresponde, como a muchos de ellos. ¿A cuántos? Tal vez a ninguno. Has elegido la muerte. Y ahora debes quedarte quieto. Como los demás. ¡Cuéntalos!, se oye que grita uno de los guardias de asalto. El interpelado obedece. Hace el recuento. ¡Cuarenta y tres! ¡Sobra uno! ¡Sobra uno! Y sigue una andanada de improperios. En cuanto hagan un par de comprobaciones, vendrá la frase humillante. Venga, muchacho, fuera de la fila. Julio tendrá que apartarse, abandonar a su padre, a José. Pero ni siquiera un error como éste es capaz de retrasar la orden, de impedir el desenlace. Hay cuchicheos y aspavientos, hombros que se encogen. La decisión apenas pensada llega enseguida. Levantan los fusiles, las bayonetas. Cargan. Encañonan. Deben de tener una mancha negra en torno a la clavícula. De tanto apoyar ahí la culata del fusil para disparar. La marca del verdugo. La del combatiente. Cualquiera los distingue.

Julio vuelve la cabeza para mirar a su padre. Y a José. Y los contempla como contemplaba los objetos hace años. Muy lejanos, sin vida. A su hermano le darán en el pecho, justo en el lugar en el que tiene una mancha de nacimiento, esa mancha que ya nunca se borrará con la edad. ¡Atención, apunten, fuego! Y se escucha el traquido. Feroz. Como el de los cerrojos cuando fueron a buscarles a la celda. La descarga de la libertad. Y oye cómo la ráfaga les alcanza. Y los cuerpos que caen al suelo, unos junto a otros. No logra entender por qué él es el único que sigue en pie. Su cuerpo no se ha doblado como el de los demás. Intenta mover las manos, se gira y da un paso al frente, pidiendo una bala también para él, en silencio. Hasta que de pronto siente un dolor agudo, se detiene y cae al suelo. Al fin. La bala.

La del número cuarenta y tres. La del que sobraba. Y vuelve a llover, una lluvia fina y lenta como la de esa misma mañana, de agua nieve, mientras los vivos empiezan a empujar los cadáveres hasta la fosa. A los heridos, que aún gimen. A esos muertos que no se deciden a morir.

Julio no se mueve, aunque aún respira, aún percibe el ajetreo de esos hombres que pululan a su alrededor, echando un poco de tierra con unas palas, pisoteando los despojos con impaciencia. Y, consciente de que su padre y su hermano, sobre cuyos cuerpos él mismo ha caído, ya no lo hacen, le embarga un alivio salvaje al notar cómo la tierra le va cubriendo. Y calor en el abdomen. Un calor húmedo, pringoso. Y deja de ver la luz. Ya no oye nada. Nada se mueve. Y se da cuenta de que apenas puede respirar, de que está muerto. Como los demás. Veinte años después de su primera muerte. Veinte años después de nacer, de que su madre y su padre le dieran la vida por segunda vez.

DESVÍO PROVISIONAL

Fue también en noviembre. Ese mismo año. Noviembre del treinta y seis. Y para ti, como para tantos otros, no sólo para los poetas, noviembre es el mes de la oscuridad, el mes de los vientos rabiosos, sin rumbo. El mes de las nieblas que todo lo envuelven. De la muerte mecida a la luz del invierno. Clara ha dejado abierta la ventanilla del Citroen negro, el brazo apoyado en el borde de la portezuela, y cada vez que atraviesa una población golpea con la mano la chapa, para que la gente se aparte. Es una mujer enérgica, una mujer que aborrece las convenciones sociales. En cuanto una adversidad, sea del tamaño que sea, se cruza en su camino, ella parece cobrar nuevas alas. Es como un viento fuerte, vecina de las águilas, de la nieve y del sol. La mañana está gris. Y gris también Tarsila, que, en el asiento trasero, viaja con el ceño fruncido. No se conforma con la suerte de compartir con Clara la huida de la capital, aunque tampoco tenía dónde quedarse, adonde ir. Hace tiempo que no sabe nada de su novio. Tarsila espía el rostro rubicundo de Clara en el retrovisor. ¿Cuánto tiempo va a tener que quedarse a solas con ella, soportando las tormentas que salgan de las tripas de su piano, porque seguro que tiene otro allí donde van, o el silencio de sus largas lecturas?

Pero no hay más remedio que alejarse. De los bombardeos, del caos de la ciudad, con las estatuas protegidas por paredes de ladrillo y sacos, de las calles llenas de barricadas. Cruzando la distancia que las separa de las montañas, donde Clara cree que se encontrarán a salvo. El cielo se va poniendo negro y la lluvia tamborilea en los cristales. Tarsila se vuelve para ver el cartel de una estación de ferrocarril vacía, ya en las montañas. ¿Qué pone, jefa? Aún no sabe leer ni escribir, pero su jefa le está enseñando. Clara no necesita volverse. Sabe muy bien adonde va. Cercedilla, responde. Pero te he dicho mil veces que no me llames así. Y, abandonando la carretera principal, siguen ascendiendo por un camino de tierra. El coche se bambolea por las escorrentías que se han abierto en el sendero con las últimas lluvias. Al final, junto a una valla que corta el paso al tráfico rodado, Clara aparca y se baja del coche. Respira hondo y mira a su alrededor. Castaños, encinas y robles, vacas rubias y blancas, helechos y setas. Una catedral al aire libre, formada por troncos vestidos con musgo,

por ramas desnudas que sostienen la nieve como con miedo de que se les caiga, de que el viento la tire. Tan sólo se oye un eco de ladridos y cencerros. Amortiguado por la espesura. Un poco más allá, unas rocas imponentes, esculturas cúbicas rodeadas de zarzas.

Clara echa a andar unos pasos para estirar las piernas y tropieza con las raíces superficiales de los pinos, largos dedos ásperos que parecen empeñados en rascar la tierra en busca de algún tesoro, ávidos de algo que les dé de comer. Tarsila la observa desde el asiento trasero del coche. Encogida, entre los bártulos, como una flor aún sin abrir. Y siempre al acecho, sin necesidad de girar siquiera la cabeza, vigilando con el rabillo del ojo cada movimiento de su señora. Sin duda es así como quiere que la llame, pero no le va a dar ese gusto, aunque más de una vez le ha pedido que la llame simplemente por su nombre. Los cuervos graznan en medio del silencio. El viento, entre los árboles. Cuando nieva hay un silencio de muerte. Un fondo blanco y duro sobre el que resalta cada sonido, por pequeño que sea.

Algo se mueve detrás de unos árboles, entre unos matorrales, y la muchacha baja el cristal de la ventanilla. ¿No tiene miedo de los lobos, jefa?, grita asomándose y tiritando de frío. Está convencida de que esa vikinga orgullosa tiene que temerle a algo. Tarsila apenas sabe distinguir a un alemán de un escandinavo. Le parecen todos iguales. Gente con la sangre rubia. Clara. Y su padre, Conrad. Osados, siempre seguros de sí mismos y con tantos humos que a los demás ni los ven. Animales hermosos, pero sin duda alguna feroces. Tan súbitos e imprevisibles como los rayos. Y a los que debe de ser muy difícil domesticar. Parecen acostumbrados al aire cortante de las alturas, a las caminatas invernales, al hielo y a las montañas. Joviales y poderosos, tienen sin embargo vocación de ascetas solitarios. Por eso en el fondo los admira, aunque parezca empeñada en buscarle las cosquillas a su señora, en parte por vocación y en parte porque le asusta el mero hecho de quedarse a solas con ella.

No se equivoca. Clara es de acero inoxidable, tal y como la soñó su padre el mismo día en que nació en la habitación de un hospital, el mismo día en que la dieron por muerta. Tiene un corazón fuerte en el pecho, lleva una buena cantidad de hierro en la sangre y es dura como una piedra, aunque por fuera pueda parecer de porcelana, de cristal, de seda. Tiene los dedos delicados, los puños valientes. Su padre le ha enseñado a no temerle a nada. Con él ha subido a las cumbres, ha bajado al interior de volcanes activos, ha cruzado a nado lagunas heladas de origen glaciar. Con él ha aprendido que el futuro del hombre es en gran parte voluntad suya, que su corazón puede ser de bronce, un escudo templado al fuego, capaz de soportar el peso de cualquier responsabilidad, de afrontar cualquier peligro. Conrado quiso llevarla a alturas que ningún ave hubiera sobrevolado jamás,

que conociera abismos en los que no se hubiera extraviado pie alguno. Para que emprendiera grandes cosas. Para que no se limitara a hacer infeliz a un hombre.

Por eso Clara es un prodigio de coraje y curiosidad. No se arredra ante nada. Parece dispuesta a vivir siempre más allá del bien y del mal. No es egoísta. ¿O sí? Es difícil decidirlo. Al final, con su carácter despreocupado, ayuda más que ninguna otra persona. Pero eso a nadie le importa. Ni siquiera a ella misma. Porque lo hace sin esperar nada a cambio. Tiene el valor de ser ella misma, la voluntad de serlo, y hasta ahora se las ha arreglado bastante bien sin Dios, sin el más allá, sin un marido. Es atrevida e inteligente como sólo un hombre atrevido e inteligente sabe serlo. Nunca ha buscado una razón en las estrellas. Atravesar un bosque de noche sola y a pie, cruzar una cordillera nevada moviendo con destreza sus bastones y sus esquís, bañarse desnuda en pleno invierno en cualquier sitio, en el agua helada de una laguna de origen glaciar, sin preocuparse de si alguien la ve o de si entretanto le roban la ropa, cambiar un neumático, tirada en el suelo debajo del coche, arreglar un motor, tiznándose de grasa toda la cara y las manos, partir leña, pasar el rastrón con mulo, son cosas que le resultan de lo más naturales. Como valerse por sí misma. Y ha recorrido ya media Europa en una motocicleta con su mono de cuero y su mochila. Completamente sola.

Clara se vuelve hacia el coche y sonríe. A su espalda, un cervatillo salta desde detrás de un árbol y desaparece entre los helechos. Tarsila se encoge. Y sonríe también. El sol vuelve a brillar entre las nubes y se refleja en los charcos.

HAY LOTERÍA DE NAVIDAD

Hay momentos del pasado que nadie ha visto nunca, ni siquiera quien los vivió, momentos que te han contado, una y otra vez, con ligeras variaciones, y que, aun así, parece que nunca ocurrieron. Has recorrido los lugares en los que se produjeron algunos de aquellos momentos, buscando las respuestas en el aire, en los árboles, en el cauce seco de un río, en unos raíles abandonados, en el olor de la lluvia, en las hojas caídas, tratando de impedir que esos instantes huyan para siempre al reino del olvido. Y poco a poco consigues que vuelvan a emerger los detalles. Unos dedos surgen del suelo, rascando los terrones, unas manos llenas de barro, de rabia. Una rabia concentrada, lenta, imparable. Es un muerto que araña con sus propias manos la tierra que le cubre. Las pocas paladas, arrojadas con urgencia, no pueden impedir que los muertos se escapen de la cárcava. Y la lluvia sigue cayendo. Gotas gélidas, brillantes, clavos de hielo que tratan de borrar las huellas. Y tras las uñas, tras los dedos, tras las manos que escarban despacio, aparece una cabeza. También sucia, con los cabellos pegados al cráneo. Y unos brazos, que se mueven sin prisa, a pesar de la saña. De pronto, los brazos, los dedos, la cabeza, se detienen. A respirar. A recobrar fuerzas. Para después, al cabo de unos instantes, volver a tirar de su cuerpo y, aferrándose a unas raíces, sacar las piernas.

El hombre, ya completo, se sienta en la tierra fría, húmeda, e inclina la cabeza, mirando hacia abajo. Y se queda así unos minutos. Parece que se observa el ombligo. Que no tiene nada mejor que hacer. Que no es capaz de hacer ninguna otra cosa. Una herida borbotea aún en su vientre. Un líquido pegajoso. De un rojo desleído, mezclado con el agua de la lluvia, con grumos de sangre ya seca y de barro. El hombre sigue contemplándola. Es el agujero de una bala. Pequeño, pero sin duda alguna profundo. Se toca la espalda, tal vez buscando el orificio de salida, pero no encuentra nada. Sólo sangre, sudor y agua de lluvia. La bala sigue ahí, paseándose por el interior de su cuerpo. ¿Por qué una bala tendrá justo el diámetro del dedo de una mano? Justo. Ni más ni menos. El diámetro del dedo índice de un hombre. Y él abre la mano, despacio, como una flor que despierta con la salida del sol. Con el calor de la primavera.

Y observa esa mano, su mano derecha, esa mano que aún mantiene desplegada ante sus ojos, como si acabara de descubrirla, como si nunca antes la hubiera visto. O acabara de crecerle un miembro nuevo, desconocido hasta entonces. Como a una estrella de mar, con esa capacidad de regeneración sólo superada por el espíritu humano, en su deseo incansable de supervivencia. O los cadáveres de los olivos, muertos por una helada a destiempo. Los talan, y los troncos retorcidos vuelven a brotar. El hombre sigue con los dedos estirados. Tal vez le sorprenda tener sólo cinco. O le parezcan demasiados. Después mira de nuevo hacia abajo y, con una decisión que no es la de un muerto, la de un hombre que ya no tiene en qué creer, mete un dedo en el taladro, para no desangrarse. Sus estudios de medicina no le sirven de momento para mucho más. Y así, con el dedo señalando la bala que se ha perdido en el interior de su cuerpo, como lo han hecho sus gafas en ese amasijo de tierra, de piernas y brazos, Julio Velasco echa a andar por los páramos, siguiendo el curso del río, marcado por una larga hilera de árboles, arrastrando los pies. Dejando un rastro oscuro de gotas que caen despacio, con fuerza, y alejándose no sólo de las parameras cubiertas de rastrojos, de esos cerros que parecen el infierno, de los cuerpos sin vida que fueron de su padre y de José, también poco a poco del río, del susurro de las hojas de los árboles, que caen sin prisa, formando una manta de color amarillo, y que no paran de decir que sí. Sisean, bisbisean las pocas hojas que aún quedan en las copas. Huye, Julio, le dicen los árboles. Huye de aquí. Vive.

Que se callen. No quiere oírlos. Pero, sin querer, obedece. Y echa a correr, huye, se aleja del río, aunque no aguanta mucho tiempo. Apenas puede respirar. Se detiene, toma aire y después ya no es capaz de volver a correr. Avanza con esfuerzo, cada vez más encorvado, hasta que de pronto topa con algo duro y trastabilla. Y al sacar el dedo de la mordedura, el tapón, el bitoque, para poner manos a tierra, tienta algo helado, metálico. Raíles. Entre cardinches. Y una nueva oleada de sangre. No es sólo la suya la que le mancha la ropa. Es también la de los demás, la de los que le cayeron encima. La de su padre. La de su hermano. Se le nubla la vista. Sombras, desmadejadas, con los ojos abiertos. Tiradas en el campo, esparrancadas. Pero él sigue agarrado a la barra de metal, a los raíles, fríos, tal vez tratando de rebajar la temperatura en sus venas, de impedir que le siga subiendo la fiebre.

¿Por qué habrá salido? ¿Por qué no se quedó quieto, arropado por todos aquellos cuerpos? Le duele el hambre, la sed. El frío, la humedad. Le avergüenza su dolor, su maldita resistencia, la soledad de su suerte. La de la muerte, siempre tras él. ¿Cuántas veces tendrá que pasar por esto? De nuevo sigue vivo, cuando debería estar muerto.

Morir. De una vez por todas. Pero siente un temblor muy leve en el hierro. El tren. Y sabe que se quedará a esperarlo, junto a un árbol que acaba de ver, a su lado. Un sauce blanco, que dicen que trae mala suerte. Pero él no cree en esas cosas, ya no debe de creer en nada, y se postra de rodillas. Y con la mano que le queda libre, la otra sigue ejerciendo la medicina, se entretiene acariciando un repulgo en el tronco del árbol, herido como él. Y poco a poco en sus labios se forma otro repulgo, el de la vergüenza y el asco por estar vivo, por haber sobrevivido una vez más.

NO TOCAR. ALTA TENSIÓN

Arboles desnudos, esqueletos de color lila, entre nieblas altas y suelos verdes, empapados de lluvia. Julio se ha asomado y el viento frío le da en la cara. Y los rostros de su madre, de sus hermanos, le golpean la frente. Huye, huye, gritaban hace poco los árboles, sin que él sepa cuánto tiempo ha pasado, ahora que ya se está arrepintiendo, ahora que viaja entre ovejas, un montón de ovejas que balan sin cesar, que desprenden calor, un tufo a leche agria y a orín, a lana sucia, gorda, húmeda. Abandonó el tren a su paso por la capital y después ha cruzado la frontera, una frontera ideológica, mucho más difícil de burlar que las que aparecen en los mapas, a pie, escondiéndose, hasta que pudo subirse a un camión. Lleva en el cuerpo una bala de los suyos y no sabe adonde ir. Siente deseos de romper algo, de descuartizar a una de esas ovejas, de golpearse la frente contra las paredes de madera del contenedor. Si consigue volver a poner el pie en tierra, en esa tierra que también parece huir, siempre en dirección contraria a la suya, si sobrevive, si esa bala que lleva dentro o alguna otra no logran matarle, volverá a casa. A buscar a su madre, a sus hermanos.

Cruzan ahora una estación de montaña. Julio se ha vuelto a asomar entre los tablones. El cartel con el nombre aparece envuelto en la niebla, en la blancura del aire y la bruma de sus ojos, indefensos sin las gafas. Salta, Julio. Salta ahora mismo. Y lo hace. Y cae rodando sobre la nieve, que amortigua el golpe, pero enseguida se levanta, se sacude la ropa y echa a andar, dejando un rastro de pequeñas manchas oscuras sobre la superficie crujiente, pálida. La herida ha vuelto a abrirse y la sangre brota con calma. Amanece y las piedras se dibujan con claridad. Nieve, nieve. Por todas partes. Y la lengua gélida del viento. Y el dolor en su vientre. Pero él no puede detenerse y sigue caminando lentamente sobre la nieve, entre los árboles, cada vez más densos, sin rumbo, sin saber adonde va.

Con qué nitidez se distinguen aquí los sonidos. El de la nieve blanda, una tormenta remota bajo la suela de sus zapatos. El de la nieve dura, azúcar entre los dientes. Y recuerda cuando era pequeño y se metía debajo de la mesa con el azucarero. Cerraba los ojos y creía

que nadie le vería. Cómo le gustaría poder hacerlo ahora. Cerrar los ojos, desaparecer. No está muerto. Aún tiene sed, hambre. Echa la cabeza hacia atrás y abre la boca. Copos de pan, que llueven del cielo, pero se traga el sabor a metal. El de la sangre. Y sigue caminando, sin saber muy bien adonde va, sin saber si busca ayuda, si debe huir frente a la presencia de cualquier ser humano, cuando un ruido le sobresalta. Una silueta negra se esconde entre unos árboles. Julio se para. Tiene plomo en las venas. Y la debilidad invade todo su cuerpo. Le falta el aire y cae de rodillas. Sobre una piedra. Una piedra con manchas de color amarillo. También las piedras tienen manchas de nacimiento, piensa. Como la de su hermano José, en el pecho. Y todo se mezcla ahora en su memoria. La piedra, la mancha. Julio se tambalea. Rodeado de espesura, de nieve. Y cae rendido.

Pero al cabo de unos instantes oye una remota tormenta. De pasos que crujen en la nieve aún blanda, la nieve que acaba de caer. Son los pasos de alguien que ha salido a dar un paseo por el bosque antes de que lo haga el sol. De alguien que se acerca, que se agacha junto a él. Abre de nuevo los ojos. Trata de volver la cabeza, pero le resulta imposible. Una mano. Se mueve, como mecida por el viento. ¿Saluda? ¿Está diciendo adiós? Una mano oscura, enorme, en los huesos, se aproxima y se aleja, intentando rozarle. Fuerza la vista, intenta enfocarla. Apenas puede moverse. Como si se hubiera convertido en una estatua de hielo. Extiende los dedos de una mano, despacio, palpando la tierra a su alrededor. Helada. Como él. Y siente una caricia en la frente. Una tela de araña. Inmensa. Encima de él. Ahora le roza la barbilla. Pero no es una mano, ni una tela de araña, sino la rama baja de un cedro junto al que yace tirado.

Y de nuevo algaracea. Y entre la nieve menuda vislumbra un rostro, un rostro que parece surgido de otro mundo, entre cabellos rubios. El rostro de un ser entre mineral y fantasma. Y los ojos más azules que haya visto jamás. Teñidos de un leve gris. Una mirada luminosa, inteligente. Todo su cuerpo tirita. Y vuelve a ver los arces, los álamos. Y a olerlos en medio del frío. Hace un esfuerzo e intenta pronunciar alguna palabra, decir algo para que esos ojos no se esfumen, para comprobar que son reales, que pertenecen a alguien, pero su garganta está tan seca que sólo es capaz de emitir un chasquido duro, de cachopo al quebrarse. Después, tal y como había temido, el rostro se disuelve, los colores se mezclan con las nubes, con los jirones de niebla, con las ramas del cedro. Julio parpadea, pero no consigue fijar la vista, recuperar la imagen. Siente un zumbido en la cabeza y de nuevo el cansancio le vence. Cabecea y se muere en el sueño. ¡Tarsila! Corre. Ayúdame. ¡Tarsila! Hay un joven herido aquí fuera, grita una voz de mujer.

La muchacha sale corriendo de la casa, limpiándose las manos en

el delantal de tela de saco. Sus pies se hunden en la nieve recién caída y se ve obligada a retardar el paso. Temblando de frío, se agacha por fin junto a Clara. ¿Está muerto?, pregunta, mientras la jefa le toma el pulso. Vuelve y trae una manta, así será más fácil llevarle hasta la casa. Tarsila obedece, corre, y al poco regresa con un cobertor grueso, acolchado, de color granate, en el que envuelven al herido y con el que lo arrastran por encima de la nieve, tirando cada una de ellas de una de las puntas de la parte superior. Así lo llevan también por el pasillo, hasta el dormitorio principal. Junto a la cama. Y, de rodillas en el suelo, se disponen a quitarle la ropa, desenvolviéndolo poco a poco, liberando su cuerpo de esas prendas sucias, mojadas, llenas de sangre seca, de esos pedazos de tela que cubren cada uno de sus miembros, miembros que van apareciendo despacio, porque ellas se mueven sin prisa, como si apenas se atrevieran a hacer lo que están haciendo.

Al principio no lo han dudado, después han ido demorando sus movimientos y, según iban apareciendo más trozos de esa carne prieta, de ese cuerpo enteco, de piel oscura, cubierta de vello negro y rizado, las piernas fuertes y bien formadas, un extraño silencio se ha apoderado de las dos. Hasta el aire se ha quedado pálido y ellas se han mirado, buscando una explicación la una en los ojos de la otra, aunque de inmediato han seguido adelante. Como dos niños que de pronto deciden cometer una travesura, sin necesidad de decirse nada. Y ahora, dejando el cobertor en el suelo, lo suben a la cama, cogiéndolo una por los brazos y la otra por las piernas. Clara percibe la naturalidad en los gestos de la otra. Sin duda ha visto muchos cuerpos de hombre desnudos.

Tarsila observa a su señora de reojo, con una sonrisa. Tanto libro y parece que no ha visto nunca nada. Unos no vemos las letras en los periódicos, en los letreros de las calles, y otros parece que no ven lo que tienen delante de sus narices. En el campo no nos andamos con tanto tapujo. Allí se presentan más ocasiones. De acechar a un pastor que se baña en el río o a un sacerdote que se lava a primera hora de la mañana con un poco de agua fría en una jofaina. Esto no es nada. Y sin embargo… Sí, tiene que reconocerlo. Le cuesta apartar los ojos. Respira hondo y traga más saliva de la habitual. En cuanto a Clara, para ella es todo un milagro. El de ver por primera vez el cuerpo de un hombre. El milagro que se repite cada noche para algunas afortunadas. Y si esto es un hombre, ¿por qué no se habrá casado ya ella como lo ha hecho su hermana? Pero siempre ha aborrecido el matrimonio, la idea de la caza y captura de un marido, de fundar una familia. Ha preferido estudiar, ganarse la vida, ser independiente. Esquiar, montar en moto y recorrer el mundo.

En casa y entre los amigos la han llamado siempre *die Motorbraut*,

como a Lillian Harvey en una película de Richard Eichberg titulada así, la novia de los motores, porque nunca ha querido separarse de su motocicleta, su más fiel compañero, porque es capaz de arreglar el de su Citroen. El nombre se lo puso su padre cuando hace un par de años se marchó sola a recorrer Europa en su BMW. Pero seguro que el cuerpo de Casimiro, su cuñado, no ofrece estos encantos. Es un hombre mucho mayor, grueso y torpe, adiposo, de carnes blancas y fofas que tiemblan bajo una papada que ya va amenazando con ser algo más que triple. Una vuelta por cada década cumplida. Un collar de grasa. Los collarejos que anuncian la opulencia de su cartera. Pero este otro es distinto. Su piel es como la de un animal. No sobra ni un centímetro. Debe de tener hasta la sangre tostada. Y Clara, sólo de pensar cómo corre por sus venas, siente que se le nubla la vista.

Parece un Cristo, susurra Tarsila. Un Cristo hermoso. Con llagas de verdad. Un Cristo esculpido en una madera dura y suave, como el tronco de un árbol que hubiera sido rozado por miles de manos devotas, durante siglos y siglos. Una madera olorosa. Y se queda extasiada contemplando el agujero de entrada de la bala. Con una mirada de monja. Como si estuviera rezando o viendo al mismísimo Dios. Creía que eras atea, refunfuña Clara, que siempre ha desconfiado de los creyentes, de la fe, que según ella emboba. Tarsila hace un gesto con la mano, como quien espanta una mosca o aparta una tela de araña. Cuando veo algo así, me cuesta no creer en Dios y en todos los ángeles celestiales. Anda, anda, ve a la cocina y trae agua. Y una esponja. Y vinagre. Y vendas. De sobra sabe que la muchacha no es religiosa. Con los curas habría que hacer lo mismo que con las sartenes, había exclamado en una ocasión al poco de entrar a trabajar en su casa. Y a Clara las palabras que habían salido de sus labios sin que ella le preguntara la habían dejado perpleja: Colgarlos del rabo. Y desde aquel día había decidido conservar a aquella muchacha costara lo que costase.

Y en cuanto la muchacha se aleja hacia la cocina, Clara alza la sábana con la que acaban de tapar al herido. No es el orificio de la bala lo que quiere ver. Sus ojos rozan por unos instantes el nido oscuro en la entrepierna. Después se escurren por los muslos. Y siente el irresistible deseo de acariciar ese cuerpo sumido en la inconsciencia, indefenso, aunque vigoroso y enjuto. Y con las yemas de los dedos le roza la punta de las rodillas. Un escalofrío le recorre la espalda. Se le doblan las piernas y rápidamente levanta la vista, como si entre aquellas piernas se produjeran relámpagos, descargas eléctricas, como si allí algo fuera a desatarse de un momento a otro, a estallar, tronando, produciendo un diluvio. Esos hombros serán ya para siempre el horizonte de sus sueños. Hay amores que son como algunos oficios. Una maldición. Aunque no pasen de padres a hijos.

Y esto sin haber escuchado su voz. Antes de saber siquiera su nombre, la edad que tiene, si es un hombre casado, con familia, incluso siendo tan joven como parece. Antes incluso de ver su sonrisa. El color de sus ojos. De comprobar si es de fiar sólo con ver su mirada. Tarsila se para en la puerta, al acecho. La jefa, embelesada, parece haber alcanzado la bienaventuranza, el reino de los cielos, un estado al que ni siquiera accede cuando toca el piano, cuando lee un libro. La muchacha sonríe maliciosa y echa a andar moviendo las caderas, contoneando el agua en la palangana de hierro esmaltado. Se le habrá congelado alguna parte del cuerpo y tal vez haya que amputar, dice muy seria. Una pierna, un brazo, cualquiera sabe. Tal vez llevara ya mucho tiempo a la intemperie. Clara la mira estupefacta. ¿Amputar? Y de nuevo contempla al herido, alarmada. Bah, jefa, no es más que un hombre del montón. Clara se vuelve, con los ojos y la boca muy abiertos. ¿Del montón? Pero no, no hay por qué preocuparse, los hombres no se pasean así por la calle, desnudos. Ni siquiera por el bosque.

Con la esponja impregnada en vinagre van apartando los últimos grumos de sangre, le desinfectan la herida. Si le cosemos nosotras, le vamos a dejar un costurón como el de los tomates de mi pueblo. Clara levanta la vista. ¿No querrás que le dejemos la bala paseando por el cuerpo? No había pensado en eso, jefa. Clara se aparta de la cama. Iré a la Fuenfría, a ver si encuentro un médico. Tarsila se hace cruces. Sobre los labios. En el pecho. Después se agarra el rostro con ambas manos. Ha oído hablar de los tuberculosos y siente horror frente a cualquier enfermo que pueda resultar contagioso. Limpiar e incluso coser una herida purulenta, pase, pero acercarse a un hombre que escupa sangre… Sus aires de penitente acaban por decidir a Clara. Le repugna la beatería, pierde la paciencia con los cobardes. No te preocupes. A estas alturas no debe de quedar allí ni un solo enfermo del pecho. Pediré medicinas. Tal vez consiga que venga un médico para que le extraiga la bala. Se pone una chaqueta gruesa sobre los hombros y unos guantes de lana.

Tal vez yo misma pueda. Clara se vuelve desde el umbral. Servidora puede sacarle la bala y hacerle un zurcido. Un buen remiendo, dice la muchacha, aunque después vuelve a hacer ese gesto con el que parece empeñada en espantar una mosca invisible. Pero, lo dicho, jefa, le va a quedar un culo de pollo. Clara se quita los guantes, la chaqueta. Tal vez tenga razón. Tal vez sea mejor dejarle la bala en el cuerpo. No llamar la atención. Tal vez vaya más tarde. De momento, le dejaremos el cuerpo vendado. Y se produce un segundo milagro. El de destapar primero, y ahora el de tapar, porque para Clara poner un vendaje no es una operación natural. Es como devolverle a la vida, al universo entero, un bien que se le hizo a ella.

Con cuidado, despacio. Como si se tratara de un ritual. Y vivirá. Vivirá, sí.

NADA QUE DECLARAR

A medida que te liberas del peso del pasado, te sientes más ligero. Y te deshaces también poco a poco del poder que sobre ti ejercen un montón de objetos. Todos esos que te hablan en cuanto empieza a caer la noche y la habitación se puebla de sombras. A veces es un peine de concha con su funda de plata repujada y una punta de metal en un extremo. Otras, un estuche también de plata forrado de terciopelo, en el que descansa una colección de instrumentos de afeitar antiguos. O un libro de oraciones con las tapas cubiertas de heridas, ásperos gusanos que, si acercas la nariz, desprenden el tufo del moho. Todos ellos parecen cobrar vida de pronto, empeñarse en hablar, en recordarte algún episodio que creías olvidado. Aunque otras veces permanecen en silencio, empecinados en no contestar a tus preguntas. Como si la amnesia o la mala sangre pudieran afectar también a los seres inanimados. Es entonces cuando recurres a los álbumes o a alguno de los pocos documentos que se han conservado. Un pasaporte de otro tiempo. Una fotografía amarillenta, a la que le falta un pedazo. O una carta hermosa, aunque inservible. Unas cuantas líneas que llegaron demasiado tarde a su destino.

Sábanas de hilo y un cobertor grueso, acolchado, de color granate. ¿Y el colchón? Nada que ver con la superficie dura y fría sobre la que Julio ha dormido en los últimos tiempos. Una cama de piedra, inclinada, en la que era imposible no ya conciliar el sueño, sino hasta mantener el equilibrio. Nada que ver tampoco con los colchones que ellos usaban en casa, aunque no estuvieran hechos de láminas de corcho prensadas, como los que en tantos hogares se reservan para el servicio. Julio, levanta la vista y mira a tu alrededor. ¿Dónde estás? Julio consigue levantarse y se arrastra hasta la puerta. Alguien la ha debido de cerrar con llave. Pero él se agacha, acerca un ojo. Al otro lado no hay más que oscuridad. Aunque en este dormitorio parece que hubiera treinta bombillas encendidas, como en aquella celda con las paredes, el suelo, el techo y las rejas pintados de blanco. Es el reflejo del sol en la nieve. El aire libre, a tan poca distancia. Pero a él las piernas apenas le tienen en pie.

Julio recorre la habitación con la mirada, forzando la vista. En la

pared de enfrente hay una cómoda. De madera de cerezo, tiene amplios cajones con siluetas de ángeles recortadas en una madera algo más oscura. Acércate y abre alguno. Ropa. De mujer. Y debajo, un pasaporte. Julio acaricia la funda de piel, las letras grabadas en oro. *Deutsches Reich. Reisepass*. Un águila imperial con las alas desplegadas, también en oro, sostiene entre las garras una corona de roble. En la primera página, un nombre, Klara Sophia Stauffer, escrito con tinta. Vuelve la página. Ahí está, la aparición del otro mundo. La tela de araña en la que él sigue atrapado. Los ojos azules, los cabellos rubios. Ese rostro entre mineral y fantasma. *Personenbeschreibung*. Lo que sigue pretenderá ser su descripción. Distribuida en dos columnas paralelas. Qué pocas palabras. En unas pocas líneas, cuatro palabras, como ladridos. Cuando él, que sólo la ha podido contemplar unos instantes, necesitaría horas para hacerlo.

La fábrica del Estado produce miles de documentos como ése, y las descripciones son siempre similares. Apenas se puede distinguir a un individuo de otro. Si no fuera por la fotografía, los pasaportes casi se podrían intercambiar. *Beruf: Angestellte*. Debe de ser el apartado reservado para la profesión. Cualquiera sabe. *Geburtort: Madrid*. Lugar de nacimiento. Sí. *Geburtstag: 21. Mai 1912*. Hace un rápido cálculo. Veinticuatro. *Wohnort: Madrid*. ¿Lugar de residencia? Aunque ahora se encuentre aquí, tal vez huyendo, como él. *Gestalt: mittel*. ¿Complexión? ¿Altura? A él le ha parecido un ser venido del más allá. Una atleta con alas, un ángel de músculos largos. *Gesicht: oval*. Pocos rostros hay en el mundo que no sean ovalados y, sin embargo, qué distintos todos ellos. Sí, sin duda se refiere al rostro, ese rostro con el que él ha estado soñando durante, ¿cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo hace que está aquí? Se oye un ruido al otro lado de la puerta. Dejar el pasaporte y arrastrarse hasta la cama. O quedarse junto a la cómoda. Aguza el oído, no se oye nada. Habrá sido un simple chasquido de la madera. Algunas casas parecen seres animados. Se acomodan con cada cambio de temperatura.

Farbe derAugen: blaugrau. Uno de los cuatro tipos existentes, oficialmente registrados en millones de ejemplares. ¿Cómo desentrañar ese único término que en otro idioma, en un documento oficial, pretende definir todo un universo, un caleidoscopio que responde a cada palabra que escucha, a cada gesto que percibe a su alrededor? Los ojos zarcos, de un azul tan claro como el de un cielo de mañana sin nubes, en invierno. El gris brota del fondo, probablemente velándolos cuando se enoja o no acaba de entender lo que le dicen, cuando se repliega en sí misma, como una ardilla siberiana. Así lo habría hecho también frente a la cámara que había sacado aquel retrato minúsculo, en blanco y negro. *Farbe des Haares: blond*. Y el pelo rubio, sí. De un rubio intenso, muy suave, lleno de brillos. Un

campo de espigas. Tumbarla en uno, al sol. Y juntos aplastar las amapolas.

Besondere Kennzeichen. Será esa casilla humillante en la que se trata de dejar al titular del documento clavado, pinchado como un insecto en la caja de cristal de una colección. Con una o dos palabras. Con un alfiler. *Keine*. ¿Ninguna marca especial? Pero debe de tenerlas. Por todo su cuerpo. Marcas tan leves que un funcionario del Ministerio del Interior no puede apreciar con una simple ojeada. Marcas que sólo alguien que ha compartido parte de tu vida es capaz de encontrar, de no olvidar jamás. Todas esas marcas del tiempo y del espíritu. Y por fin, el último apartado. Será, sí, el que se suele reservar al estado civil. Tachado con una línea perfecta. Julio pasa las páginas. Hay sellos de entrada y de salida. Y águilas de tinta volando con la esvástica entre las garras. Y nombres de lugares en los que él no ha estado nunca, con los que ni siquiera se ha atrevido a soñar. Berlín, Copenhague, París, Ginebra. Y debajo del pasaporte, un montón de postales. Montecarlo, Niza, Munich, Estocolmo. ¿Cómo es que aún puede existir todo eso?

Y una fotografía. Alguien vestido de cuero negro de la cabeza a los pies montado en una motocicleta de gran cilindrada. Una BMW R 42. Se puede ver hasta la matrícula, sobre el guardabarros delantero. IIIA 5205. Es ella. Sí. Algunos cabellos rubios se han escapado del gorro de cuero. Se ha levantado las gafas, unas gafas de piloto, enormes, y sonríe a la cámara. Con una sonrisa tan amplia, tan inteligente, que parece iluminar todo el paisaje, sus grandes ojos azules. Con las manos enguantadas agarra el manillar. Lleva a la espalda una mochila con una manta de viaje enrollada. En mitad de un paraje inhóspito, invernal. *Die Motorbraut*, pone por detrás. A lápiz. Con letra de hombre. Una caligrafía vigorosa, inclinada, elegante. Y debajo, otra fotografía. Clara, con el pelo recogido, las manos en los bolsillos del pantalón y las piernas cruzadas, vuelve a sonreír a la cámara, las botas de montaña la una sobre la otra en el empedrado de una terraza. Sobre el pecho, en el jersey oscuro lleva una flor de Edelweiss y algunas insignias deportivas. La puerta de Brandenburgo con los aros olímpicos debajo. Y en otra, los aros olímpicos sobre la ladera de una montaña. Sus largos esquís y sus bastones descansan, como ella, sobre el tubo de la barandilla. De la cornisa de madera bajo la que que se ha refugiado cuelgan gruesos carámbanos de hielo.

Un papel cae al suelo. Un recorte de periódico doblado en cuatro. Julio se agacha y lo despliega. La actualidad deportiva: A bordo del «Cristóbal Colón» llegó a Vigo Paulino Uzcudun, quien anunció su decisión de dar por terminada su vida pugilística. El ex leñador vasco aparece en la fotografía entre dos hombres a los que podría cascar como si fueran nueces con sólo apretarles un poco un hombro. En otra

fotografía, junto a la del famoso púgil, aparecen cuatro elegantes mujeres. Ayer salieron para Alemania, con objeto de participar en la Olimpiada de Garmisch, en representación de la sección femenina del Club Alpino Español, las señoritas Sainz de Aja y Clara Stauffer. Clara, embutida en un traje de chaqueta de cuadros oscuros con el cuello de terciopelo claro y un sombrero ladeado sobre los ojos, sonríe junto a otras tres mujeres: su compañera en los juegos olímpicos de invierno, también en el centro, con abrigo de color claro y amplias solapas, posa con uno de sus bastones de esquí del brazo de una mujer envuelta en pieles que debe de ser su madre. Una mujer menuda, morena, con una mirada azul, aunque levemente rapaz sobre unos labios dulces, bien delineados, se cuelga del brazo de Clara.

Pero ahora sí. Ahora se oyen muy bien. Son pasos. Al otro lado de la pared. Los crujidos de la madera ya no son sólo orgánicos. Una raya luminosa brilla de pronto bajo la puerta. Alguien se acerca con decisión y se detiene justo delante, oscureciendo la estrecha línea de luz. Tienes que volver a la cama, Julio. Vamos. Meter de nuevo el pasaporte, las postales, el recorte y las fotografías en el cajón. De prisa. Antes de que consigan abrir. La herida abrasa. El recorte se resiste a doblarse. Las postales caen al suelo. Cerrar los ojos y desaparecer, es lo que le gustaría, como cuando de pequeño se escondía debajo de una mesa para comerse el azúcar. Alguien sacude el picaporte, como si le sorprendiera encontrar la puerta cerrada. Sólo al cabo de unos cuantos segundos, los justos para buscar la llave en un bolsillo, encontrarla en medio de todo un manojo de metal tintineante, meterla en la cerradura y dar un par de vueltas, se abre.

Perdón, se disculpa Clara, deteniéndose en el hueco de la puerta y mirando extrañada el montón de llaves que hace saltar un par de veces en el aire sobre la palma de su mano, antes de cerrarla en un puño. Los ojos parece que se le enturbian, aunque no se oscurecen, vacilan entre el azul y el gris. Perdón. No sé cómo he podido. Sin darme cuenta voy cerrando las puertas con llave detrás de mí.

RAZÓN PORTERÍA

Tened en cuenta vuestro deber con respecto a la comunidad del pueblo. Que el reproche de ser ajenos al pueblo no se convierta en acusación de ser parásitos del pueblo. La amenaza viene del presidente del grupo local del Partido. Durante la temporada de invierno, un domingo al mes todas las familias deben hacer *Eintopf*, tomar un solo plato. Con el dinero ahorrado de esa forma se entrega un donativo a la Ayuda Invernal. El canciller del Reich también practica el *Eintopf*. Se trata de dar ejemplo. Por encima del puchero humeante y del enorme cucharón de plata, Goebbels le lanza una sonrisa satisfecha. Y mientras las ciudades alemanas rivalizan en la recaudación, Berta lo hace consigo misma. El día del plato único aprovecha para preparar alguna especialidad española. Un cocido madrileño. A la bávara. Cree así cumplir con los preceptos del partido, aunque lo haga a su manera poco ortodoxa. Añade ingredientes de la cocina alemana que puedan parecerse en algo a los de la receta original. Un codillo entero. Unas *Nürenberger Rostbratwürste*, blancas, enanas, con pintas negras. O unas salchichas de Frankfurt, rojas, crujientes.

Pero es difícil escapar a la omnipresencia del Estado. Los presidentes de los partidos y los de las asociaciones benéficas tienen la nariz muy larga y la meten en todas partes, en todas las casas, en todas las cazuelas. ¡Ahí huele a ganso asado! Y allí a *Rindgoulash* con *Sauerkraut* y *Bratkartoffeln*. Lula, sentada junto a la ventana del salón, hace pompas de jabón con una de las pipas de arcilla que le ha comprado el abuelo al poco de llegar a Alemania. Aburrida, observa los tejados, las ventanas de las casas de enfrente. Están llenos de banderas rojas y negras. Con la esvástica en el centro, el símbolo de la nueva Alemania, fuerte una vez más. ¿Fuerte? Entonces, ¿por qué hay que hacer *Eintopft* ¿Por qué su hermano tiene que salir por las calles a recaudar con una hucha? Claro que a él parece que le gusta hacerlo. No importa que llueva o nieve. El uniforme que le proporcionan resguarda bien de la intemperie. Y le sienta tan bien. Lleva una hucha que distribuye el Partido, de estaño, grande, bien distinta de la que tiene en casa, una hucha en forma de jarra de cerveza con la tapa de plata y las iniciales de todos sus nombres. Ernst Friedrich Berengar.

Ahí fuera las banderas, que llegan al suelo, se levantan al paso de un automóvil de color negro. En las calles y en las plazas de Madrid ondeaban banderas rojas con la hoz y el martillo. También de aquí tendrán que marcharse. La hostilidad se palpa en el aire, en las canciones, en los desfiles, en los rostros de mucha gente.

Lula suelta el aire a través de la pipa. Y de pronto, en el interior de cada una de las burbujas, una rana resopla, inflando el cuerpo viscoso y croando como quien consigue soltar un eructo tras un gran esfuerzo. Tres mil años de estricta consanguinidad demuestran la superioridad de mi raza. La suya es la voz que llega desde el pantano. Croac. Están en su elemento, en una ciénaga, por más que todo a su alrededor reluzca. Y todos los batracios acaban por reflejarse también en la ventana, en el centro de cada bandera, recordándole los letreros que en los cristales de los bares españoles, pintados con esmalte blanco y a menudo también de varios colores, amarillo, rojo, negro, anunciaban y hasta representaban cada una de sus especialidades. Aquellos menús visuales con pollos asados que echaban humo, paellas llenas de tropezones grasientos y panecillos recubiertos por una corteza dorada, crujiente. *Tenemos ancas de rana. Y pajaritos fritos. Pida nuestro salmorejo. Especialidad de la casa*. Con un pincel muy fino algunos virtuosos trazaban hasta los pelillos chamuscados de los pollos.

Lula ha intentado acercarse a su madre, pero cuando Bertha está en la cocina no atiende a razones. Se concentra en lo que tiene entre manos y no parece oír ni la más simple de las preguntas, como tampoco abandona jamás el manejo de los instrumentos. El miserable, la mano del almirez y varios cuchillos de hojas bien afiladas. Lula se ha retirado enseguida. Será mejor que hable sólo con su muñeco. Ese muñeco de cabeza gorda que ahora lleva un esparadrapo en la nuca, para evitar que pierda más masa encefálica. Se lo puso Ernst. Una tarde en la que jugaban a los médicos le cambió el torniquete por una enorme tirita. El muñeco escucha lo que Lula le susurra al oído con una sonrisa en los labios, aunque nunca contesta. El coche oscuro ha dado la vuelta al final de la calle y se ha detenido justo delante de la casa. Después de pasar unos meses en el hotel Waldhorn, en Berneck, les han conseguido una vivienda en las proximidades. Una casa amplia rodeada por las mismas montañas y bosques, por los mismos peligros, y en la que llevan ya casi un año.

Del automóvil bajan dos individuos con abrigo de cuero negro. Como los que en el aeropuerto, nada más aterrizar, se llevaron al señor Liebeskind. Lula se encoge, agarra su muñeco, al que había colocado en el antepecho de la ventana, y se aparta un poco del cristal. El visillo cae sobre la superficie fría y transparente. Con un solo ojo la niña observa cómo los dos hombres suben las escaleras de la entrada a paso ligero y llaman a la puerta. ¿Traerán noticias de

Liebeskind? *Eintopf Sonntag*, gritan a la vez. No. Vienen en busca de la donación. *Guten Tag. Was wünschen die Herrén*? Bertha ha acudido a la puerta en cuanto ha oído el timbre. Lleva un delantal rojo con cintas verdes, el sombrero con el velo recogido y una piel de zorro plateado en torno al cuello, con su cabeza, sus patas y su larga cola. Se olvidó de quitárselo todo al entrar, sólo dejó los guantes en la mesa de la cocina, y Lula no le ha dicho nada. *Was wollen Sie*?, insiste. Y lo hace como en un juego, ese juego en el que las manos de los niños alemanes montan una tienda y van a la compra. El mostrador se forma con los dos índices en horizontal. La tienda, con los demás dedos estirados, mientras los pulgares quedan libres, fuera. Son los clientes. Y uno de los meñiques asoma desde el interior. Es el que se encarga de despachar.

Para dar más verosimilitud a este sencillo entretenimiento te puedes colgar de los dedos una placa de esmalte con alguna leyenda en caracteres rúnicos: *Entra aquí como alemán*. O: *Aquí no se despacha a los judíos. Heil Hitler*!, saluda uno de los clientes. *Was wollen Sie*? ¿Qué desea?, contesta desde dentro el meñique estirando mucho el cuello. *Zucker und Kajfee*. A ver, a ver, responde el dependiente y se agacha para buscar lo que le pide. Aquí tiene. Siempre lo mismo. Azúcar y café. Y vuelta a empezar. Con ese tono bobalicón del que no quiere ver nada de lo que ocurre a su alrededor. Con esa amabilidad relamida que Berta y tantas personas como ella acaban por convertir en un vicio. *Guten Tag, gnädige Trau*. La señora se desata el delantal y se dispone a quitárselo. La piel de zorro sobre sus hombros se escurre como una lombriz. Uno de los hombres protesta. *Nein, nein, lassen sie doch*. Como si creyera que también iba a quitarse el vestido. Tal vez tan sólo esté tratando de ser un poco amable, molesto por tener que intervenir hasta en asuntos tan suculentos como éste.

El Führer aúlla por la radio. Ernst escucha sentado junto al aparato, con el *Diercke Weltatlas* abierto sobre los muslos y aún en pijama, un pijama a rayas. Pasa mucho tiempo mirando mapas, buscando las arterias de color azul, midiendo distancias, siguiendo rutas imaginarias. Algún día recorrerá el mundo, todos y cada uno de los países, cada montaña, cada río, como lo hicieron antes que él su bisabuelo Abraham y su abuelo Conrado. Viajar, apenas piensa en otra cosa. Al ver a los dos tipos del abrigo oscuro, se pone en pie de un salto. Se cuadra. Qué pronto ha aprendido los gestos necesarios para sobrevivir. Digno hijo de su madre, es un genio de la genuflexión, del besamanos y del acatamiento de las órdenes dictadas desde arriba, aunque los dos saben encontrar siempre algún resquicio por el que mostrar sus habilidades, su capacidad para burlar la vigilancia. Mano izquierda. Desenvoltura. Diplomacia. El Führer asegura al Reichstag que Alemania jamás romperá la paz. *Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil*!

Cientos de voces fanáticas crujen por entre los orificios de la rejilla del aparato de madera.

Un almanaque de gruesos caracteres, como puños, cuelga de la pared. Uno de los hombres lo mira con insistencia. Sí, no os habéis equivocado. Es domingo. El 12 de septiembre de 1937. En Nuremberg se celebra el Día del Partido. Estará siguiendo usted las instrucciones para el *Eintopf*. El hombre olisquea el aire. El otro alarga el cuello, como si quisiera meter la cabeza en el horno. ¿Podemos echar un vistazo? Bertha encoge las rodillas. Es una artista del *Knicks*, de la reverencia, como tantas alemanas de su generación. Ernst, haz el favor de traer el sobre con la donación del *Eintopf*. Estos señores van a inspeccionar la cocina. Pasen, señores, pasen y vean.

Y allá van. Paso marcial y las manos a la espalda. Y la inspeccionarán con el mismo interés con el que uno se asoma al *Prater* para contemplar a la mujer más gorda del mundo, a un hombre lobo con toda la cara y el cuerpo cubierto de pelo o a un grupo de liliputienses endomingados. El chico se estremece. Tal vez algún vecino haya acabado por denunciarles. O tal vez Linde, con la nariz pegada a un cristal, mimetizada esta vez con los colores del jardín, gracias a esa piel que cada día se vuelve más transparente. No puede uno fiarse ni de su propia familia. Aunque lo cierto es que los olores que salen de esa cocina son una ofensa para toda Alemania, y esta gente lo que hace es preocuparse por los pobres. Pero Bertha siempre se defiende repitiendo que ella paga religiosamente los 50 *Pfennig* de la donación, que lo que ella eche en el puchero no le incumbe a nadie.

Ah, exclama uno de los hombres. Viene ahora una encendida celebración de la limpieza, el orden y la disciplina que reinan en ese recinto, a pesar de que Bertha estaba en plena faena cuando ha sonado el timbre. Es un ama de casa orgullosa. Una madre presumida. Le gusta que le alaben los platos que prepara. Y a los hijos, a los que suele presentar con la exagerada vanidad con la que algunas mujeres muestran la cesta de la compra, como si los niños no fueran más que unos ejemplares de embutidos difíciles de conseguir hasta en la mejor charcutería. Al fondo se oye la voz de Goebbels, tronando a través de la radio, colándose por cada rincón de la casa. La ovación apaga los comentarios de los dos hombres, a los que Bertha sin duda ha ofrecido ya probar su especial plato único. *Bravo! Bravo! Und wieder Bravo*! Uno de los agentes se escupe en las manos, se las frota y acto seguido apoya una de las palmas en la encimera y la otra en la mesa, encoge un poco las piernas y el cuello y se columpia con los pies en el aire. Parece una albondiguilla preparada a la manera de Königsberg. Pálida, lechosa, de carnes blandas.

Harto de mirarse las puntas de las zapatillas a cuadros por encima del atlas, de soñar con la posibilidad de practicar el lanzamiento de

cuchillos, con asaetear el contorno de una de sus hermanas contra una puerta, Ernst se aparta de la radio y pasea como un león enjaulado por delante de la cocina, de un lado a otro. Su perra, la loba que desde hace unos meses le sigue a todas partes, se acerca y le imita. No tiene nombre. Responde al de Loba y no deja que nadie más que él le dé de comer. El chico se vuelve, la mira, se aleja unos pasos y coge una correa que hay colgada de la pared. Después se acerca a la Loba, le ata la correa y la hace girar a su alrededor, al paso, al trote, al galope, una y otra vez, siempre al compás del cascabel rojo que su madre le ha puesto en el collar para evitar que se coma a los conejos. Ernst la hace saltar. Tumbarse. Ponerse patas arriba. Hasta que él mismo acaba por aburrirse de este número circense que a nadie entusiasma, que nadie le aplaude, hasta que una nueva idea se abre paso en su cerebro y se dirige hacia la ventana del salón, donde se ha vuelto a apostar su hermana pequeña, esperando a que regresen el abuelo y Gunde de su paseo por el bosque.

Hoy tomaremos plato único. *Eintopf, Eintopf*, repite Ernst y le arrebata el muñeco. Una pompa de jabón le estalla en las narices. Y sin que Lula pueda evitarlo, Ernst arranca la cabeza al muñeco y mete los dedos por la abertura. *Was wollen Sie*? Vamos a ver si es verdad. Hurga y hurga. Y por fin pesca algo. El corazón. La famosa bola de azúcar. Mamaaá. El chico olisquea la pelotilla. ¿Y si se la da a la Loba? ¿O a su madre, para que la eche en el café? No, mejor, se la tomará él de aperitivo. No llores, Lula, por lo que más quieras. Que te va a oír mamá. Y abriendo la boca, lanza la pasta desde arriba y la atrapa por el aire. ¿A qué sabe?, pregunta su hermana. En el fondo, siempre ha sentido curiosidad. Pero Ernst la escupe a los pies de la Loba, cuyos colmillos machacan la masa de polvillo amarga por el tiempo y humedecida con las babas de su amo, que ahora recompone el muñeco y lo sienta en la ventana. Lula vuelve a ponerse la pipa en los labios y expulsa unas cuantas pompas. La rana en el interior de una de ellas vuelve a croar. Es la especialidad de la casa.

SE PROHÍBE ESCUPIR Y HABLAR CON EL CONDUCTOR

Necesitas hacer un alto en el camino. Abandonar por un momento el pasado, la lectura de la historia que vivieron los demás, y volver al presente, ese presente que cada día se parece más a un pasado que no quieres que se repita. Paras el coche en lo alto de una colina y allá enfrente ves una cruz inmensa, blanca, pintada en la ladera de un cerro. Una cruz tirada en el suelo, tumbada, como los muertos que has venido a buscar y que sin duda descansan unos cuantos metros por debajo. Muertos que para mucha gente, aún hoy, después de tanto tiempo, resultan infames. Y es que algunos muertos no son como los demás. Son muertos que no se pueden airear, que parece que dan vergüenza, aun cuando muchos de ellos no hicieron nada deshonroso en toda su vida. Algunos muertos no son así más que gusanos. Porque la muerte, digan lo que digan, no iguala a los hombres. Porque a menudo el que ha caído a manos de una facción determinada se ha convertido en una especie de héroe, mientras que el que lo hizo a manos de otra tiene suerte si no escupen sobre su tumba. Cuando no son las ideas las que hacen bueno al hombre, sino una actitud, la elección esforzada de las buenas acciones.

Desciendes por la colina, en dirección a la cruz. Te sientes exhausto. Hay días en los que hasta para afeitarte necesitas la voluntad de Sísifo, y otros en los que lo haces todo, hasta lo más pesado, con la naturalidad con la que él empujaba el peñasco ladera arriba. Has visto tantos cementerios a lo largo de tu vida. No te bajas del coche. No sólo porque la vista que tienes ante ti no te atrae en absoluto, sino porque el cementerio está cerrado. Una cadena y un candado de hierro abrazan la verja de la entrada. Estas tumbas no son como las de Yuste, aquellas tumbas de soldados alemanes rodeadas de encinas y olivos retorcidos bajo un sol que no era el suyo. Estas no están en tierra extraña, pero lo parece, parecen abandonadas para siempre. Y piensas que cualquier tierra es buena, siempre y cuando muestre un mínimo de respeto, siempre y cuando a nadie se le ocurra *pisotear \&s* lápidas, los nombres de quienes yacen encogidos ahí abajo. Esa masa silenciosa que ya no puede defenderse. Que tampoco

pudo hacerlo en el momento de la muerte.

A ti te toca ahora disolver de nuevo la masa. Y tratas de ver a Julio y a su hermano José en este mismo lugar. A Juan Velasco Palacios con las manos a la espalda. Hace sesenta y un años. Tierra de cardos. De cerraja. Seca. Huraña. Tierra de muerte. Les han traído en un autobús de dos pisos. De la Sociedad Madrileña de Tranvías. Les hacen bajar en medio de la nada. Y les obligan a formar. En una hilera. ¡Cuéntalos! Aquel atardecer eran cuarenta y tres. Había uno de más, pero levantaron los fusiles. Cargaron. Encañonaron. Y se escuchó el traquido. Feroz. Oyes un golpe y, sobresaltado, te vuelves enseguida. Es ella, tu compañera de viaje, que se ha bajado del coche para estirar un poco las piernas, esas piernas fuertes y suaves que tantas veces se han enredado en las tuyas, que tantos pasos han dado junto a ti, aunque cuidando siempre de que no se la vea demasiado cuando está contigo. La amarga prudencia de quienes llevan una doble vida, de quienes no pueden decir la verdad. El sonido de la portezuela se repite en la colina. El eco de una descarga. Y es entonces cuando consigues ver a Juan, en la zanja. Y a José, con los dientes en los bolsillos del pantalón. Y las gafas de Julio, en medio de aquel amasijo de tierra, de piernas y brazos.

Cierras los ojos. Respiras hondo y hueles la tierra mojada. Y vuelves a escuchar las paladas bajo la lluvia, crujiendo al rozar los terrones, a ver cómo empujaban los cadáveres, a toda prisa, cómo trataban de aplanar el terreno. Y al cabo de un rato ves también unos dedos, rascando hacia arriba, unas manos llenas de barro, de rabia. Y tras las uñas, tras los dedos, tras las manos que escarban, una cabeza, la cabeza de Julio, surgiendo de debajo de la tierra. Y le vuelves a ver ya completo, observando el agujero de la bala, abriendo la mano derecha ante él, metiendo el dedo en el boquete de la bala para no desangrarse. Y arrastrando sus heridas por este mismo lugar. Abres los ojos y enciendes un cigarrillo. Levantas la vista y miras a tu alrededor, dando la espalda a las tumbas, buscando otra imagen. La de la luz de esa hora de la tarde que tanto te gusta, esa hora en la que las golondrinas parecen convertirse en un enjambre de mosquitos. El sol está muy bajo y el viento vuelve a soplar. Das un par de caladas, respiras hondo y expulsas el aire y el humo por la nariz, despacio, sin pausa. Después arrojas el cigarrillo, lo aplastas con el pie y, acercándote a ella, la coges de la cintura.

¿Nos vamos ya, Samuel? Sí, pero antes recorres con el índice derecho su frente, su nariz, el lunar sobre su boca, sus labios, de una punta a otra, primero el más fino, como si quisieras quedarte para siempre con su tacto suave y cálido, después el de abajo, que se abre bajo la yema de tu dedo. Y ella busca a su vez el lunar en tu mejilla, ese lunar al que casi rozan tus gafas, y lo acaricia con cuidado.

Después sonríe y te abraza. Sientes sus piernas contra las tuyas y el retornar del deseo. Desde hace años, desde el día en que la conociste, el deseo es ella. Pero os volvéis a meter en el coche y por un instante te quedas quieto, contemplando las lápidas desde detrás del cristal. La hiedra muda y polvorienta que trepa por los muros. No tenéis prisa, pero al fin arrancas y seguís vuestro camino, atravesando una carretera entre dos filas de árboles enfajados. Árboles gruesos, firmes, con las tripas envueltas en una cincha blanca. Hay lugares impregnados de dolor. Y lugares que resultan proféticos, que tienen la virtud o la desgracia de hacernos ver a lo lejos. Más allá del presente. Son umbrales en los que de pronto parece como si la vida se detuviera. Como si se acabara y empezara de nuevo, en otra dimensión.

Tu compañera de viaje, la que quisieras que lo fuera de toda tu vida, habla a tu lado, aunque tienes la sensación de que no lo hace contigo, de que tan sólo piensa en voz alta, desgranando sus palabras, tal vez tratando de ordenar sus ideas, de matar el silencio que tan valiosa hace la existencia para ti. Y por una frase pequeñísima, en apariencia insignificante, por unas cuantas palabras en principio inocuas, que sin embargo reflejan mucho más de lo que ella ha querido decir, te das cuenta de que en absoluto entras en sus planes de vida, de que no entrarás nunca, por más que siempre te repita que no quiere otra cosa, contigo al lado a miles de kilómetros de aquí. Esa pequeña frase, inofensiva y a la vez heladora, ha hecho que en tu cerebro se produzca un cortocircuito. Una pequeña frase. Una revelación que dura un segundo. Y casi te parece que has escuchado un ruido metálico en el interior de tu cabeza, el sonido que hacen los engranajes de un motor al cambiar de velocidad. Unas palabras de más os han separado. Y el frío se te mete en los huesos.

Y ahora ya sí que no puedes decir nada, ni tan siquiera tienes la fuerza necesaria para formular un único deseo. El de que no te deje solo. Una vez más. Y así, a la orfandad política que sientes desde hace tiempo, aunque tal vez sea ésa la única condición en la que el hombre demuestra lo que es, convencido como estás de que el único refugio del ser humano se halla en la falta de esperanza, en una esperanzada falta de esperanza, en persuadirse de que no hay fórmulas, de que la vida es una lucha continua, espiritual, en la que no puede uno alinearse con ningún partido, con ninguna ideología, se une ahora una soledad que conoces muy bien, que has conocido ya en otros momentos, una soledad que sólo podrás compartir de vez en cuando con unas pocas personas. Pero ésta sería otra historia. Otra historia sin fin cuajada de temores. La tuya y la de esta mujer cuyos gestos te persiguen desde hace más de doce años, cuyos rasgos recorres cada mañana al despertar, con los dedos cuando está contigo, con la

imaginación cuando se encuentra lejos, aunque sea en la misma ciudad. Pero esta sería otra historia. Y recuerda, tú eres el hombre que debe permanecer al margen y leer la historia que vivieron los demás. Tú mismo lo has dicho.

Seguís avanzando, aunque tan despacio, que parece que hubierais encallado en un mar de hielo. El paisaje se ha vuelto triste, desolador. No sólo por la imagen que hace rato se reflejó en tus pupilas. Cientos, tal vez miles de cruces rodeadas de tanta fealdad, de un entorno pobre típico de la época del franquismo y de su gusto por el estilo neoherreriano. No sólo por ese paisaje devastado por un progreso timorato y a la vez agresivo, sino porque piensas que de alguna manera estás muerto, que aún no has empezado a vivir, que este silencio que llevas en los ojos y en los labios te hace parecer una estatua. Ese silencio que refleja el más allá que te come el alma. Todo aquello con lo que aún sueñas con la empedernida estupidez del optimista, del pesimista que se empeña en elevarse una y otra vez por encima del fracaso. Ese otro mundo posible, distinto de la realidad, que por otro lado tal vez ni siquiera exista. La realidad, quieres decir. ¿Te puedes equivocar de sueño a una edad en la que apenas te atreves ya a soñar? Sí, tal vez sí.

Hay lugares impregnados de dolor, lugares en los que parecen gravitar las sombras de todos aquellos que a lo largo de los siglos han muerto a manos de sus semejantes. El mundo está lleno de lugares así. La superficie de la tierra, cubierta de esas costras. Dicen que los años aplanan las irregularidades del terreno, pero en el aire de algún modo sobreviven la peste y los sonidos de otro tiempo. Lugares impregnados de dolor. Pasamos ante ellos al cabo de los años, y, aun sin saber nada de lo que ocurrió, un estremecimiento nos recorre todo el cuerpo. Y como a los animales a los que se les eriza la piel al pisar el umbral de un cementerio en el que acaban de enterrar a alguien, cuando pasas por delante de uno de esos lugares te ves en la necesidad de detenerte, de respirar hondo, antes de ponerte de nuevo en marcha, esta vez más despacio, antes de alejarte por fin sin atreverte a girar la cabeza. Son tantos esos lugares impregnados de dolor, que lo raro es que la tierra no grite a cada paso que das.

NO DOBLAR. CONTIENE FOTOS

Se han extinguido especies enteras, como la de los grandes reptiles de la era secundaria. O el mamut. Quedan tan sólo sus huesos, bajo tierra o cubiertos de hielo. Y algunos fósiles desperdigados por los museos de todo el mundo. Y pronto lo harán también los rinocerontes, la ballena azul. La cabra hispánica. Y hasta las mariposas, casi una reliquia de tu infancia. ¿O es que simplemente no te fijas en ellas? ¿Es que ya sólo ves carteles publicitarios, imágenes televisivas, noticias en la prensa? Como en un sueño, trozos de periódico o de revista en los prados, revoloteando entre los árboles, hasta que se enganchan en la corteza de un tronco o alguien un buen día los recoge. *El Sol. La pluma. Libertad. El imparcial*. Si al menos fueran pedazos de libros, poemas accionados a distancia, capaces de cambiar tu vida, pero no son más que reproducciones planas de la realidad. En este mundo de la letra impresa, voraz, urgente, ya casi sólo tienes oportunidad de admirar mariposas en alguna colección, espetadas con un alfiler.

Macaones acebradas, de largos apéndices, como lágrimas que en su interior contuvieran el ojo que llora. Mariposas amarillas, con manchas de color anaranjado, capturadas entre las rocas, junto al mar. Otras azul cobalto. O negras y blancas, como vestidos pasados de moda, de lunares. Condenadas todas ellas por el capricho de algún cazador a una muerte aún más temprana que la que les correspondía. Entre libélulas gigantescas con sus uniformes de hada y luciérnagas que hace tiempo que se apagaron para siempre. Coleccionar animales es una costumbre antigua. Cualquiera sabe que la agonía de un insecto puede durar horas. Y en algunos casos hasta varios días. Con el caparazón sobre el mantel a cuadros, atrapado bajo un vaso de cristal grueso, mueve las patas pidiendo clemencia. Cada vez más despacio. O levanta el cuello, ese cuello que no tiene, para lanzar un grito minúsculo, inaudible. Y se retuerce hasta quedar para siempre en una postura parecida a la de un niño acurrucado en el claustro materno. Abres la cárcel de cristal tres días después, ya no vuela, ni salta, apenas se mueve.

También han perecido miles y miles, millones de individuos, de seres humanos. Quedan tan sólo sus huesos, algunos de los

instrumentos que utilizaron. Bajo tierra. O en los museos. Y en la alacena del comedor, custodiados por una madre o una abuela orgullosas de sus ancestros. Pero, ¿qué sucede con el alma? ¿Con la vida espiritual de esos miles y miles de individuos desaparecidos? Miras los álbumes de fotografías y te desespera que todas esas criaturas inmortalizadas, muertas hace tantos años, no te hablen. Que sus trajes, sus posturas, la expresión de sus rostros, sus sonrisas, apenas te digan nada. Es como si estuvieran vacíos, como si en esas páginas no hubiera más que huecos para colocar las imágenes, los daguerrotipos en blanco y negro, espacios acotados por los que de vez en cuando asoma un fantasma tal vez dispuesto a proporcionar algún dato nuevo, sin que uno pueda averiguar jamás a qué hora del día o de la noche lo hará.

Esos espectros de un pasado lejano, huéspedes de un tiempo que siempre se te escapa, te inquietan, hasta el punto de no dejarte casi dormir. Se infiltran en tu mente, poblándola de susurros, de amenazas, de ademanes que no logras entender, haciendo que sientas en tu interior el estremecimiento de un pasado que no reconoces, porque no es tuyo, y que sin embargo está siempre al acecho. De alguna manera forma parte de ti. Cada fotografía parece una tumba, un sepulcro oscuro, frío, en el que se conserva el cuerpo incorrupto de algún antepasado. Y cada uno de los personajes de esos álbumes antiguos de cubiertas de piel tan duras como las paredes de un ataúd, decoradas con filigranas metálicas, con gruesas páginas de cartón amarillento y los cantos dorados, aparece con su correspondiente lápida, el rótulo en el que alguien hace mucho se molestó en consignar su nombre completo, tal vez incluso algún topónimo.

Pero, ¿dónde está el espíritu, el alma de todos ellos? ¿Qué queda de todos esos seres? Hace tiempo que sólo son nombres. Porque llega un momento en el que sólo queda eso. Ristras de nombres vacíos que a veces se unen hasta formar un árbol genealógico, evocado con vanidad de dinastía poderosa y a menudo invocado también para espantar el mal de ojo de la época. Y como mucho, aparte del nombre, unas fechas. De nacimiento y muerte. Y de los nombres ya no brota nada. Están agotados, para siempre. No nos dan nada, nada más que el deseo de saber, de soñar. Mientras los rostros de todos ellos nos miran a los ojos, con insistencia. Parecen haberse encomendado a nuestra protección, a nuestra mirada de analfabetos espirituales. Tanto les dijo el fotógrafo, al meter la cabeza bajo la tela negra, que se quedaran quietos, que ahora no son más que estatuas, mudas, sordas.

Carlota Clara Hinton. Es el nombre de la madre de Julia. El nombre de la abuela de Bertha Adelheid y de Klara Sophia. Un nombre de sílabas tintineantes. Ahora ya, tan sólo una sombra. Los olvidados crecen, hasta convertirse en gigantes, pero lo hacen en el

vacío. Carlota Clara Hinton. ¿Soñó que algún día sería feliz? ¿Lo fue en algún momento? ¿O no aprendió nunca a amar la vida tal cual es, con todo su dolor? Nadie parece saber ya nada de ella. La generación de los abuelos ha desaparecido de la tierra. Y pronto lo hará la siguiente, que poco parece poder recordar. O la tuya, que nada sabe. Porque pasarás como las nubes, sin dejar apenas rastro. Alguien se fija unos instantes en alguno de tus gestos, en alguna de tus palabras. Y ese alguien desaparece, como tú. Sus ojos se diluyen. Su mente, sus sueños se apagan.

Y los objetos del pasado, que a veces hablan en voz baja, también van desapareciendo. De Carlota Clara quedan sólo tres copas de cristal tallado, cubierto de heridas, tres copas de más de medio codo de altura, con el talle largo y fino y la corola ancha, una de color rojo, las otras dos moradas, como capullos. Tres amapolas duras, con los pétalos a punto de abrirse, aunque dispuestas a guardar para siempre sus secretos. Las confidencias de Carlota Clara a una amiga durante una cena. El secreto de su vida, porque las hay, vidas con al menos un secreto, y otras que no tienen ninguno. Ese gran amor que siempre ocultó. O que nunca sintió, pero con el que no dejó de soñar jamás. Ese algo que la quemaba por dentro, sin que supiera por qué. Todo aquello que no se ha conservado siquiera en la mente de alguno de sus herederos. Tres amapolas duras. Casi dan ganas de romperlas. Tal vez los trozos revelaran la verdad, los añicos de una existencia perdida para siempre.

Miras los álbumes familiares e intentas descifrarlos. Son obras de consulta. Mágicas. Incomprensibles. Es como observar una imagen de nuestro planeta tomada desde una nave espacial. Aun así, no dejas de acechar en su interior, de repasar la superficie lisa y brillante de cada una de las cartulinas. Llegas incluso a observarlas a través de una lupa, buscando alguna clave, tratando de encontrar un rictus de amargura en las sonrisas, alguna lágrima asomando por las comisuras de los ojos, una frente fruncida, un grito atrapado en el interior de los cuerpos, a punto de salir para alertar al mundo entero. En cambio, ves a unas niñas posando las dos con idénticos vestidos, blancos, de espumillón cubierto de bodoques, con guantes, lazos en la cabeza y pequeños cestos rebosantes de flores y hiedra. O ataviadas para ir a una fiesta de disfraces, con trajes que adivinas de vivos colores, delantales y pañuelos anudados al cuello. El atuendo típico de la región de Baviera. De pie ante la barandilla de un pequeño puente de piedra, con las manos tan forzadas que parecen unas pequeñísimas alas con las que trataran de alzar el vuelo.

En otra aparecen sentadas las dos en una amplia pradera con los bosques y las montañas de la Selva Negra al fondo. Una rubia, con trenzas como *Pretzels* recién horneados, crujientes, roscas de pan

espolvoreadas con cristales de sal gorda. A la otra, de ojos oscuros, morena, con un corte de pelo de bailarina de tango, muy distinto al de la mayoría de las alemanas, y un flequillo ancho que le come la frente, los vecinos al poco de llegar le han puesto un mote cariñoso. *Degerlocher Negerle*. La negrita de Degerloch, un barrio residencial en las afueras de Stuttgart, en la cima de un monte, al que se han trasladado desde Berneck. Y ahí está el hermano, embutido en el uniforme de invierno de la *Hitler Jugend*. Al cumplir los diez años ha tenido que ingresar en el *Deutsche Jungvolk*. En el cuello, bajo la guerrera oscura, asoma la camisa parda. La chapa del cinturón lanza destellos. Tiene los pies juntos, calzados con botas militares, el cuerpo tenso, la barbilla levantada y el brazo en alto, saludando a la romana. Se ve que tiene facultades. Que es apto para pasar la selección racial. Y parece imbuido por una tarea que le hubiera encomendado el destino. ¡A desfilar, mugiendo alegremente con la frente erguida! Tras él, aún no hay cráteres de granada, ni alambradas con púas o trincheras, tan sólo unos árboles esqueléticos en los que empiezan a despuntar los brotes.

4 de abril de 1938. La fecha está apuntada a lápiz por detrás. En otra imagen en la que vuelve a aparecer Ernst Friedrich Berengar. Esta vez con pantalón corto de color gris y una chaqueta azul marino, calcetines largos, hasta la rodilla, la mirada baja, la raya del pelo bien recta, como trazada con un tiralíneas. En una mano sostiene un pequeño libro de misa con cubiertas de piel, ese libro de oraciones que ahora tiene las tapas llenas de heridas, ásperos gusanos que, si acercas la nariz, desprenden el tufo del moho. Y en la otra, un cirio blanco sobre un largo soporte del que cuelgan los mocos de encaje de la cera. Acaba de hacer la Primera Comunión y parece que se hubiera comido las insignias. Las puntas de sus pies ahora están separadas, en un gesto de infantil abandono. En sus ojos ya no se leen las palabras voluntad y poder. Cierra los párpados como tratando de que la eternidad que acaba de tragarse no se le escape. En su actitud sólo hay humildad, pero una humildad exagerada, relamida, una sumisión de establo.

Tras él, Berta, enfundada en un oscuro traje entallado, con un lazo blanco al cuello y un elegante sombrero gris, sonríe a la cámara con delicadeza triunfal. Parece un maniquí. Yo no sé nada. Yo me hago la tonta. Es el afán de supervivencia, un mecanismo infalible de adaptación. No es más que una mujer sola, en un país que, sí, es el de su familia, no cabe duda, pero del que salieron hace ya muchos años. Una mujer sola con tres niños y un padre que va envejeciendo, que apenas habla y al que ahora le ha dado por despilfarrar el dinero en cuanto ella se despista. Lo da en la calle. Se ha vuelto un firme partidario de la redistribución de la riqueza. Mañana tengo que ir a comprar mantequilla. Sin falta, parece estar pensando Berta. Cuánto

talento tenemos para salir adelante. Para vivir, en cualquier circunstancia. En la fotografía oficial de la Comunión de su hijo mayor, Bertha Adelheid repasa la lista de la compra. Es el instinto de conservación de la especie. De la supervivencia del más apto, aunque ella se siente incapaz de luchar, ni siquiera con alguien más débil. Ni por una blusa en unos grandes almacenes. Para eso está el dinero de su marido, que aun viniendo de un país en guerra no ha dejado de llegar puntualmente.

Sá-cale de la es-cuela, oyó que balbuceaba su padre hace unos días. Tartamudeando como para coger carrerilla. Como si la frase se le quedara pegada a la lengua. Hace tanto que ha abandonado la palabra, que al oírle hablar así pensó que se había recuperado, que volvería a ser el de antes, pero no dijo más que eso. Sá-cale de la es-cuela. Con la barba roja erizada. El oráculo de Degerloch. Conrad había escuchado a su nieto repitiendo como un loro: El individuo no es nada y nada significa. Como si se tratara de uno de los mandamientos de la ley de Dios. O de una tabla de multiplicar. ¿Eso es lo que aprende en el colegio? El evangelio de la disolución en la masa. ¿Eso es lo que le enseñan sus profesores? ¿Ese chico va al colegio o a un cuartel? Parece un *Hampelmann*, uno de esos muñecos de madera que levantan las piernas y los brazos en cuanto les tiras del hilo.

Sá-cale de la es-cuela. Es lo único que Conrado acertó a aconsejar, aunque está convencido de que habría que sacarle del país. Y hasta de su propio pellejo. ¿Dónde podrían educar a ese chico? En una cabaña en el bosque, sin más compañía que la de la Loba. Sí, tal vez allí, con su abuelo, el silencioso. Ahí tal vez pudieran educarle mejor. Conrad está convencido. A él todos esos *Lieder* y poemas que ensalzan el bosque alemán le ponen la piel de gallina. Quizá porque los árboles allí tienen porte de guerrero. De miles de guerreros dispuestos para el ataque. Con sus uniformes de corteza, pardos. Allí Ernst se dedica a cazar mariposas. Con su amigo Rudi. Y con la Loba, que en casa no se permite un solo ladrido, pero sí en la espesura, donde persigue todo lo que se mueve, vuela o tiembla. Sá-cale de la es-cuela. No va a gastar más palabras. No puede hacerlo. Su hija debería entender. Pero Bertha quiere que sus hijos estén bien educados, que tengan modales, que canten las canciones que entona la mayoría.

La naturalidad de todas esas fotografías te estremece. Sus rostros sonrientes, sus estudiadas posturas. Las manos de las mujeres, siempre la una sobre la otra delante de la falda. Las de Bertha. Las de Sieglinde, las de las demás mujeres de la familia y hasta las de alguna que otra amiga. El mimetismo debe de ser contagioso. Idéntica postura, aun entre quienes no pertenecen a una misma familia. Y las miradas chispeantes. Parecen ignorar que el asunto español no podrá

quedar limitado a la Península, que los rumores de guerra, esta vez una nueva guerra mundial, mueven las hojas de los árboles. El sufrimiento que empieza a amontonarse a su alrededor grita a sus espaldas. Pero es que aquí no existe el racismo. A Gunde, la negrita de Degerloch, los vecinos le obsequian con regaliz, al que las hermanas llaman *Bárendreck*, excremento de oso. También le dejan chocolatinas y caramelos de goma a la puerta de su casa. O junto a la del jardín.

¿Qué es un judío?, espeta Lula una mañana durante el desayuno, como quien pregunta por los misterios de la concepción antes de tiempo. Aún no se ha lavado la cara, ni se ha peinado, pero hace mucho que desea hacer esa pregunta. Se frota los ojos con la mano que le queda libre. La otra abraza a su fiel compañero, el muñeco de cabeza gorda. La madre mira aterrada a la pequeña. Le gustaría ponerle un esparadrapo en la boca, como el que lleva el muñeco en la nuca, un esparadrapo grande, bien pegado. Adelgunde se ríe entre dientes, encogiendo los hombros. Ya está Lula con sus preguntas. Ernst pone los ojos en blanco. Sólo el abuelo se acerca por detrás, y junto al oído de Luitgard murmura: Patrañas. ¿Qué quiere decir? ¿Que no importa lo que uno sea por su nacimiento? Para interpretar las pocas palabras de Conrad hay que acechar sus gestos, sus cejas. El temblor de su barba. Todos somos iguales, susurra Konrad. Y Lula se vuelve hacia él. Aunque seamos diferentes, añade, y se lleva el índice a los labios. Sólo a ella parece regalarle las frases más largas. Como un oráculo que intentara instilar la prudencia, el escepticismo, la tolerancia en ese cerebro acosado por los lugares comunes, por el odio de clase y el menosprecio racial que se extienden a su alrededor.

Hay aún otra fotografía de bordes blancos, dentados, que no te cansas de observar, recurriendo a la lupa para analizar cada detalle. Muestra la fachada de la villa con rotonda y jardín en la que celebran los cumpleaños del abuelo, cuyos mechones rojizos empiezan a palidecer. Ahí festejan la Nochebuena en torno al abeto, cargado de galletas de vainilla con cobertura de azúcar y anises de colores, de velas y de lameta, esos hilos plateados que crujen al menor soplo de aire. La Nochebuena. Cuando huele a cáscara de naranja, a clavo y a nieve. O el Adviento, en el que cada domingo de las cuatro semanas que preceden a la Navidad ellos cantan en torno a la corona de acebo y encienden una vela roja, y durante el cual cada mañana, al despertar, los tres niños abren una nueva ventana del calendario regado con escarcha de purpurina. Y la Pascua, cuando buscan los huevos pintados. Y los de chocolate, envueltos en papeles de color oro, azul, naranja, lila, detrás de los árboles, de la tapia, entre las flores. Todas esas fiestas en las que la tristeza, al caer la tarde, crece como un monstruo. Desconcertante, amarga, como el pastel de ruibarbo espolvoreado con trozos gordos de azúcar. Los refrescantes

colores de los troncos de la verdura, rosa, violeta, verde pálido, el dulce de la superficie, dan paso a un sabor extraño, ácido.

Recorres una y otra vez las imágenes. Con calma. Buscas algún indicio de lo que estaba pasando. Y no ves nada. Nunca conseguirás ver más allá. Hasta que un día de pronto te parece que la carne putrefacta, lacerada, se pega a las paredes, a los cristales de las ventanas, a los muebles, a los enseres de cocina. Que los cadáveres con huellas de botas en el vientre, con agujeros como puños en la espalda, se hacinan a la entrada, sobre la nieve, bajo ese frío que hace que la barba del abuelo se vuelva de cristal rojo en cuanto sale a la calle. Y te parece también que una bandada de carroñeros sobrevuela en círculos el tejado a dos aguas, mientras a la pequeña, en el jardín, se le hunden los pies en la nieve. Intenta sacarlos, pero el barro pegajoso que hay debajo se empeña en succionarla con una fuerza descomunal. Ella tira, se agarra a la tapia, se le cae el muñeco, tan abrigado como ella, y por fin consigue despegar uno de los zapatos. Manchado de rojo. Se mira el otro. Está atrapado en un charco de sangre. Y ella se tapa la boca, la nariz. Hay un olor dulce, espeso. Un tenue hedor a pus.

Si un buen cerebro debe ser capaz de recrear las dimensiones de la infancia, de recordar el olor a almendra amarga de las barras de pegamento o el de la harina tostada removida con paciencia y azúcar en el borde de la sartén, el eco de los gritos del profesor de gimnasia marcando el ritmo los días de lluvia en el interior de un pabellón lleno de aparatos para hacer ejercicios y de frascos con ranas conservadas en formol, de imaginar las fiebres de entonces con todos sus síntomas, hasta el punto de que te suba la temperatura y te sacuda el vómito o sientas el hilo frío del termómetro bajo tu brazo, debería también ser capaz de estremecerse con el sufrimiento de los otros. Y si el fresno en medio del jardín vuelve a ser tan grande como cuando eras pequeño, si te vuelve a latir con fuerza el corazón porque, al intentar rescatar de la memoria una fórmula química que nunca has utilizado o al tratar de recordar los hechos de un supuesto gran hombre, un hombre de Estado al que jamás se te ha ocurrido admirar, sientes que en cualquier momento podrían ordenarte que salieras a la pizarra, deberías tener mucho cuidado a la hora de abrir el periódico.

El *Völkischer Beobachter*. *Der Stürmer*. *Der Angriff*. Hablan del terror de las hordas rojas en España. Y descargan contra los judíos. Habría que tener mucho cuidado a la hora de abrir un periódico. O de poner la radio. Lo que leas, lo que oigas, cualquier acontecimiento contemporáneo, puede ser contagioso. La muerte en masa, por ejemplo, de las mariposas monarca. Hacinadas unas sobre otras, como si las hubieran molido a palos. Grandes montones de ejemplares muertos de frío, por una fuerte tormenta de nieve. Una alfombra

inmensa de cadáveres tiembla sobre los campos. Como trozos de cristal de colores, minúsculas vidrieras caídas en el suelo. De venas emplomadas con un polvo muy fino, con el aliento de las flores.

Conrado abre el periódico, con miedo, como todos los días. En una página serpentea el anuncio de un laxante: *El hombre tiene treinta pies de intestino*. Y mil cien gramos de cerebro, piensas. Y una mujer, sólo mil. Pero, ¿qué significan cien gramos más o menos? Un buen cerebro no tiene límites. Si no se embota o aletarga, si no se acostumbra a las noticias de ciudades destruidas por las bombas, vegetando, a la espera. ¿De qué? ¿De que la suya sea la siguiente? Si es capaz de imaginar. Y algunos lo son. Especialmente en la infancia. O en los sueños.

LIQUIDACIÓN POR TRASPASO

Desde que la ha visto leyendo le cuesta quedarse entre renglones, como hacía cuando estaba en casa, donde leía hasta caer rendido, a menudo con una linterna bajo las sábanas. Su madre acababa siempre por descubrirle y daba voces en el pasillo. Julio, apaga la luz de una vez. Deja esos libros con los que te estás quemando los ojos. Y su padre en una ocasión había tratado de explicarle que tal vez no fuera bueno leer tanto. Él, que tanto leía también. Él, que le había enseñado a hacerlo. Le había dicho que, según algunos, una adhesión metódica, persistente, a la palabra impresa, esa capacidad para identificarse con personajes o sentimientos imaginarios, podía frenar la inmediatez, el lado conflictivo de las circunstancias reales, con lo que el lector a menudo acababa por responder con más solidaridad a la tristeza literaria de un personaje cualquiera que al infortunio del prójimo. Lo más cercano lo veía como si se tratara de una representación teatral o una película en blanco y negro. Como algo remoto, ficticio. Sí. Tal vez su padre tuviera razón, aunque quizá sólo lo dijera para no quitársela a Carmen, a su madre. Sí. Tal vez, piensa Julio, sea un error creer que la afición a la lectura es capaz de curar la enfermedad del egoísmo. Tal vez acabe por embotar la capacidad de sentir.

Pero, ¿hay algo más hermoso que una persona con un libro entre las manos, una mujer o un niño leyendo? Puede uno percibir cómo su alma parece transformarse. Débiles signos lo anuncian. Gestos leves en los que se trasluce un interior a veces doliente, otras alegre, siempre despierto. Y él, desde que la ha visto así, aguarda cada día a que la imagen se repita, como un lector que ansia seguir con la lectura en el punto justo en el que la dejó el día anterior. Clara leyendo. Y sus ojos corriendo el uno en pos del otro por las líneas. Sus dedos pasando las páginas despacio, como si no quisiera alejarse de lo que encuentra en esas letras que reclaman la atención de todos sus sentidos. Sus cabellos rubios cayendo hacia delante o recogidos en una trenza enrollada en su nuca. Y ella levantando la vista de cuando en cuando y perdiéndola en un horizonte inexistente, enredándose en sus pensamientos sin noción del tiempo y del espacio. Una serenidad desconocida envuelve al lector y a quien le observa.

No puedes marcharte. Te matarán. Ni siquiera has aprendido aún a leer. ¿Cómo vas a buscarle, si apenas puedes entender los carteles de las calles? Julio estaba afeitándose, frente al espejo, recordando a Clara con un libro entre las manos, cuando unas voces en la cocina le han devuelto a la realidad. Acaba de venir del hospital de Salamanca en el que Clara ha conseguido que entre a trabajar. No quiere quedarse escondido en las montañas mientras los demás se matan entre sí, pero tampoco disparar un arma, y menos aún contra un ser humano. Ya casi no se reconoce en el espejo. No sólo por esas gafas, extrañas, sino porque siente que ha envejecido cinco años por cada uno que ha pasado desde que salió de su casa. Y una vez más recuerda aquellos momentos de su adolescencia, cuando empezaba a ver los objetos más familiares con un halo extraño, como si se encontraran fuera de la realidad, lejos de todo. A menudo, al observarse en el espejo, cuando aún buscaba alguna excusa para afeitarse, como hacían cada mañana su padre y su hermano mayor, se había perdido en sombrías reflexiones.

Hazme caso. Espera un poco. Un día de éstos terminará la guerra y entonces yo misma te ayudaré a encontrarle. Convencer a Tarsila es una tarea para la que se requiere mucha paciencia. Julio deja la maquinilla en el lavabo, junto al estuche de plata en el que aparece grabado el nombre de Conrad. La cabeza y el mango se desmontan y se colocan en los huecos del estuche forrado de terciopelo de color violeta, junto a la cajita con los repuestos y las iniciales del nombre y del apellido entrelazadas. C. S. ¿Quieres que también a ti te metan una bala en el cuerpo? ¿Quieres acabar en una fosa? Usted misma ha dicho que el frente aquí está congelado. Sí, pero aun así es peligroso. ¿Es que no oyes los disparos de fusil, los morteros, el fuego de la artillería? Tarsila protesta. Todo le parece injusto, por más que Clara la trata como nadie lo ha hecho hasta ahora. Como siente fascinación por los periódicos, convencida de que en ellos se encuentra la clave para entender el mundo, para poder cambiar de vida, le está enseñando a leer en ellos. En cambio, desprecia los libros. Cuando les quita el polvo, piensa que no son más que devocionarios. Están escritos con unas letras retorcidas que no se parecen a las de los diarios. Confunde los poemas en alemán, en caracteres góticos, con oraciones. Los versos, con versículos. Julio se acerca por el pasillo.

No puedes reunirte con él. Tarsila sigue protestando en un murmullo ininteligible. He dicho que no. ¡Y ya basta! Pero Tarsila da un brinco y lanza un escupitajo. Después exclama: ¡Muerte a los burgueses! Todo lo bueno y lo malo que hay en ella ha salido de su cuerpo con ese grito y ese esputo. El salivazo se ha estrellado contra la pared, frente a los fuegos de la cocina, y ahora se escurre por las baldosas. En un escenario, los gritos, los portazos, los golpes se

multiplican, clavándose en el cerebro del espectador. Llegan a parecer más auténticos que los actores. Tal vez para dar visos de realidad a cada escena lo más socorrido sea excederse en el estrépito de cada gesto. ¡Siegue sus cabezas la Revolución! Clara no se molesta en contestar. Se aparta, enciende la radio. Julio se ha detenido en el umbral. La cocina es amplia. La luz que entra por la ventana, escasa. Los árboles y los heléchos mojados ahí fuera crecen con ferocidad, formando una selva que impide abrir los cristales. No llueve. En el teatro no llueve nunca. Hay una sandía sobre la mesa. Oscura. Y dos siluetas recortadas sobre el fondo de color claro. Una escenografía en blanco y negro. Ahora sólo se oyen los crujidos que emite el aparato de radio, el paso de una emisora a otra. El silencio parece un alto el fuego, un entreacto, el preludio de un nuevo estallido. Las sombras callan. Ya no discuten.

La más menuda busca algo en un cajón. Se agacha y atisba el interior. Mete la mano y se vuelve, arrogante. Con un cuchillo de hoja larga y redondeada, uno de esos cuchillos para picar verdura que más bien parecen para matar un cerdo. Lo empuña con saña, como una estaca en el acto final de un teatro de marionetas. Una idea fija se ha metido entre los cabellos ensortijados del personaje. La otra figura sigue de espaldas. Ajena a lo que ocurre a pocos pasos, intenta enterarse de los últimos movimientos en el frente. Pero, Julio, *¿a* qué esperas? ¿Acaso te resulta demasiado irreal? Acércate sin que se den cuenta. Un par de pasos y habrás detenido la muñeca homicida. Ya está. El cuchillo se estrella contra las baldosas con un tintineo breve y un despiadado destello. Tarsila retrocede unos pasos y choca con la mesa. Supura rabia por cada uno de los poros de su piel. La sandía rueda, cae al suelo y se abre, partiéndose en dos. Como un cuerpo que estallara al alcanzarle un disparo.

Julio no puede ver la carne de la sandía abierta. Escuchar ese traquido. El recuerdo de otra sangre le vela los ojos. Un tajo profundo. Ve a su padre cortando la fruta, a sus hermanos pequeños disparando las pipas. A su madre en la escalera. Murieron todos, susurró Clara cuando él le dijo dónde vivía, cuando supo cuál era la glorieta en la que se encontraba su casa. La bombardearon los nacionales. Y le hizo una descripción de lo que ocurrió. Alguien se lo había contado. Una de esas casualidades que nos aclaran los hechos, pero enturbian para siempre nuestra vida. Las habitaciones quedaron al descubierto. Algunas con el mobiliario intacto, como si aquella no fuera más que una casa de muñecas suspendida en el aire. El resto, con las entrañas retorcidas. Maderas, hierros, cables. Las puertas, haciendo equilibrios. Y los enseres a la vista. La ropa tendida balanceándose en las cuerdas, sobre el vacío. Las vidrieras con el escudo de Puerto Rico unas sobre otras, como si las hubieran molido a palos. El viento, el sol, la lluvia,

los pájaros, entrando y saliendo con toda libertad.

De nuevo Julio vio el calendario amarillento. *Aceite inglés. Parásito que toca, muerto es*. Y la bolsa de redecilla en la alcayata. Reventó hasta el quiosco de prensa, añadió Clara. Las revistas volaron por los aires. Muchos trozos se engancharon en las ramas de los árboles. Una lluvia de colores se alzó a toda velocidad y cayó poco después lenta, muy lentamente. Las aceras quedaron tapizadas de recortables de soldados. Todos eran rojos, murmuró Tarsila con voz maliciosa, como un niño travieso que, asustado, pero con la emoción malsana de vivir un momento inolvidable, anuncia un fuego. Las mujeres, los niños, los soldados de cartón, las farolas, los árboles. Todos eran rojos, volvió a musitar entre dientes. Una bruma de brillos le enturbia a Julio la mirada, mientras siente que se deshace como un alud de nieve. Cerrarlos ojos, desaparecer. Y ya sólo alcanza a escuchar un par de frases. Tienes la mano muy ligera, reconviene Clara. Larga, se dice larga, jefa. El ruido sordo del cuerpo de Julio al caer zanja esta nueva discusión. Y el silencio, la oscuridad, la nada se extienden ante él.

Cuando al cabo de un rato despierta, las dos mujeres están sentadas a su lado, junto a la cama. Una vez más le han arrastrado hasta allí. Vuelven a tener carne. Y los cabellos llenos de reflejos irisados. Y las miradas de colores. Los labios, las mejillas, las pestañas parecen haber recobrado sus matices naturales. Y ellas dos resaltan sobre el blando calor del dormitorio, mientras en torno a los tres van cayendo los copos del silencio. Tarsila tiene los labios y el ceño fruncidos, los brazos cruzados sobre el uniforme de color rosa. Lleva también una rebeca roja sobre los hombros. Clara parece haber olvidado el incidente. Un libro se recuesta sobre sus muslos, boca abajo, sobre el traje azul marino. Un pequeño volumen de tapas duras. Con una cuadrícula de rombos de color ocre en la cubierta y una hoja de roble del mismo tono dorado en el interior de cada uno. Julio, estira el cuello para leer el título. No lo entiendes, ¿verdad? Debe de estar en alemán. Prefiere contemplar el rostro, los dedos sobre el libro.

Esa mujer activa, segura de sí misma, no parece percibir los golpes. No se inmuta por ningún contratiempo. Se limita a tomar las precauciones necesarias y a seguir su camino. Y aunque tiene muy buena memoria, olvida fácilmente cualquier adversidad, cualquier ofensa. Por eso, nunca está de mal humor, aunque es muy capaz de inspirar miedo. ¿Me seguirá leyendo el periódico? La mano se me fue sola. No sabía lo que hacía, ni lo que decía. Tarsila suaviza la expresión adusta de su rostro. Y se hace cruces, mirando a la jefa de reojo. Clara la observa estupefacta. Pero, ¿tú eres católica o comunista? Siempre le quedan a una sombras. Alguna duda, algún temor. Clara rompe a reír a carcajadas. Y cuando ríe de ese modo es como si llevara una corona de rosas. Sabes mejor que yo que no hay

más infierno que el que cada uno encuentra aquí en la tierra, dice. Y el que uno se empeñe en fabricar a su alrededor, añade. Tarsila la mira de reojo. Todos cometemos errores, protesta.

Clara, como un actor que, sustituyendo a otro que hubiera enfermado tan sólo un día antes del estreno, tuviera que ir leyendo su papel subrayado en colores y escrito en gruesos caracteres en un par de hojas, inclina la cabeza y retoma la lectura, pero al cabo de un rato vuelve a levantar la vista y recorre con ella la habitación. Las estanterías llenas de libros. Libros de poesía alemana. Volúmenes sobre ciudades también alemanas. Con fotografías y grabados de esas ciudades tan distintas de las que aquí ahora se deshacen bajo las bombas. Y cuando parecía que ya había caído el telón, que la función había terminado, vuelve a tirar de los hilos y acciona los resortes que hacen que el otro personaje que se encuentra sobre ese escenario que Julio contempla ahora desde la cama no tenga más remedio que ponerse en marcha y hacer mutis por el foro. Mañana coges tus cosas y te marchas, dice Clara. Aquí ya no te puedes quedar.

Acostumbrada a pensar al aire libre, caminando y tomando decisiones, que avanzan al mismo paso que ella, no le da demasiadas vueltas a las cosas. Es como si se metiera en un baño de agua helada. Entrar y salir. Sabe muy bien que el frío intenso da rapidez, agilidad, vigor. Y cuando lo hace, tomar una decisión o sumergirse en una laguna de origen glaciar, a sus ojos asoma el gris siberiano de la ardilla que no se asusta ante nada. El gris de las tempestades que se producen bajo esa superficie aparentemente siempre en calma.

COTO PRIVADO DE CAZA

Hay quienes no dicen lo que en realidad quieren decir. Tal vez no puedan y no tengan más remedio que aprender a dar señales sin decir nada. Un paquete con una prenda muy particular, que suma al destinatario en una oleada de melancolía. Y en más de una ocasión serán señales de vida de alguien que ya esté muerto cuando el paquete o el sobre lleguen a su destino. Los periódicos hace tiempo que dicen sólo lo que se les ordena que digan. Es miércoles, y en París fallece el consejero de la Embajada alemana, herido el lunes a manos de un refugiado judío. Hitler y Goebbels reclaman venganza. El ministro de la Propaganda insiste en que se trata de una conspiración orquestada por el judaismo internacional. Los diarios franceses exigen el fin de la plaga de los inmigrantes. El *Petit Parisién* afirma: La peste internacional, que se ha establecido en Francia, tiene que ser erradicada. Por todas partes se topa uno con los indeseables extranjeros. Más del setenta por ciento de los delitos hay que atribuírselos a ellos. El *Oeuvre*, enardecido, exclama: ¿Asilo político? ¡Sí! ¿Cobijo a los criminales? ¡No! La muerte de vom Rath no es más que un pretexto. París y Versalles, esa otra consigna que reabre una herida en tantos alemanes, están cerca. Los bosques susurran. Las masas, resentidas, se movilizan.

Y, sin embargo, muchos siguen ajenos a lo que se prepara a sus espaldas, delante de sus narices. Y es que la necesidad de saber lucha siempre con la tentación de cerrar las compuertas de los sentidos. Por eso a menudo no se perciben las amenazas, por mucho que uno lea los periódicos o escuche la radio. Pocos son los que, como los animales, huelen el peligro. Menos aún los que huyen. Sentada sobre sus cuartos traseros, la Loba se ha detenido frente al escaparate de una carnicería. Parece que observara las piezas que cuelgan tras el cristal, aunque lo más probable es que tan sólo haya visto un reflejo, alguna sombra en el interior. La mirada de un perro no es como la de un ser humano. Un perro tiene los ojos en el hocico, en cada partícula de su cuerpo. De la fachada cuelga un cartel de madera sobredorada. *David Hirschfeld, Fleischerei*. Adelgunde se acerca por detrás, mordisqueando el pan con mantequilla y un par de lonchas de embutido que le ha preparado su madre. Vamos, Loba, no te quedes ahí o llegaremos tarde. Una mujer

rubia, de aspecto angelical, se para en mitad de la acera. Adelgunde tira del collar de la Loba. ¡Vamos, levanta! La desconocida hace un gesto rápido con la cabeza, señalando a un grupo de gente, y susurra: Corre a tu casa. Pero un bosque de ojos ya se ha abalanzado sobre ellas.

La Loba gruñe y enseña los colmillos. El cascabel rojo tintinea en su cuello. Adelgund levanta el brazo con la mano extendida y suelta esa consigna que desde hace algún tiempo oye decir a todo el mundo, una consigna que su abuelo no le deja pronunciar. En cuanto ella levanta el brazo, él se lo vuelve a bajar de un manotazo. Sin embargo, ha comprobado que a su madre le fascina. Sirve de excusa para que los soldados se acerquen sonrientes y tonteen un rato con ella. *Heil Hitler*! Lo ha dicho con naturalidad, como quien al entrar en una tienda de ultramarinos pide lo mismo de siempre. *Zucker und Kaffee*. Pero no surte efecto. Y alguien arroja una piedra desde una esquina. Esta vez no te van a dar regaliz, ni gominolas. El escaparate salta hecho añicos y los trozos se estrellan contra el suelo. El olor de la carne inunda la acera. La Loba empieza a ladrar y la masa de gente retrocede unos pasos, aunque los ojos de hielo se afilan, las mandíbulas se cierran con fuerza y los rostros cuadrados siguen fijos en Adelgonda. Algunos cristales rotos crujen bajo sus pies. Como los cuerpos de mil mariposas muertas.

Ernst se ha quedado atrás, admirando el escaparate de una tienda de juguetes. ¡Gunda, corre!, grita y consigue abrir el círculo de miedo. Tal vez gracias a su uniforme de las Juventudes Hitlerianas. La negrita de Degerloch echa a correr, seguida de la Loba. Varias botas, algunos tacones pisan el bocadillo tirado en el suelo. Agujerean el pan, se enganchan en la loncha blanda del embutido. La mantequilla se pega al asfalto. El objetivo ahora es la carnicería. Alguien enarbola un palo y tira los restos de la cristalera. Pero ellos ya corren en dirección a su casa y poco antes de llegar, donde empieza la cuesta, se detienen a reponer fuerzas. ¿Crees que querían atacarme por tener el pelo negro? Ha sido un error, replica su hermano. Mi pelo también es oscuro. Y también habría sido un error de haber sido yo… Pero Adelgunde no se atreve a pronunciar la palabra y busca otras con las que poder explicarse. Tal vez el apellido de la abuela Julia no sea ario. ¿Quién te ha dicho eso? Ernst la agarra de las muñecas. Mis amigas. Suéltame. ¡No es verdad! Claro que no. No todos los Loewe serán descendientes de rabinos. No diremos nada de esto, Gunde. No ha ocurrido, ¿de acuerdo? Olvidémoslo, dice Ernst, revolviéndole un poco el flequillo. Y ahora volvamos a casa. Suben lo que queda de la cuesta despacio y al entrar oyen la voz de Bertha: Niños, haced las maletas. Nos vamos. ¿A casa? No. A París.

De nuevo repasas las fotografías, con la sensación de que se te

escapa algo. Y una vez más recurres a la lupa. Necesitas otros ojos, más grandes, más potentes. Unos ojos que no vean tan sólo lo que aparece a simple vista. Pero, ¿estuvieron o no alguna vez en París? Acechas los tejados y los tubos de las chimeneas. Y te parece que sí, que son los tejados y las chimeneas de París. Espías las siluetas de los árboles y el trazado de las calles. Y sí, te parece que pueden ser los árboles y las calles de París, pero también que podrían ser los árboles y las calles de cualquier otro sitio, de cualquier otra ciudad europea, de cuando Europa se convirtió en una calle de dirección única, en un callejón sin salida. ¿Por qué en el reverso de algunas de las fotografías de la época que pasaron refugiados en Alemania no pone Berneck o Degerloch, los lugares en los que siempre han dicho que estuvieron refugiados? ¿Por qué de pronto en unas cuantas, con la caligrafía cuidada de Bertha, aparece escrito «París, delante de nuestra casa», «París, diciembre 1938», «Ernst enseñando a su hermana a patinar, París» o «París, 1939»?

Son algunas de las fotografías que Bertha hacía a sus hijos con la cámara que Casimiro le regaló justo antes de que se marcharan, para verlos crecer si al final podían enviar cartas, y con ellas las fotos, o más tarde, cuando regresaran, contemplar en aquellas cartulinas en blanco y negro tantos momentos que él se habría perdido. Acaricias la piel de serpiente de la funda de aquella cámara, tal vez pensando que al frotarla te dará la respuesta. Has preguntado. A Gunde, por desgracia, ya no puedes. A Ernst, tampoco, aunque por otros motivos. Y lo que es aún peor. Toda una generación, la de los que entonces eran adultos, ha desaparecido ya de la tierra. Sólo te queda Luitgard. Y ella busca y rebusca en su memoria. No, no recuerdo haber estado nunca en París. Sólo cuando hicimos escala camino de Nuremberg, y entonces no salimos del aeropuerto. Apenas pasamos allí unas horas. No me acuerdo. Nosotros éramos muy pequeños. Además, estábamos en guerra. Tal vez mamá pusiera «París» en el reverso de las fotografías que enviaba a casa a través de algún conocido para no dar pistas sobre su paradero a las autoridades republicanas. ¿París para despistar? Sí, justo. París para despistar.

A menudo resulta difícil saber lo que verdaderamente ocurrió. La inconsciencia, esa capacidad del ser humano para olvidar, es uno de los requisitos para el éxito, aunque a menudo se trate tan sólo del éxito en el empeño de seguir con vida. Y así la amnesia se extiende como una mancha de aceite, borrándolo todo y haciendo más fácil la regeneración, pero también el avance del mal. Sigamos adelante. Como si no pasara nada. La vida tiene que continuar su camino, aunque a veces se parezca a la muerte.

CASA FUNDADA EN 1939

Es la única fotografía que se conserva de él. Otro trozo de vida que no te cansas de observar, empeñado en encontrar un pasadizo secreto que te conduzca a su interior. Todo en esos pocos centímetros resulta tan familiar y tan extraño a la vez. Siempre te asalta la sensación de que, aunque dispones de algunos documentos, imágenes y objetos de todos esos años, hay algo que se te escapa. Algo importante. Una fotografía no nos ofrece la sucesión completa de los gestos de una persona, sino tan sólo uno, el mismo para siempre, tal vez uno que no era de los más característicos. Como una carta, en la que los amantes hablan de sus deseos, de todo aquello con lo que sueñan, sin que tú, que la lees al cabo de tantos años una y otra vez, tratando de leer entre líneas, llegues nunca a saber si consiguieron hacerlo realidad, si al hacerse realidad les defraudó, si a pesar de todo siguieron soñando el mismo sueño, tal vez aun sin darse cuenta. Es la única fotografía que se conserva de él. Julio con Clara. Otro trozo de vida que no te cansas de observar, empeñado en buscar un pasadizo secreto que te conduzca a su interior.

Julio con Clara. Sentados en un sillón, iluminados por el sol. El en equilibrio sobre el brazo de mimbre, apoyado en el respaldo. Ella, con un libro entre las manos. Y al fondo, el caserón rodeado de flores de hierro. Y la hiedra endurecida, enturbiando la fachada. El brocal, con restos de escarcha. E invisible, minúsculo, acurrucado ya en el interior de Clara, Hermann. El tiempo ha mordido una de las esquinas del rectángulo de cartón, un pedazo del seto de espino blanco. ¿El tiempo? ¿O es que alguien por alguna razón que desconoces ha arrancado ese trozo? A menudo en una fotografía, lo que no se ve es lo que importa. Acaricias el desgarrón, como si al hacerlo pudiera aparecer un genio que te revelara todo lo que falta para recomponer el conjunto. Y también porque es la única fotografía que se conserva de él. La tomó Tarsila, que no tardó en volver. Observas los ojos oscuros de Julio, penetrantes y tristes incluso tras los cristales de las gafas, a pesar de la distancia. El gesto inteligente de quien guarda demasiado en su interior, de quien ha visto a la muerte cara a cara. El color tostado de su piel. Ese tono que Clara sospechaba hasta en sus venas. Ese tono que desde entonces tiñó el horizonte de sus sueños. Otro

fantasma del pasado con el que tú no dejas de soñar.

Y te das cuenta de que casi nada de lo que cuentas lo has vivido, de que no sólo persigues la memoria de los demás, incansable, también tratas de dar caza a tu imaginación, esa facultad a menudo tan perezosa que, dicen, y con razón, conecta el intelecto y la sensibilidad, esa facultad imprescindible para no convertirte en un fanático, para tratar de comprender a los demás, incluso a quienes ya no se encuentran entre nosotros. Eterno espectador, sabes que debes permanecer al margen. Y, sin embargo, de algún modo estás siempre en el centro. En estas páginas, en este rincón, en un mundo que no te acaba de gustar. Tal vez por eso siempre andes hurgando en el pasado, en los cajones de ese tocador convertido en escritorio, para que no se vuelvan a cometer los errores de entonces. Los mismos errores de siempre. La fotografía lleva una fecha escrita por detrás. Con la caligrafía hermosa y esbelta de Clara. Hasta en los números. 19 de marzo de 1939. Era domingo. La Junta de Defensa ese día dirigió una propuesta de paz al Gobierno de Burgos.

Pero para ti, ahora, aún no han salido a contemplar los últimos restos de escarcha, derritiéndose bajo el sol de marzo. Aún no han sacado el sillón de mimbre delante de la casa. Tarsila no ha apretado aún el disparador. Suena una música. Clara toca el piano. Es su manera de celebrar la noticia, la posibilidad de una nueva vida en la ciudad. Tiene un oído desarrollado en la noche, en la penumbra de bosques oscuros, un oído siempre alerta, al acecho. Pero hay algo en su manera de tocar que a Julio le desasosiega. Esa mezcla infalible de destreza y pasión. La violencia de la carga emotiva. Tal vez sean las piezas que escoge, demasiado dramáticas, sentimentales. Se ha terminado la pesadilla, dice ella sonriendo y regresando de un universo remoto. Después, cerrando la tapa negra y brillante que protege el teclado, abandona el escabel para sentarse en el sillón de mimbre, junto al ventanal, y coger un libro. Tal vez para algunos, contesta él. Para otros no ha hecho más que empezar.

Clara vuelve la cabeza y contempla los árboles a través de la ventana. La masa oscura formada por las ramas de los abetos que rodean la vivienda. ¿Has visto alguna vez un nevero? Julio no contesta. No los ha visto. No los verá nunca. El suyo es el silencio del que quiere saber más, del que espera que le cuenten, pero también el de alguien que está pensando en otra cosa, en algo que ya no le deja pensar en nada más. En años de buena nieve, dice Clara, mirándose las manos que sujetan el libro, porque no se atreve a mirarle a él, de pie frente a ella, porque también ella está pensando en otra cosa que apenas le deja pensar en nada más, son muy hermosos al final de la primavera, cuando el calor empieza a apretar y gotean al fundirse regando los prados de alrededor, llenos de flores. En las lagunas más

altas se suelen formar algunos neveros bastante profundos, que a últimos de mayo refulgen al sol, contrastando con el azul de las aguas todavía muy frías. Algún día te los tengo que enseñar. Julio sigue sin decir nada, pero ella continúa.

La nieve ha sido siempre esencial en mi vida, llega a afectar a mi estado de ánimo, a mi carácter. Tengo recuerdos muy vividos de nevadas durante mi infancia. Cuando iba al colegio me quedaba siempre rezagada, tanto si iba caminando como más tarde, cuando empecé a ir en bicicleta. Me quedaba atrás, sola, contemplando la nieve, su evolución, su textura. Más de una vez llegué tarde a clase. Puede parecer una estupidez, pero observar cómo se derretía los días en los que el sol apretaba en invierno me sumía en una profunda tristeza. Sin embargo, ver cómo se acumulaban las nubes y cómo caían las cortinas de nieve en los días de viento norte me producía euforia. Y me la sigue produciendo. Desde que cumplí los trece he tratado de escaparme siempre que he podido para andar por la sierra en días de temporal, o tras alguna nevada intensa. No sé cómo mi padre me dejaba irme a la montaña siendo tan pequeña. Pasear por las llanuras próximas a la laguna de Peñalara, sola, con la luz del atardecer o incluso a la luz de la luna. Es sorprendente la luminosidad que produce la reverberación de la luna en la nieve.

Clara por fin levanta la vista. Y le mira, tal vez sin verle. Hace tanto que desfilas a mi lado, por el pasillo, entre las flores, sobre la nieve recién caída, parecen decir sus ojos fijos en él, sus labios sin abrirse, cada poro de su piel. A veces me roza el aire que levantas. Otras, te quedas mirándome y siento que me derribas, que se me escapa la sangre, que me quedo sin vida. Se han respetado hasta ahora, tal vez porque sabían que sus caminos no podrían seguir juntos mucho tiempo, porque presentían el dolor de la separación, inevitable. Tal vez por eso se han visto sin mirarse, se han mirado sin verse, se han esquivado sin apartarse del todo, se han rozado sin tocarse, pero ahora que sus caminos tendrán que separarse, que ya no les queda mucho tiempo, los cuerpos hablan, las manos buscan, aunque las lenguas una vez más callan. Y Julio se acerca a ella. En silencio. Y le quita el libro de entre las manos, despacio, y lo deja en la mesilla. Y se inclina y la besa en el pelo.

Un campo de espigas. Tumbarla en uno, al sol. Y juntos aplastar las amapolas. A ella los ojos se le enturbian, pasando del azul al gris. Y le abraza y respira hondo. Por fin ya no es sólo el aire que levanta lo que la roza. Y sus labios se abren. Cada poro de su piel. Se echa hacia atrás, y el sillón de mimbre se cae de espaldas y ellos se escurren hasta el suelo, con una sonrisa en los labios, en los ojos, en los dedos. Y se apartan la ropa deslizándola hacia arriba, hacia abajo, sin prisa, dejándola tirada a su alrededor. No detenerse a medio camino, sobre

todo cuando se ha esperado tanto. Y él la contempla unos instantes, con la boca entreabierta, como si se hubiera olvidado de respirar. El cuerpo duro, aun con la piel tan blanca, en la que no se aprecia un solo lunar. Los huesos largos y las piernas suaves. Los pechos fuertes, redondos. El ombligo perfecto, minúsculo. Las caderas firmes, esperándole. Nunca en su vida ha visto nada igual. Nunca siquiera se ha atrevido a soñar con algo semejante.

Y, con una fuerza segura, aunque muy dulce, una fuerza que ninguno de los dos ha conocido nunca hasta ahora, Julio se mete dentro de ella, despacio, muy despacio, dividiendo su cuerpo en dos. Ella siente que se le escapa la sangre, que se queda sin vida, sin esa vida ordinaria de todos los días, siente que se hunde en otra más parecida al sueño, al trance, una vida sin más reglas que las de los gestos, sin palabras, sin ruidos, sólo el de la sangre corriendo deprisa, estallando en las venas. Fundirse y, sin embargo, estar convencido de que uno siempre va a estar solo. Tal vez por eso. Por haberse fundido de esa forma. Por ese deseo que no cesa ni aun cuando hemos dado rienda suelta a su tiranía. Por ese deseo que tampoco cesaría de no haberle dado rienda suelta. Julio siempre será una quemadura en el cuerpo y en la mente de ella. Clara, una herida en los suyos.

Y quedarse abrazados. Durante mucho tiempo, en silencio, sin moverse, sin que se sepa dónde empieza un cuerpo y dónde acaba el otro, quién fue el primero que se apartó, mientras ahí fuera la tarde cae despacio, tan despacio como ellos. Esos momentos de ternura, de intimidad silenciosa, son aún más valiosos que los anteriores, ésos en los que nuestros deseos se desbocan. Para muchos el instante de mayor felicidad de su vida quedará para siempre y sin remedio unido al más triste. Hay momentos impregnados de dolor, momentos que resultan proféticos, que tienen la virtud o la desgracia de hacernos ver a lo lejos. Más allá del presente. Son umbrales en los que de pronto parece como si la vida se detuviera. Como si se acabara y empezara de nuevo, en otra dimensión. Momentos que duelen, como duelen las palabras que no pueden salir. En el de la entrega, en el de mayor intimidad con otro cuerpo, se vive ya a menudo la partida. Qué cerca el paraíso del infierno. Y, sin embargo, qué lejos parece siempre el infierno del paraíso.

Las lágrimas de rabia son turbias. Las de tristeza, transparentes. Fue por aquellos días cuando Clara aprendió a distinguir. Unas lágrimas de otras. Y a llorar. No sólo mis sueños me dan miedo, debió de decirle. A Julio. Así te lo contó ella misma. Con sus palabras. Una tarde en la que los ojos se le velaron de tristeza, y los labios de alegría. No sólo mis sueños me dan miedo, dijo. El tuyo hace unos días me heló por dentro, debió de decirle. A Julio. Porque así es como le hablaba. Como si los sueños formaran parte de la realidad. No sólo

mis sueños me dan miedo. El tuyo hace unos días me heló por dentro, aunque bromeé cuando me lo contabas. íbamos en coche, tú y yo, como en uno de tantos viajes con los que hemos soñado durante todo este tiempo, como en uno de tantos viajes con los que hemos soñado sin decírnoslo, cada uno a su manera. íbamos en coche, tú y yo, y el cristal se rompía. Un hilo se abrió todo lo largo que es un parabrisas delantero. Un horizonte, un paisaje, una vida. No quiero mirar ese cristal. Ese cristal que apareció en tu sueño y que ahora corta mi alma despierta.

Vuelves a mirar la fotografía. Hay tantas cosas que no sabes. Y, sin embargo, sabes otras que ellos entonces no sabían. Que ahí ya debía de estar Hermann. Otro fantasma del pasado con el que no dejas de soñar. Hermann. Tú todavía susurras su nombre alguna vez. Hermann, te dices, le dices, aunque no pueda escucharte. Tú no eras hijo del azar o de la fatiga, sino de la discordia. Y del amor. De un amor igual de profundo. Del pacto entre dos personas que no podían estar juntas y tampoco separadas. Qué cerca el paraíso del infierno. Aquel que tú hubieras querido que perseverara, a su lado, haciendo la guerra por su cuenta, no tuvo más remedio que marcharse.

PEATÓN, CIRCULE SIEMPRE POR SU IZQUIERDA

Preguntar. Una y otra vez. ¿Por qué se marchó? ¿Y adonde? ¿Qué fue de él? Preguntar y no hallar respuestas, porque ya nadie parece recordar nada del pasado, porque tal vez algunos prefieran guardarse lo que saben, volver la vista siempre hacia el futuro. Preguntar y no hallar respuestas a tantas preguntas. Es como si nos faltara un brazo y ya nunca lo fuéramos a recuperar. Sólo la sensación de haber tenido ese brazo. Y, sin embargo, tú aún los ves en los muelles del puerto, a los dos, tal y como debió de ser entonces, tal y como alguien te lo contó hace tiempo, y como tú lo recuerdas, palabra por palabra. Por eso el eco de la voz de las mujeres se aprecia en la tuya. Todo te lo han contado ellas. Los hombres no han vivido lo suficiente para hacerlo. Y es a ellas a quienes has preguntado. A Tarsila. A Clara. A Luitgard. A Berta. También Adelgunde te contó muchas cosas, antes de morir. Gracias a ellas aún puedes verles en el puerto, entre miles y miles de personas hacinadas en el malecón. De esperanzas y angustias amontonadas frente al mar. Uno es mucho más de lo que sus huellas dicen sobre él. ¿Por qué sin ellas parece que no somos nada?

Nubes de franela, del mismo color triste y turbio que tenía la lluvia que habían traído a aquellos suelos sedientos. Cielos de pizarra sobre los campos amarillos y los girasoles. Y de pronto un viento tan fuerte que había empujado las nubes. Unas se habían escondido detrás de las otras, habían vuelto a salir con prisa, de nuevo se habían ocultado, como decorados de un teatro de cartón movidos por manos invisibles. Ponte el salvavidas, le había dicho Clara poco antes de partir, y le había alcanzado una camisa de color azul oscuro, con el yugo y las flechas bordadas en hilo rojo sobre el pecho, pero Julio la había arrugado y la había tirado en un rincón. Ni el mero servicio en el campo rojo, ni el haber militado simplemente en campos políticos extraños al Movimiento Nacional serán motivo de responsabilidad criminal, decían las concesiones del Generalísimo, pero Julio no se había fiado, como tantos españoles que lo daban todo por perdido. Las carreteras por aquellos días se llenaron de coches, de tanquetas, de carros tirados por muías. La gente sólo pensaba en llegar cuanto antes

a algún puerto. Y ellos tuvieron que recorrer media España detrás de un camión con la caja abierta, rebosante de hombres, mujeres y niños con las piernas colgando entre los barrotes, sentados sobre un montón de trastos, de hatillos enormes hechos con sábanas. No habían podido adelantarle.

Horas después Clara se detenía en el arcén y desplegaba el mapa de carreteras. Sí, tiene que ser hermoso. Debe de serlo, había insistido. A él le había sorprendido que para saber si un pueblo merecía la pena ser visitado, necesitara consultar un mapa. ¿Es que una mujer no puede tener espíritu científico, alma de explorador, una mente que se ponga en marcha espoleada por la abstracción?, había protestado ella sonriendo antes de arrancar. Se habían adentrado entonces en un valle lleno de vides, baladres y algarrobos. Las vainas verdes se balanceaban y una fresca brisa tonteaba con el cantueso, arrastrando la bruma que se colaba por las ventanillas. Los dos habían respirado hondo. Ya casi se olía el mar, aunque aquel camino no llevaba a ningún puerto. Los pocos que transitaban por allí lo hacían en dirección contraria a la suya. Y en los cruces con otros caminos habían visto unos extraños montículos. Ofrendas que la gente de los pueblos dejaba para todos aquellos que, como Julio, huían de un país cuyo horizonte se iba a volver aún más estrecho. Más estrecho aún que durante los últimos años. Jarras con leche. Hogazas de pan. Huevos, calabacines, tomates. A veces, un trozo de queso envuelto en una tela. Algunos rincones de la tierra parecen haber caído del cielo, había dicho Julio.

Y de pronto habían escuchado un estallido. En un primer momento los dos habían encogido el cuello, asustados. Clara había mirado por el retrovisor. Nadie. Entonces había comprendido, se había bajado del coche y lo había rodeado. Uno de los neumáticos acababa de reventar. Si tuviéramos el de repuesto, yo misma lo habría cambiado en un abrir y cerrar de ojos, pero conseguir uno, nuevo o recauchutado, va a ser difícil. Pueden tardar semanas. Tendré que echar mano de mis contactos, había concluido dando una patada al neumático, que parecía derretirse sobre el asfalto. Y había añadido el nombre de un general. Julio no quiso ni oír hablar de ello. No, esperaremos el tiempo que haga falta. Y habían seguido hasta el pueblo más cercano, aquél hacia el que según el mapa merecía la pena desviarse. Y, como de costumbre, aunque iban muy despacio, ella había golpeado la chapa de la puerta del Citroën con la mano, para que la gente, imaginaria a aquellas horas de la tarde, se apartara. El viento caliente levantaba el polvo e invitaba a la siesta. Hasta las golondrinas estaban acurrucadas en los nidos de la iglesia. Y por las rendijas de las puertas habían adivinado varias parejas de ojos. Sólo un gallo, desde un estercolero, había cantado hasta quedarse sin voz.

Sentados a la entrada de la fonda en la que se quedaron a esperar, han recordado los detalles de su viaje. De esa huida hacia el sur, de sus últimos días juntos. Hace ya cinco que Clara hizo la llamada al general. Desde una centralita junto al ayuntamiento. Enganchados en un perchero de madera cuelgan unos papelillos de colores que se mueven con la brisa. Recuerdo de las últimas fiestas. Tres años atrás. Ninguno de los dos aparta la vista del ventanal. Los restos de la cúpula de azulejos de la iglesia, allá al fondo, absorben los cambios de luz a lo largo de las horas. Y ahí arriba hay una cenefa de soldados, en la fachada de enfrente. En sus manos, los fusiles. Y ellos, oscuros, enormes, sobre el oro de la mañana en la piedra, parece que vigilaran la conversación a media voz de esas dos sombras que llegaron hace poco más de una semana y que apenas salen a la calle. El pueblo está destrozado. Y el paisaje. Troncos caídos, mordidos por los rayos de la metralla. Hasta las colinas rojas parece que hablaran de la guerra, comenta Julio.

Pero el estruendo de un motor apaga las últimas palabras. Aplasta los recuerdos. Y por uno de los callejones de enfrente aparece una motocicleta. Va dejando en el aire una estela de polvo, y al llegar a la plaza gira en torno a la cruz de piedra que hay en el centro. El hombre que la conduce, vestido con el uniforme del ejército nacional, lleva un neumático en torno al cuerpo. El ruido del motor se apaga. El motorista se baja. Es el hombre al que están esperando. El que preferirían que no hubiera llegado. Ahora Clara se acercará a él, le dará la mano y ella misma cambiará el neumático, tirada en el suelo debajo del coche, ante los ojos atónitos del militar. Julio observará la escena a través del visillo de la ventana de su habitación.

Después tendrán que seguir su camino. Se aproximarán a Alicante y se abrazarán por última vez junto a un arenero que la gente del lugar utiliza para tender la colada. Quieren hacerlo solos, en un lugar en el que no se oiga el llanto silencioso de los que huyen desesperados. Habrá almendros en flor en los campos de los alrededores. El cielo estará gris, las palmeras salpicadas de polvo, las nubes bajas y el mar plomizo. La ropa temblará en las cuerdas, cientos y cientos de cuerdas largas, unas paralelas, otras cruzadas entre sí. Temblará bajo las sombras de los pájaros que pasarán volando en bandadas, tal vez huyendo también. Las camisetas cabeza abajo. Las mangas señalando la tierra. Brazos que piden ayuda, sin que nadie se la llegue a dar. Brazos colgantes, sin manos. Cientos de cuerpos sin vida, a los que hubieran cortado la cabeza, las manos, los pies. El sol y el viento, indiferentes, jugarán con esos fantasmas de colores. Con los calcetines, con los pantalones, con las medias, con las sábanas.

Después se dirigirán al puerto y los últimos kilómetros tendrán que hacerlos a pie, porque la carretera estará atascada. En los malecones,

en los diques se apiñará la gente. Miles y miles de personas frente al mar, sentadas sobre sus bártulos, lo poco que habrán podido coger antes de marcharse. Llevarán días esperando turno para embarcar. Gente encogida, frágil. Sombras oscuras que apenas se moverán. Sólo a ciertas horas pulularán en busca de comida, de unas palabras que puedan acortar la espera, y el puerto entonces se convertirá en un hervidero. Y correrán los rumores. No zarpará ningún barco, dirá alguien. Y la noticia se extenderá por toda la ciudad. Y cundirá el pánico, un pánico tan silencioso como su llanto. Ni los ingleses ni los franceses contravendrán las disposiciones del nuevo gobierno. Pero Clara lo ha dispuesto todo. Sólo tendrán que abrirse paso a empujones para llegar al borde del muelle, entre las maromas húmedas y el olor a sal.

Horas después el barco de Julio se alejará de la costa y se hará cada vez más pequeño, hasta desaparecer. El paisaje verde y azul se volverá de plata negra. Una figura en primer plano llorará la despedida. Y un hilo se abrirá todo lo largo que es un parabrisas delantero. Un horizonte, un paisaje, una vida. Las lágrimas de amargura son espesas. Las de impotencia cortan la piel. Todas las lágrimas mojan. Y caen con fuerza, salpicando los brazos en los que buscas refugio.

¿Qué más puedes decir, si tú por aquel entonces, el 28 de marzo de 1939, no estabas en Alicante, si por aquel entonces no estabas allí ni en ninguna otra parte?

ESTAMOS DE OBRAS

Trabajas a golpes, tratando de arrebatar olvidos al tiempo. Como lo hace un escultor con el cincel, con el escoplo, con un punzón, extrayendo con esfuerzo las palabras, que a menudo se te antojan de mármol, de granito, de hielo. Y poco a poco vas descubriendo algunas formas, aristas, detalles, consciente de que otros muchos se te escapan. De que la vida seguirá siendo un misterio. Mira, esas motas de polvo tan lejanas que brillan en el cielo son galaxias. Nosotros vivimos en una, la Vía Láctea. Ahí arriba hay miles de millones de estrellas. Muchas más de las que vemos a simple vista. Ernst sopla al aire y observa las guedejas de vapor blanco que surgen de sus labios y que desaparecen al instante. Después baja el brazo. Parecen hormigas rubias, comenta Lula, la nuca doblada y la cara entregada al cielo. También su boca humea. No todas son del mismo color, puntualiza Ernst. Es difícil distinguirlo a simple vista. Como si él alguna vez lo hubiera conseguido, seguro de que su hermana no lo logrará jamás. Ver los colores de las distintas estrellas. Azules, blancas, amarillas, rojas.

La niña se vuelve. ¿Y el sol?, pregunta. El sol también es una estrella, afirma él. Como siempre, infalible. Disfruta con la capacidad inagotable que tiene Luitgard de hacer preguntas. Le gusta responder, ser el blanco de su atención. Enseñarle todo lo que sabe. Entonces, ¿todas las estrellas son soles? Esta vez Ernst no contesta tan deprisa. Se ha subido a la rama de un árbol, un muñón en la noche invernal, y ahora trepa como una ardilla salvaje. El tronco del árbol muge bajo el peso de sus piernas de paje. La Loba se ha acercado clavando sus garras en la costra de nieve y se queda al pie del árbol. Ten cuidado, Ernst, grita Lula. La patria te necesita. El se detiene, mira hacia abajo. ¿Está de broma? Mira hasta dónde ha subido, murmura ella al oído de la Loba. ¡Qué valiente! Le gustaría que se bajara. Y ver de nuevo sus cabellos oscuros, el pico de viuda que ya se esboza en el arranque de esa espesa mata de pelo. Es nervudo y atlético, musculoso. Tiene la frente muy alta y una mirada de águila. El tipo del cazador. Pero no el del cazador furtivo, aunque lleve en los ojos su mirada, intensa, sino el del que caza por deporte, el del que con todas las de la ley se fotografía con la pierna flexionada, la escopeta contra el muslo y la

bota apoyada sobre el corpachón de un elefante abatido. O asomando una sonrisa, amplia y seductora, por entre los cuernos de un ciervo.

Lula lleva la cabeza vendada y un gorro de lana de color blanco. Un turbante oriental en medio de ese paisaje del norte. Hace un par de días le trepanaron los oídos. Le agujerearon el cráneo. Aún oye los golpes del escoplo en mitad de la noche, cuando intenta dormir. Es noviembre, y la casa, los árboles, el jardín, la cerca que lo rodea todo, están cubiertos por una espesa capa de nieve que esparce más luz que todas las farolas de la calle y que la luna. Ernst salta de vuelta al suelo y sus botas se hunden en la nieve. Habrá partido cientos de cristales blancos, no sólo la corteza de escarcha. Mira, ésa de ahí es Sirio, dice, una de las veinte estrellas más brillantes del firmamento. La Loba se sienta sobre la superficie helada y husmea el aire nítido. También de su hocico brotan hebras de humo. Luitgard ha vuelto a alzar la mirada para contemplar cada uno de los puntos luminosos que le señala su hermano y piensa en las estrellas que ve a plena luz del día en la calle. Son estrellas de tela amarilla, basta, estrellas de seis puntas cosidas con gruesas puntadas a los abrigos y a las chaquetas de muchos hombres, mujeres y niños. Parecen soldados de un ejército misterioso, fantasma. O muñecos de una caseta de feria, para tiro al blanco. Nadie en su familia las lleva y sin embargo son refugiados, aunque su vida apenas ha cambiado en nada. Ellos tienen de todo, menos miedo.

¿Y esas estrellas que lleva la gente cosida en la ropa? ¿Por qué no llevamos nosotros una en el abrigo? Su hermano sonríe. Es tan inexperta, tan inocente, que cada vez que abre la boca, él se frota las manos. Sabe ser muy persuasivo. Y tan apuesto, que a ella de mayor le gustaría casarse con él, aunque Adelgunde insiste en que para eso necesitaría el permiso del Papa. Y como Mutti, antes de casarse con papá, era protestante, no te lo darán nunca, le gusta decirle, para hacerla rabiar, para que aprenda a defenderse. Pero, ¿por qué se empeña Ernst en ponerse siempre ese uniforme, incluso cuando salen a jugar al jardín, cuando se disfrazan de cualquier cosa? Cuando pelean, ellas dos de indios y él de vaquero, el uniforme asoma siempre por debajo de las pieles que cuelgan de su cinturón y de los pantalones acampanados. El pequeño puñal, las botas. También cuando se viste de médico, con barbas postizas, y las examina sobre una mesa. Le da un aire terrorífico, aunque le sienta muy bien. Y cuando se cuadra y suelta alguna de sus consignas, una seriedad despiadada. ¿Lo hará cuando estén casados? ¿Comerá y dormirá cubierto de condecoraciones tintineantes y granadas de mano?

¿Por qué no llevamos nosotros una estrella de ésas en el abrigo?, vuelve a preguntar. Porque no somos judíos, responde al fin su hermano, al que a menudo le gusta darse importancia, retardar sus intervenciones, regodearse con la idea de sus posibles efectos. Tal vez

tener tiempo, no tanto para pensar como para elegir la respuesta. ¿Es que no sabes leer? Lo pone bien claro en el interior de la estrella. *Jude*. ¿Es que no sabes alemán? Sí, lo ha visto. Escrito con esas letras que parecen regueros de sangre, borrones de tinta. Lágrimas góticas con las que tal vez tratan de imitar el alfabeto hebreo. Aun así no lo entiende, pero se ha quedado sin habla. En su rostro infantil, enmarcado por las vendas y el gorro de lana blanca, se refleja el asombro, la percepción de algo horrible. Una inquietud sorda le recorre la espalda.

Y, buscando la ayuda de algún adulto, se gira en redondo y levanta la vista hacia el ventanal abierto de la rotonda frente a la que aún están sentados el abuelo, como siempre mudo, con la pipa entre las manos, apagada, y su madre, que, como cada noche, toma una infusión antes de ir a acostarse y habla y habla sin parar, para espantar el silencio. Parece como si charlara con la taza, con el platillo, con la tetera, con el azucarero, aunque, eso sí, no les deja tiempo ni para contestar. No vaya a ser que le lleven la contraria. La habitación se ha quedado en penumbra y el abuelo contempla el resplandor que despide la nieve. La cháchara constante de Berta los envuelve a los dos. Parece una oveja, siempre balando. Masticando el tiempo, los detalles de la más pequeña enfermedad, el más insulso de los rumores. No es más que un busto parlante sometido a un ayuno absoluto de ideas. Parece mentira que hablando sin parar se simplifiquen tanto las cosas. Toda conversación debería ser una conversión. O no ser.

Adelgunde está tumbada en el sofá, al fondo, con un pijama de color claro, suelto, un pijama con el que parece un arlequín. Lleva todo el día con fiebre, arrastrándose de un sitio a otro, pero no ha querido irse a la cama. Le gusta escuchar ruido a su alrededor. De tenedores, de cacerolas, de sillas, la conversación de los mayores, lo que sea. Su madre colabora siempre con gusto, sin proponérselo. Es como si se supiera de memoria su papel, que ha representado ya muchas veces a lo largo de su vida, un papel que seguirá repitiendo hasta el día de su muerte sin apenas variaciones. El abuelo en cambio parece haber olvidado el suyo o tal vez no sepa aún cuál es el que le corresponde. El se ha quitado la máscara de las palabras. No necesita ningún papel. La luz es un defecto, murmura Adelgunde. Conrado se levanta y, en silencio, apaga la luz que hay en la mesilla, junto al sofá. Después le acaricia la frente y vuelve a sentarse a la mesa, junto a su hija mayor.

Mutti, grita Lula desde el jardín, yo también quiero llevar una estrella en el abrigo. Chsst. A su espalda oye la voz de Ernst, susurrando con un tono de superioridad, de amenaza. No sabes lo que dices, Luitgard. Y como sigas así, yo mismo te voy a poner una

estrella, ¡pero roja! Cuando su hermano se enfada la llama así, Luitgard, por su nombre de pila. Estupendo, responde ella y se vuelve hacia el jardín. Seré la única con una estrella de ese color. A veces me pregunto si eres tonta, gruñe Ernst, y le lanza una bola de nieve que le estalla en el abrigo, justo en el lugar en el que debería llevar la estrella. Blanca, para que él pueda practicar la puntería. Y otras me pregunto si no serás comunista.

El nombre de su hermana, en antiguo alemán, significa la protectora, la guardiana del pueblo. La Loba empieza a ladrar. Lula cierra los puños, se gira y sube corriendo los cuatro escalones que conducen hasta la rotonda. Han dejado la puerta entreabierta.

Mutti, ¿qué es un comunista? Bertha baja la taza y, sonriendo, la coloca encima del plato, sobre la mesa. No sabe qué decir. Ni siquiera si debe contestar. ¿Cómo explicar lo que uno mismo no entiende? ¿Cómo describir lo que uno no ha querido ver nunca, ni siquiera en sueños? Y la taza no acude en su ayuda. Sigue callada, aunque con la boca abierta. Tal vez ellos sepan más. La taza, el platillo, el azucarero. Pero hay que saber escuchar. Tal vez sean testigos de cada uno de los acontecimientos que tienen lugar a su alrededor. Quizá presienten y por eso callan. En cualquier caso, si dijeran algo, habría que llamar a alguien para que se encargara de quitarlos de en medio. Sólo Conrado deja la pipa sobre la mesa, se levanta, se acerca hasta la niña. Y, colocándose detrás de ella, se inclina, posa un instante los labios sobre su hombro y junto a su oído murmura. Palabras. Lo hace con escepticismo, como quien dice: Cuentos. Al menos así lo ha entendido ella.

Pero eres tú, Lula, la que tiene fiebre. Nada de besos en el hombro, ni bolas de nieve estrellándose contra tu abrigo, en tu corazón. Eres tú la que se ha tumbado en el sofá, y no Gunde. Ya no estáis en Alemania, sino devuelta en Madrid. ¡Despierta! Llevas todo el día arrastrándote, con el pijama de arlequín de color claro y las vendas en torno a la cabeza, sin decidirte a marcharte a tu cuarto, sólo para poder escuchar el ruido de las sillas, de los tenedores, de las cacerolas al fondo, en la cocina, el monólogo de tu madre, con el que tal vez lo que trata es de huir de la soledad. Eres tú la que tiene fiebre. Hace un par de días te trepanaron los oídos. Por eso llevas la cabeza vendada. Cuando la bajaron al quirófano el cloroformo no le hacía efecto. ¿Esta niña bebe?, había preguntado el médico muy alarmado. Berta se había puesto colorada. En su casa las cajas de cerveza entran y salen sin ningún control. Beben los mayores, bebe el servicio y ahora también la pequeña. ¿Cuántos botellines te has tomado? La niña había arrugado el ceño, los labios. Pues como siempre, Mutti, cuatro. ¿Cómo siempre?

Despierta, Luitgard. Despierta de una vez. Lula se despereza, estira

los brazos, se frota los ojos y se toca el pecho para comprobar si tiene ahí la estrella, esa estrella que en Alemania y desde hace unos días han obligado a llevar a todos los judíos mayores de siete años. Hace poco, en la sala de proyecciones de Casimiro, los mayores han visto una película de propaganda alemana. *El judío Süss*. A ellos no les han dejado verla, ni siquiera a Ernst. Pero han escuchado algunos comentarios. Y frases que se escapaban de la sala, por la rendija de debajo de la puerta. Ya no viven en la casa de la calle de Ferraz, con aquella hermosa cúpula bajo la que se guardaba el arsenal de caza de su padre, las escopetas, las cajas de cartuchos. Se han trasladado a la colonia de El Viso. Y en lugar de armas, Casimiro colecciona películas.

A Lula le gustaría hacer muchas preguntas, pero sólo se atreve a formularlas dormida. A susurrarlas al oído de su muñeco, que aún la acompaña. Piensa que la solución podría estar en los periódicos, pero sabe que no le dejarían tocarlos, menos aún leer todas esas noticias que, dicen, no son para la gente de su edad. El abuelo se los come cada mañana en su casa y aquí cada domingo, cuando viene a visitarles. Y la expresión de su rostro es cada día más triste. El padre los lee cuando cae la noche, repantingado en un sillón y fumándose un puro. Después se echa a roncar. Berta apenas los mira. Cuando los cambia de sitio, los toma con la punta de los dedos, como si fueran las ropas de un pordiosero o el cuerpo de una alimaña en descomposición. Y mientras tanto, Lula sigue inmersa en su mundo, un mundo de supersticiones infantiles y de deseos enormes, cuestionándolo todo. Pero si algo tiene Luitgard es paciencia. Observa con celo, aprende de unos y de otros, a menudo por reacción, tratando de comprenderlo todo.

Guarda una piedra oscura, brillante, y todas las tardes la mira durante un buen rato, convencida de que así sus ojos pasarán algún día del gris azulado al negro. ¿Por qué tiene ella el pelo rubio, los ojos y la piel tan claros? Sus hermanos, sus padres, tienen el cabello castaño o negro. Sólo los ojos de su madre y los de Ernst son azules. Sólo el abuelo es pelirrojo. Y la tía Clara, rubia, tan rubia como ella, con los ojos azules, transparentes. Cuando Lula se mira en el espejo, ve una figura de mazapán. Todo en ella es tan pálido, tan suave, que envidia la tez morena de los otros, sobre todo la de su primo Hermann. No sabe que el mazapán en las tierras del norte es amargo, aun cuando a veces vaya recubierto de chocolate. Algún día me cortaré el pelo al cero, se dice. Y así, cuando me crezca, tal vez me salga oscuro. O me lo teñiré. Otros sueñan con la libertad del piel roja, con convertirse en indio, a galope sobre el caballo, sin espuelas, sin riendas, por una pradera segada al raso. A ella le gustaría pertenecer a esa otra estirpe misteriosa, nómada, marcada desde siempre con el sello de lo maldito.

Cuando se entere de que algunos de sus antepasados por parte de madre no eran judíos, a pesar de sus sonoros nombres sacados del Antiguo Testamento, sino menonitas, puritanos del centro de Europa, se llevará un disgusto. Tal vez entonces le dé por coserse botones de asta de ciervo y tirar las cremalleras de todos sus pantalones. Alguien juega con los cabellos que se le escapan del turbante. Luitgard vuelve la mirada. Conrad se ha acercado sin hacer ruido hasta el sofá en el que ella lleva toda la tarde tumbada. ¿Por qué está siempre tan callado? Porque no quiere hablar, como la mayoría, de lo que cree que sabe, de aquello sobre lo que se quiere convencer a los demás. Tal vez porque prefiere descubrir lo que aún no sabe, que todavía es mucho, a pesar de sus años. Y para eso, para descubrir lo que no sabes, hay que aprender a escuchar. Escuchar no sólo a otros seres humanos, sino también el mensaje oculto de todos los días, de cada objeto con el que te topas, de cada pájaro, de cada flor, de cada uno de tus sueños.

La luz es un defecto, murmura Lula agotada. Y se estira y bosteza. La lámpara junto al sofá está encendida y ha hecho que la sangre le golpee en las sienes. Sin decir nada, el abuelo la apaga. Y, tras acariciarle la frente, vuelve a sentarse a la mesa, junto a Bertha, que toma una infusión antes de ir a acostarse y habla y habla sin parar, para espantar el silencio. Parece como si charlara con la taza, con el platillo, con la tetera, con el azucarero, aunque no les deja tiempo ni para contestar. La habitación se ha quedado en penumbra y el abuelo contempla el resplandor de la luna llena. Ernst y Gunde, las estrellas. En el jardín. Esa de ahí es Aldebarán, oye que explica su hermano. Y esa otra, Sirio. Dos de las veinte estrellas más brillantes de todo el firmamento.

Qué guapo es. Y cuánto sabe. Cómo le gusta atender sus palabras. También Adelgunde se ha quedado embobada mirándole, escuchando lo que le cuenta, aunque él sólo parece tener ojos para la rubia. La Loba apoya su cabeza en el regazo de Adelgund, entre los pliegues de su vestido.

Pepa se aproxima con su traje negro impecable, su delantal de hilo y los puños blancos, la cofia tiesa y una sonrisa en los labios. En una bandeja trae un vaso de leche caliente, cubierto de espuma. Lula se incorpora en el sofá. De sobra sabe que mientras ella bebe ese vaso de leche batida antes de irse a la cama, hay un montón de niños ahí fuera comiendo cáscaras de patata y escondiéndose en agujeros bajo la tierra. Por eso esta noche en sus sueños las estrellas llevarán otros nombres. Nombres distintos de los que repite su hermano ahí fuera, señalando hacia arriba, mientras Adelgunde acaricia a la Loba detrás de las orejas. Llevarán los nombres de todas esas personas que ahora recorren las calles de tantas ciudades y pueblos de Europa con una divisa bien visible en el abrigo o en la chaqueta. Benjamin, Esther,

Isaac, Ruth. Nombres oscuros que crujen como los esqueletos de mil mariposas muertas.

DISCULPEN LAS MOLESTIAS

La vida interior parece regirse por las mismas fuerzas que las aguas. Mareas altas, bajas. Mareas vivas, negras. Quincenales, mensuales, anuales. Incluso hay ondas de periodos mucho más largos. Y así se alternan épocas en las que sueñas sin parar, en las que la nostalgia se empeña en cebarse en ti, en tu pensamiento, con otras en las que el relieve submarino de tu vida parece que ha sido borrado por completo del mapa, en las que la tristeza no te permite siquiera pensar. ¿Será verdad que el mundo de las obsesiones, de los deseos, de las pasiones, es un mundo sobre el que pesan la maldición y la muerte? Hay quien dice que amar demasiado trae mala suerte. Que a los niños a los que se los mima demasiado de pequeños, mueren jóvenes. Que la vida no está hecha para eso. Y que quienes buscan la felicidad son castigados. Pero no. Sabes muy bien que en este mundo no hay nada que dé mala suerte. Ni buena. Ni los números, ni los árboles, ni las estrellas.

Julio está solo y escribe. Amanece y pienso en ti, en los cielos con los que soñábamos, viendo cómo se abrían entre caricias en nuestro camino a Alicante. El cielo de Lisboa, el de Funchal, el de Recife. Cielos azules que evocan tu tacto y tu voz somnolienta, la íntima dulzura del placer y de las confesiones. Hay una luz ardiente en los recuerdos, la luz de los paisajes que hemos compartido. Y por contraste con esa luz, los meses de soledad parecen grises. Gris el cielo de Orán, el de Marsella, el de esta ciudad suiza. Grises los firmamentos de la vida ahora que estamos lejos y padecemos un miedo insensato, un miedo que nos acosa, pese a que amanece y pienso en ti y sé que tú piensas en mí. El cielo de Lisboa, el de Funchal, el de Recife, es el único cielo que habrá en el futuro sobre nosotros, porque ése es el que se merecen quienes han sido fieles a un sueño. Y bajo los cielos como ese cielo con el que sigo soñando, como ese cielo que me hace pensar en ti, tan distinto del que amanece hoy, iremos tejiendo nuestra historia, una historia sin fin y algún día sin temores, hecha con tu tacto y tu voz somnolienta, con la íntima dulzura del placer y de las confesiones.

Julio está solo y escribe, pero la carta no llegará a manos de Clara sino mucho después, cuando él lleve ya tiempo sepultado bajo los

escombros de una ciudad europea, cuando la dentadura de su calavera, ésa en la que acabó por convertirse, descanse bajo tierra entre raíces retorcidas y gusanos de un apetito voraz. Schaffhausen. 31 de marzo de 1944. El matasellos y la fecha lo dicen todo. Todo lo que el silencio, cuando pasan los días, los meses, los años, una vida entera, es capaz de anunciar por sí solo, sin necesidad de ninguna palabra. Cuántas cartas perdidas. Y cuántas que apenas pueden decir nada. Un remite sin nombre ni dirección, en blanco, un contenido familiar. Y una letra muy querida, una letra con la que el destinatario ha estado soñando a todas horas, como si, siempre despierto, nunca hubiera dejado de dormir, cuando en más de una ocasión serán señales de vida de alguien que ya esté muerto cuando el paquete o el sobre consigan llegar a su destino. Cuando la carta, al abrirla, hable de sus ganas de vivir, de su ansia de volver.

Y cuando Clara más tarde reciba esas palabras de Julio, a su alrededor se extenderá el olor a algas y ella escuchará los chillidos de las gaviotas, el sonido de la sirena de un barco que se aleja de la costa. Recuperará de pronto las sensaciones que envolvieron la partida, todo lo que ha guardado con celo, todo aquello que necesitaría olvidar, y lo que él encontró en los puertos de África y de Europa, huyendo de una muerte en vida para encontrar otra de frente. Y verá las ciudades destripadas. Por las bombas, por los cañones y los tanques. Y el viento, el sol, la lluvia, los pájaros, entrando y saliendo con toda libertad por los agujeros de las casas que perdieron la fachada, los cristales, las puertas. La hierba creciendo entre los escombros. Y a Julio una vez más disuelto en la masa. Clara está sola y escribe, cuando lo que quisiera es recibir una carta, noticias de Julio. Hace ya tres años que se marchó. Tres años desde que sus palabras, su voz, sus ojos y su piel tostada se perdieron en el horizonte.

Clara está sola y escribe, con la grafía esbelta y enérgica propia de las mujeres cultas, apoyada sobre el cristal que protege la superficie forrada de cuero de su tocador, un mueble modernista de largas patas, hecho en madera de caoba y lleno de espejos biselados, cajones y compartimientos, con pequeños motivos florales grabados en oro. Despertar en la penumbra de nuestras noches de ventanas abiertas y ver tan cerca el horizonte de hierba quemada de tu cuerpo. La piel tostada, boca arriba. Y sentir el retornar del deseo. Echo de menos tu voz, la punta de tus rodillas, el ángulo vertiginoso de tu mandíbula. Clara aparta la vista de las líneas que acaba de escribir. No tiene una dirección, no enviará la carta, tal vez acabe por tirarla. O la guarde en uno de esos cajones para cuando vuelva Julio. ¿Volverá algún día?

Clara levanta la mirada y la pierde entre los frascos de cristal tallado en los que guarda la colonia, la crema, los polvos de talco, las horquillas. Tira después de la argolla dorada de uno de los cajones y

saca el estuche de plata con los instrumentos de afeitar y las iniciales de su padre, los que utilizaba Julio en la casa de las montañas. Acaricia el mango, imagina que roza sus dedos, la punta de sus rodillas, el ángulo vertiginoso de su mandíbula. Un escalofrío le recorre la espalda. Y ella se mira al espejo, con aire ausente, de ver y de no ver. Y se suelta el pelo, que desde hace años siempre lleva recogido en la nuca. Y de pronto se le ocurre cortárselo. Ahí mismo. Tal vez con las puntas de su cabello caería también la tristeza. Tira de la argolla de otro cajón y, en lugar de unas tijeras, saca un peine de concha con funda de plata y un pincho alargado en un extremo, como el de las bayonetas. Como un estilete.

Pero, ¿a qué estás esperando? ¿Acaso te resulta demasiado irreal? ¿Es que no vas a hacer nada? ¿Es que ahora que ya sabes leer respondes con más solidaridad a la desgracia literaria de un personaje cualquiera que al infortunio del prójimo? Acércate, sin que se dé cuenta. Un par dé pasos y habrás detenido esa mano. Sólo a un poeta o a urr chiflado se le ocurre matar con un peine, piensa Tarsila, acercándose por detrás. Pero ya está. La ha sujetado por la muñeca y el peine ahora se estrella contra el suelo. Vamos, jefa. No haga eso. Ya sabe. No hay más infierno que el que uno se empeña en fabricar. Usted misma lo dijo. A esta mujer la guerra y las montañas la volvieron levantisca, salvaje, pero el marco que ahora la rodea, todos esos tapices, las arañas de cristal, los cuadros, tal vez también la lectura, parece que la han vuelto a amansar. Clara la mira perpleja. Después, una triste sonrisa ilumina sus ojos. Todos cometemos errores, parece decir.

Vamos, jefa, la anima Tarsíla, y sacude el aire con la mano, como tratando de quitarle importancia al hecho, de borrar todo trazo de lo que acaba de ver. Creo que Hermann tiene fiebre, añade, aunque tal vez no sea más que una estratagema para que la jefa olvide los peines.

CUIDADO CON EL PERRO

Siempre has escuchado con atención. Y aún lo haces. La voz de los adultos cuando eras niño y ellos charlaban en torno a una mesa llena de copas y cubiertos en desorden. La de todos aquellos que te rodean, pero también la de quienes desaparecieron hace mucho, antes incluso de que tú nacieras. Voces que no llegaste a escuchar, que otros te han transmitido. En el estuche de la suya. En su mirada. La voz también de los objetos. La de los cristales. La de los manteles, con las marcas de una larga sobremesa. La de los solares con escombros. La voz del viento. Recomponer el pasado es como hurgar en las tripas de un piano de cola, como bucear en las entrañas del piano de Clara, ese instrumento en cuyo interior dicen que se ha ocultado siempre la firma del compositor Franz Liszt, aunque nadie la haya llegado a ver jamás. Más de una vez has tenido la tentación de desmontarlo, de terminar con la leyenda, porque sospechas que lo que dicen puede no ser cierto. Quizá por eso no te decides, porque tal vez lo que descubras sea bien distinto. Algo vergonzoso, en lugar del trofeo de la firma de un antepasado al que todo el mundo respeta. Un secreto amargo, como la bola de azúcar que Ernst arrancó del interior del muñeco.

Preguntar. Una y otra vez. Hasta por los detalles más nimios. Pensando que en cualquier rincón podrías encontrar la respuesta. Y cuando ibais de paseo, ¿qué veíais por las calles? ¿Había ya carteles como los de ahora? ¿Qué ponía en ellos? Preguntar. Con la esperanza de encontrar algo más. Ese trozo que falta en una fotografía. Ese detalle al que nadie se refiere y que sin embargo suele ser lo más importante en la historia de una persona, de toda una familia. Y cuando no son capaces de responder a tus preguntas, te desesperas. A tu ceguera por la distancia se une la de ellos. Las puertas de la memoria a menudo parecen cerradas. ¿Por falta de atención? ¿Por miedo? ¿Y no es la falta de atención una forma del miedo? Y, sin embargo, apenas vales nada sin ella, sin la memoria, sin ese manojo de imágenes rotas con el que acabarás por irte a la tumba, ese manojo de imágenes rotas del que, estás seguro, tanto se podría aprender.

Tiene hoy costillas de algodón el cielo. ¡Paz en Europa! ¡Paz en

Europa!, han coreado los vendedores de periódicos. Durante todo el día. Y todavía a estas horas alguno lanza el estribillo. Winston Churchill ha anunciado el final de la guerra. Y en las escuelas los niños han tenido que salir al patio. Tras algunos discursos, los han mandado a casa. Conrado se ha ido caminando hasta la colonia de El Viso para llevar a sus dos nietas a pasear por el centro. Está acostumbrado a dar largas caminatas. Pero antes ha cerrado el atlas *Salinas*, en el que, desde que empezó la guerra en Europa, ha ido marcando los avances de los aliados. Con un amigo, el señor Koplowitz, que se instaló en Madrid huyendo de la persecución nazi y al que conoció mientras paseaba por el Retiro con su nieto Hermann, un hombre hermético, casi tanto como él, se ha encerrado a menudo en su casa, los mapas desplegados sobre la mesa, a escuchar la BBC. Y así han pasado muchas tardes midiendo distancias, observando fronteras que ahora tendrán que cambiar. Hoy, después de cerrarlo, Conrad ha acariciado la tela con la que está forrada la cubierta, tal vez queriendo despedirse para siempre de los últimos años. Después ha sacado del bolsillo una de las pipas blancas con las que sus nietas en otro tiempo hacían pompas de jabón, ha llenado la cazoleta de tabaco y la ha prendido.

Se respira un aire limpio, pero los viandantes no devuelven la mirada, y tampoco parecen muy contentos. Llevan ya seis años de posguerra. Y para muchos resulta difícil distinguir entre la guerra y la paz. Hay quienes no podrán volver a ejercer su profesión nunca más. Otros se pudrirán en las cárceles. Y no habrán hecho mucho más que construir colegios para la República o escribir unos libros que ahora se consideran detestables desde el punto de vista ideológico. Sin embargo, los carteles en las calles, con su publicidad en colores, sus frases provocadoras, pregonan cierta normalidad. Una especie de ratón gigante, oscuro, asoma su chepa aterciopelada y sus garras rojas por detrás de una botella. *Anís del Topo*. Unos niños sonrosados, rubios, sonríen a su madre y se llevan la cuchara a la boca. *La felicidad del hogar con DAN ONE cada día*. Y allí, en un cine, el cartel de una película de Edgar Neville. *La vida en un hilo*. Con Conchita Montes, Guillermo Marín y Rafael Durán. La mujer, vestida de novia, aparece entre dos caballeros, de etiqueta. Lula y Gunde se acercan a leer el resumen. Una viuda joven se marcha de la provincia y en el tren coincide con una adivina que le habla de la vida que pudo haber llevado cuando ante ella se abrieron dos caminos: uno que llevaba al tedio. El otro, a la felicidad.

¿La has visto, abuelo?, pregunta Luitgard y vuelve a cogerse de su brazo. Conrad asiente. Y, ¿cómo lo hace? ¿Cómo adivina esa vida no vivida? ¿Con una bola de cristal? La vida nonata, dice Conrado repitiendo una frase de la película, queda temblando en el fondo de

los ojos. Impresionada como en una placa fotográfica. Deme algo, caballero, murmura un mendigo a sus espaldas y hace sonar su caja de puros, en la que nadan unas cuantas monedas. Conrad suelta a Lula y se lleva la mano al bolsillo. ¡Dios se lo pague!, exclama el mendigo sin dejar de mirar el billete de veinticinco pesetas que ahora descansa sobre su colección de céntimos tintineantes, el busto de Juan de Herrera y una vista del monasterio de El Escorial. Y echa a correr. Una señora se ha acercado al pequeño grupo que ya se alejaba del lugar de los hechos. ¿Sabe usted lo que va a hacer ahora ese hombre? No es más que un borracho. Lo dice con furia. Y eso que no ha visto el billete, tan sólo el gesto. Conrado detiene sus pasos, se vuelve. ¡Además de un parásito!, exclama aún la mujer. Alborota más que todo un rebaño de ovejas, que el perro que trata de mantenerlas unidas. La ira deforma sus rasgos.

Conrad levanta el sombrero, ese sombrero deformado ya de tanto alzarlo en señal de respeto, de tanto ir de un lado a otro. Prefiero equivocarme, señora. Hay un aire festivo en sus ojos. Un brillo de cascabeles. En esos ojos de los que brotan largas arrugas, paralelas al bigote rojo. Luitgard y Adelgunde le miran asombradas, desde abajo. A pesar de que ya tienen doce y quince años, de sus piernas largas, el abuelo sigue siendo mucho más alto que ellas. Un príncipe venido a menos, que desde hace años y años sale a la calle siempre con la misma ropa, con el mismo sombrero. Impecables, aunque ya un poco gastados. No quiere nada nuevo. ¿En qué se ha equivocado? ¿En el tratamiento al mendigo? ¿A la señora que ahora parece una columna de humo negro, allá lejos? El abuelo es distinto de la mayoría de las personas que conocen. Del resto de los adultos. Cuando habla, tan de tarde en tarde y utilizando tan pocas palabras, tiene uno la sensación de que lo mismo podría haber dicho lo contrario. A cada una de sus frases habría que darle la vuelta como a un calcetín. Y buscarle pareja, otra frase similar y sin embargo distinta. Extraña y generosa cualidad. Poder referirse al mismo hecho desde los más diversos ángulos.

Hace tiempo que al abuelo no le preocupa la verdad, al menos no esa verdad que los demás parecen haber encontrado en las grandes palabras, esa verdad única y fiera que se esfuerzan por expresar e imponer con tanto aspaviento. Está oscureciendo y los carteles se reflejan en un charco. Las letras bailan en la superficie brillante del agua sucia. *Los rojos no llevaban sombrero*. Los escaparates hablan. *Brave. Sombreros para caballero*. Están junto al número 6 de la calle de la Montera. Un poco más allá, parpadea un tubo luminoso. *Sulfadenta. El centinela de su salud. El centinela de su belleza. La única pasta dentífrica con sulfamida*. Una pasta de dientes para gigantes. Junto a esos anuncios, inmensos, es fácil sentirse un ser minúsculo e insignificante, al que por otro lado deberían bastarle cuatro cosas para

salir adelante. Para vivir, con un pedazo basta. Cuatro palabras, en lugar de las largas ristras de tópicos de la gente segura. Para vivir, debería bastar con abrir la mano.

RESPETEN EL CÉSPED

Con la huella en la palabra. Persiguiendo las de los demás. Palabras que se deshacen, que se van borrando. Las de los hombres, escritas. O recordadas con la voz de las mujeres. Así reconstruyes el pasado. Las imágenes que aún conservan quienes vivieron esta historia. Y sabes que cuando uno sólo dispone de unos pocos detalles se puede llegar a formar una leyenda, bajo cuyo peso los protagonistas quedan con frecuencia sepultados para siempre. Los desaparecidos crecen, hasta convertirse en gigantes, pero lo hacen en el vacío. Una habitación cerrada, en la que está prohibido entrar. Un acontecimiento olvidado. Tal vez reprimido. Y ante ti, el poder mágico de la apertura. Una habitación en la que tal vez alguien haya escondido los regalos de Navidad, aunque quizá dentro, en esa habitación, no haya más que un animal repugnante, un ser monstruoso. O un cadáver. Como en las tripas del piano de Clara, del que al final tal vez no salgan más que unos acordes desafinados. Y vuelves a ver esa estancia de la casa en la calle de Galileo que aquella Nochebuena habrían hecho mejor en cerrar con llave. Vuelves a verla. Como un acontecimiento olvidado en lo más recóndito de tu memoria.

El abuelo duerme. Tumbado sobre la mesa de la cocina. Todo lo largo que es. Digna figura de un cuadro de El Greco. Y plano como un pañuelo enorme que hubieran tirado al pasar. Solo, desnudo, una sábana le cubre hasta la barbilla. Hace tan sólo unos días ha dado uno de sus largos paseos, ha subido al puerto de Navacerrada una vez más. Otro vikingo acostumbrado al aire cortante de las alturas, a las caminatas invernales, al hielo y a las montañas. Pero ayer, en la calle de Carretas, al bajarse del coche, apenas dio unos pasos y le atropellaron con un carro de reparto de verdura, rompiéndole la cadera. Y esta mañana, al levantarle de su cama en el hospital para llevarle a casa a pasar la Nochebuena, se ha caído al suelo desplomado. Clara ha conseguido traerlo de vuelta y, recurriendo a sus conocidos, un permiso especial para que el médico les visite en casa y extienda los certificados que sean necesarios.

El sol de la tarde entra ahora por la ventana, por el hueco más bajo de la fresquera, y resalta la lividez de la piel, el rubor de los mechones

de su barba, de su cabellera, ese rubor entreverado de plata gris. No ronca. Ni habla en sueños. Nunca lo ha hecho. Ni siquiera el fino lienzo tiembla con su respiración. En la casa hay un silencio mayor que el que suele acompañar al abuelo cuando está despierto, a pesar de que toda la familia se encuentra reunida en el salón, en torno al abeto, cargado de galletas de vainilla con cobertura de azúcar y anises de colores, de velas y de lameta, esos hilos de colores que crujen al menor soplo de aire. Suena un timbrazo y al cabo de unos instantes la puerta de la entrada se abre chirriando allá al fondo. Alguien pisa el umbral, que rechina bajo su peso, hundiéndose, y se queda a la espera. Estará admirando los cazos y moldes de cobre que cuelgan de las paredes del vestíbulo, las copas de cristal rojo y morado en el comedor, la oreja de mar junto al aparador de madera de cerezo. Tarsila habrá ido en busca de la señora.

Y el pasillo al cabo vuelve a crujir. Unas pisadas y unas voces se aproximan, susurrando. Pasan junto al cuarto de baño, con la tina como siempre a medio llenar. En el agua flotan unas coronas de flores con velas encendidas. Sombras y reflejos bailan por las paredes, por el techo, persiguiéndose entre sí. Es Navidad, la época en la que las casas se llenan de tímidas luces temblequeantes y de naranjas asaeteadas con clavos de olor, acericos que poco a poco supuran un incienso amargo, excitante. Dejan a un lado el velatorio de Felipe el Elermoso. A Juana de Castilla ante el féretro, con los brazos caídos, la mirada perdida, la cabeza inclinada sobre el pecho. A Abraham Stauffer entre sacos de cebada. Van a doblar el recodo en el que el pasillo se divide, y toman la bifurcación que conduce a la parte de servicio. Una de las voces es grave, desconocida. La voz ronca de un hombre. La otra, de mujer. Sinuosa, halagadora, insistente. Es la de Berta. Con sus breves frases, zureos de paloma en celo. Klara camina en silencio.

Luitgard y Adelgunde, siempre al acecho de la visita de los repartidores, en especial el del hielo, con su arpillera al hombro y su gancho de sujeción clavado en la barra helada y chorreante, se apresuran a esconderse. Una vez en la cocina, el desconocido, además de una bata blanca que se pone por encima de su ropa oscura, extrae de su abultado maletín negro parte de su instrumental y lo va colocando sobre una de las encimeras. Una sierra, un bisturí, unas tijeras, un martillo pequeño, pinzas, torundas de algodón y varios frascos del color de la miel. Después se vuelve hacia la mesa y levanta la sábana. Las chicas se han acurrucado en un rincón de la despensa, sin hacer ruido, tras las cortinas de rayas, entre cajas de cerveza apiladas unas encima de otras. El doctor pide a Bertha y a Clara que le dejen solo. Da un ligero empujón a la puerta, se coloca unos guantes de plástico blanquecino, muy apretados, y se dispone a comenzar su tarea.

Alza el bisturí y lo observa un momento, baja la cabeza y con gesto decidido hace una incisión en el tórax. Continúa por el abdomen, desde el pecho hasta el pubis, abriendo una larga carretera. Ydespués, unos cortes en la parte ósea. En la zona del esternón. El abuelo no se mueve. No dice nada. El médico levanta la piel y las costillas y empieza a hurgar en el interior del cuerpo tumbado, buscando el origen de una grave avería. La sangre corre por los costados, mancha la mesa, salpica el suelo. Tiene las venas cuajadas de signos de interrogación. De todas las preguntas que no ha hecho en los últimos años. Como si durante todo ese tiempo hubieran pululado sin rumbo por sus arterias, chocando las unas con las otras. Signos de interrogación flacos como husos. Como su dueño. Saltan desde el borde de la mesa, caen al enlosado, pierden el punto, se achatan y por fin desaparecen, diluyéndose en los pequeños charcos de sangre.

Adelgunde se tapa los ojos, la boca. Luitgard los cierra y con las manos se aprieta los oídos. No quiere escuchar el chasquido de la carne, de los músculos. Ni el sonido de las salpicaduras sobre las baldosas. Ya es tarde para salir de su refugio. Un olor dulzón se extiende por la cocina, mezclado con uno agrio. Y se tapan la nariz. Ya no se atreven a despegar nada. Ni los párpados de los ojos, ni las manos de las orejas, ni la lengua del paladar. Y se aprietan la una contra la otra. No quieren ver las palabras que salen de los intestinos del abuelo. Esas serpientes que ahora parecen dispuestas a soltar un largo discurso. Ni las que brotan de su vejiga, del hígado. Palabras que a pesar de todo no rezuman bilis, no apestan a amoniaco. Su silencio es lo que ha hecho que siempre pareciera que ocupaba poco espacio, a pesar de ser tan alto.

Y las frases que ahora se escapan de su cuerpo, después de estar tanto tiempo encerradas, no son más que una despedida. Ellas apartan las manos de sus orejas, abren los ojos. A mis hijas las incito a quererse mutuamente, tal y como deben quererse unas hermanas. No olvidad nunca que la unión hace la fuerza y la paz alimenta, que la guerra destruye. Manteneós siempre unidas, y entonces podréis salvar todas las desdichas del mundo con facilidad. El médico retrocede unos pasos y contempla su obra. En medio del silencio, en el que se escucha hasta el minutero que trepa con dificultad por la esfera del reloj en la pared de enfrente, percibe un extraño sonido. Se vuelve y es entonces cuando repara en el frigorífico. Acaban de traerlo. Hace tan sólo unos días. El doctor lo admira unos instantes, sonriendo al comprender que lo que ha oído eran los jugos gástricos del moderno aparato, y después retoma su labor. Debe de estar cosiéndole. Y le dejará como un traje lleno de cremalleras. Las puntadas en la piel, oscuras, no tardarán en hincharse. De pronto, se oyen los quejidos de un serrucho. El forense está rebanando la cabeza por encima de la frente. Aparta la piel y abre

el cráneo. ¡Crac! ¿Le va a trepanar?

Sed trabajadoras y constantes, y no caprichosas. El trabajo y la serenidad del carácter, la paz de la conciencia, son las bases para una buena salud, la cual representa el máximo capital que puede poseer el hombre. Que la bendición de vuestra madre y de vuestro padre esté para siempre con vosotras y que vuestras acciones sean tales que no tengáis que avergonzaros de ellas. Las palabras de Conrad se expanden por la cocina. Unas suben y alcanzan el estante de la pared en el que se alinean los botes de loza, panzudos, con sus tapas de madera, y en los que, escrito con letras de molde, se lee: Azúcar, Harina, Arroz, Café, Lentejas, Sal. Otras bajan y caracolean en torno a las patas de la mesa sobre la que está tumbado el abuelo, la mesa en la que suelen amasar los pasteles sobre una polvareda de harina, en la que pican las zanahorias, las cebollas, los puerros, en la que cortan las galletas de Navidad con unos pequeños moldes de hojalata. Ovejas, peces, estrellas que, con una cinta de plata, cuelgan del abeto, entre velas y bolas de colores.

Sed buenas. Este es el deseo fervoroso de vuestro padre. Se oye a unos gorriones aferrados a la tela metálica de la fresquera. Atraídos por el olor de unas uvas se agarran a los alambres que forman la rejilla, como ellas dos cuando alguna tarde de domingo se quedan pegadas al cristal del escaparate de una tienda de juguetes, o al de una confitería repleto de cajas de bombones, papeles de estaño y complicadas pirámides de pasteles cubiertos de piñones, chocolate o nata. A todos los hombres se les ha puesto un límite en la vida, así también a mí. Esta es una ley fundamental de la naturaleza. Por eso deseo que llevéis mi muerte con resignación y no la consideréis una desgracia, sino una necesidad. Yo he procurado completar mi tarea. Querer, sí que he querido, pero no siempre he conseguido hacer el bien. Porque ser hombre es ser negligente. He vivido y he amado, y no me he asustado del trabajo. Por eso, analizando lo que ha sido mi vida, puedo emprender mi último viaje con paz en el alma.

Ahí fuera hace sol, un sol de invierno, aunque radiante. Las palabras del abuelo flotan con el polvo suspendido en el aire iluminado. ¿Y éstas son sus últimas palabras? Casi dan ganas de sacudirle, como a una cantimplora vacía en mitad del desierto. Son palabras que no se diferencian mucho de las que diría cualquier otro hombre en parecidas circunstancias. Sin embargo, el suyo es un testamento tranquilo, el testamento de un hombre al que ya no le importa dejar de vivir. Conrado ha muerto el 24 de diciembre de 19 4 5. El médico dictamina que una burbuja le ha estallado en el cerebro, una burbuja que siempre había tenido allí alojada, de color rojo. Le enterrarán con sencillez en el cementerio civil de Madrid. Cuartel 4, manzana 6, letra C. En un recuadro de hierba sobre la tumba

recortarán las letras de la palabra «padre» en alemán. *Vater*. Su cabeza reposará para siempre sobre un cojín, en cuyo interior se ocultarán las cenizas de su mujer. Han esperado durante todo ese tiempo en una urna colocada en el salón de la casa, junto a los retratos de Abraham Stauffer, el de las barbas blancas y la mirada cristalina, y Anna Barbara Ruckert. Las llamas de la chimenea se reflejan ahora en el cristal, sobre el rostro endurecido de la abuela.

Esa mujer se debe de estar quemando en el infierno, murmura Ernst y, retrocediendo unos pasos, tira con el codo una de las figuras de porcelana que hay sobre el piano. El muchacho regordete, semidesnudo y con el cabello mecido por un viento ficticio, cae al suelo a pocos centímetros de donde Hermann está tirado leyendo un libro en francés que hace unos días ha recibido por su sexto cumpleaños. Ernst se agacha para recoger la figura. Este bastardo, gruñe refiriéndose a su primo, no se ha enterado aún de que el abuelo ha muerto. Tampoco él de lo mucho que por dentro se parece a esa mujer que según él se debe de estar consumiendo en el averno. Ernst alza la figurilla hasta la altura de sus ojos para comprobar los desperfectos. El muchacho ha perdido el brazo con el que hacía ademán de ir a abrir la jaula, que en cambio ha quedado intacta. El pájaro sigue en su encierro, mientras la tristeza, al caer la tarde, crece una vez más como un monstruo.

VADO PERMANENTE

La muerte y la soledad de la muerte son las únicas certezas comunes. Es cierto. Y también lo extraño que resulta que esa única certeza, esa única comunión apenas sea capaz de influir sobre los hombres, que tan lejos parecen estar de sentir la fraternidad de la muerte. Sin embargo, un buen cerebro no tiene límites. Si es capaz de imaginar. Y algunos lo son, especialmente en la infancia. O en los sueños. La comitiva sale de la casa. En el primer coche, el Citroën negro, tras el furgón con el ataúd y las coronas de flores pálidas, viajan Clara, la madre, los dos hermanos, la Loba y el primo Hermann. En el segundo, el padre. Desde que acabó la guerra, Casimiro lo ha ido perdiendo todo. La fortuna, la salud, las amistades. Sólo su viejo y fiel amigo el púgil Paulino Uzcudun le acompaña en estos tristes momentos. Ha perdido hasta la mujer, cuando en este país apenas se separa nadie. Al poco de trasladarse a vivir a la colonia de El Viso, y a través de una de las ventanas, Bertha descubrió a su marido abrazando y besando a una prima a la que él había cobijado durante la guerra. Jacinta, que no era guapa, pero sí una de esas mujeres con buen pelo y buenas uñas, había sido maestra en la Plurilingüe, una escuela en la que se aplicaban modernos principios de educación y que tuvo que cerrar en el treinta y seis. Ni Casimiro ni Jacinta pensaron nunca en ser amantes. Fue el estar juntos y solos lo que les llevó a un punto del que a veces no es fácil volver.

Por fin, en el tercer coche, Pepa y Tarsila con el chófer y el jardinero. Ellas han velado el cadáver durante horas, sin moverse de su lado. Todos visten de negro, elegantes. ¿Cómo es que el dolor no les ha impedido peinarse? Mira el sombrero que lleva Berta. Casi no cabe en el coche. En la caja de madera blanca va Luitgard. Sus desconsolados padres, doña Bertha Adelheid y don Casimiro, sus hermanos, Adelgunde y Ernst Friedrich Berengar, su tía Klara Sophia y demás familia suplican a Vd. una oración por su alma. Lula no ha sobrevivido a su abuelo. Se lo ha impedido la tristeza disfrazada de escarlatina. La van a inhumar en un agujero de dos metros de profundidad, un agujero que debe de comunicar con el infinito. En la sacramental de la Almudena, al pie de la fosa, el padre Mariano recuerda a la pequeña, a la que apenas prestó atención cuando estaba

viva. Él sólo atendía a su padre, al hombre hasta hace poco poderoso, con dinero.

¿Cómo puede decir esas cosas? ¿Se las estará inventando? ¿O no son más que fórmulas aprendidas cuajadas de vocablos patéticos para tranquilizar no sólo a la familia, también al sacerdote, que así no tiene que pensar? Su muerte deja en nuestros corazones profundo dolor. Os habíamos rogado, Señor, prolongarais sus días. Os la habéis llevado al cielo. Sea vuestro Santo Nombre bendito. Y cuando empiezan a echar tierra sobre el ataúd, acostado allá abajo, en la fosa, Bertha se retuerce las manos. Adelgunde aprieta los puños, los dientes. Hermann quiere soltarse de la mano de su madre. Casimiro se suena los mocos, mientras Paulino le pone una mano enorme sobre el hombro. Jacinta se seca las lágrimas metiendo el pañuelo por debajo de sus gafas de gruesos cristales. Todas las cabezas cuelgan, como girasoles al caer la tarde. Sólo Ernst se cuadra y parece más alto, tratando de contener la amargura que casi no le deja respirar, mientras la Loba escarba la tierra. Su amo se agacha y la agarra del collar.

Señor Padre, que nos dejaste la señal de tu Pasión en la Sábana Santa, en la que fue envuelto tu Cuerpo Santísimo, concédenos que por tu muerte y sepultura el alma de tu sierva Luitgard sea llevada a la Gloria de la Resurrección, donde vives y reinas. El sol está de luto, entre nubes grises, espesas. La hiedra abraza las tumbas. ¿Cuánto tardarán en olvidar? Unos volverán al trabajo, otros al colegio. A su dichosa rutina, inconsciente. ¿Alguno se volverá loco? ¿Perderá Bertha la compostura, saltará sobre el ataúd para que la entierren con su hija? Donde vives y reinas con Dios Padre, en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén. ¿Y las amigas? Que no aparecieran en su fiesta de cumpleaños tenía su explicación. El 14 de diciembre la cuesta de El Viso suele estar helada y los tranvías no pueden subir ni bajar. Cada año el trole deja de lanzar chispas durante unas cuantas semanas. Pero ahora, aunque estamos en el mes de diciembre, no ha nevado, ni hay hielos. Tan sólo un día cuajado de sombras. Tal vez no se lo hayan dicho aún. Tal vez sus padres aún no las dejen asistir a un entierro.

En algún momento alguien pondrá una corona. Con alguna frase inscrita en la banda. Una frase hecha. Lula se pudrirá. No, no es ésa la frase de la leyenda en caracteres negros y dorados sobre la banda de color violeta. Lula se pudrirá. Y los gusanos se comerán su cara de mazapán. Le dejarán el esqueleto mondo, pero antes apestará, manchará la caja de pino, la tierra a su alrededor. A su muñeco de cabeza gorda, con el que la van a enterrar. Nunca quiso deshacerse de él, a pesar de la herida en la nuca, a pesar de que hace tiempo que perdió el corazón. O tal vez por eso. Tal vez porque no es más que un despojo. Gusanos, líquidos repugnantes, olores nauseabundos. De la

tumba al anochecer surgirán fuegos fatuos. Pero ahí está Paulino, llorando. El ex boxeador, en el solar vacío lleno de malas hierbas que había junto a su casa en El Viso, jugaba a levantar a las dos hermanas por los aires, a las dos a la vez, como si fueran almohadas de plumas.

¡Vamos, Lula, sal de una vez!, exclama Bertha a través de una de las puertas del cuarto de baño. O llegaremos tarde. Luitgard inclina la cabeza. El agua se estrella contra su nuca, se abre en dos y le baja por los costados, arremolinándose en torno al ombligo. ¿No te da vergüenza? Mira que regodearte con la idea del sufrimiento de los demás ante tu propia muerte. Pero, ¿quién no ha sido alguna vez presa de ese tipo de alucinaciones fúnebres? Hay quien imagina su sepelio como si fuera el de un faraón egipcio, el cuerpo embalsamado, los brazos cruzados sobre el pecho y los puños prietos, avanzando a paso lento camino de su hipogeo entre muestras de admiración y lamentaciones, mientras las multitudes le aclaman desde ambas orillas del río. Y después, ¿qué? ¿Subir al cielo? Allí no debe de haber más que criaturas como el padre Mariano, mortalmente aburridas y falsas. Maestros en el arte de cultivar el remordimiento, la culpabilidad. Tal vez sea mejor el infierno, y calentarse las manos en algún rincón, en medio del chisporroteo de las llamas. ¿Dónde estará el abuelo?

Luitgard sale de la bañera y se envuelve en la toalla. No quiere ser como su madre. Ni comportarse como una actriz, siempre pendiente de lo que los demás piensen de ella. De si la aplauden. O la abuchean y pitan. Cuánto ha aprendido de su madre, por reacción. Bertha se desmaya con frecuencia, y puede llegar a ponerse enferma sólo para conseguir lo que quiere, lo que otros tal vez no pueden darle, lo que debería tratar de lograr por sí misma, practicando también la renuncia. Siempre anda en busca de público. Y hasta parece que le gusta beber de botellas equivocadas, tragar sapos, escorpiones y espejos rotos para que la miren. Lula levanta la vista y se mira al espejo, pero está cubierto de vaho y se entretiene escribiendo en él la inscripción de su tumba. Luitgard. El nombre gotea culebreando por la superficie mojada. Es tan largo que no le da tiempo a escribir los apellidos. A poner las fechas. Pensando en la muerte, la tuya y la de los demás, no olvidas nunca que detrás de cada cual se levanta su sombra, ese oscuro compañero de viaje que hace la vida tan frágil. Pensando en la muerte es como un día sin darte cuenta abandonas el mundo de la infancia.

¡Vamos, Lula! ¡Sal de una vez!, vuelve a exclamar su madre a través de la puerta. No querrás que me vista en el taller, ¿verdad? Vas a conseguir que lleguemos tarde. Con un dinero que aún le quedaba a Casimiro, Bertha ha podido poner un taller de costura para vestir a las señoras de la alta sociedad de Madrid y tratar de sacar así a sus hijos adelante. Ellos están orgullosos de que esa mujer, acostumbrada hasta

hace poco a que le hicieran reverencias en el ultramarinos, en el cine, sea capaz de llevar su propia empresa, aunque todavía algunas veces le apriete la corona, y aun cuando con los años este nuevo negocio no vaya a dejar más que deudas. Y les gusta jugar en ese siniestro gabinete en el que por la noche, cuando no están las operarías y las sillas descansan patas arriba, los maniquíes sin brazos duermen como los flamencos, sobre un solo pie, con el cuerpo cosido de alfileres y retales.

Luitgard deja la toalla sobre el lavabo y coge su ropa de encima de un taburete. La bruma del espejo se ha ido deshaciendo y la superficie fría y brillante aparece ahora despejada. En ella se ve una silueta negra, inmóvil, una sombra agazapada en la pared contraria del inmenso cuarto de baño. Lula se vuelve con rapidez y ve cómo la figura trata de fundirse con el mueble largo en el que guardan los cosméticos, el jabón, el algodón en rama, las medicinas, como quien se pega al tronco de un árbol. Los cabellos oscuros, el pico de viuda en el arranque de la espesa mata de pelo. Nervudo y atlético, todo vestido de negro porque hoy van a enterrar a Conrad, Ernst sigue observándola. Tiene los brazos pegados al cuerpo. Los dedos como brotes fuertes, llenos de vida, dispuestos a aferrarse a las piedras, a una lápida, al cuerpo de su hermana. ¿Qué haces? No habrás estado ahí todo el tiempo… Luitgard vuelve a cubrirse con la toalla y deja que su ropa se escurra hasta el suelo. Como no te vayas ahora mismo, se lo digo a mamá.

Pero Ernst sonríe con toda la boca, con la frente alta y hasta con los ojos. Con su mirada de águila. Hace rato que espía en el espejo esa cara de mazapán, esos ojos de un gris azulado que van cambiando de color con el paso de las horas, esos cabellos suaves de un rubio ceniza, esas pestañas y esas cejas de humo, esas piernas largas, esa cintura de niña. Cómo se parece a él, a pesar de ser los dos tan distintos. Ella es clara y él oscuro, pero las facciones, las siluetas son casi las mismas, de gente del norte, esculpida a la intemperie. Tres mil años de estricta consanguinidad demuestran la superioridad de mi raza. Pero en vez de croar, Ernst se limita a pedirle que guarde silencio emitiendo un leve susurro y llevándose el índice derecho a los labios. Chsst. Y como una exhalación, con la sonrisa aún en la cara, sale de su escondite y se desliza fuera del cuarto de baño.

MÁS GÉNERO EN LA TRASTIENDA

Hermann está solo y escribe, inclinado sobre el mueble de caoba que hasta hace poco fuera el tocador de su madre. Ya no hay en él frascos de colonia, ni polvos de talco, ni pinzas para el pelo, sino tan sólo algún álbum de fotografías antiguas, partidas de nacimiento, de defunción, cartas, postales, además de papel y material para escribir, todo lo que él ha ido atesorando desde el día en que su madre le regalara el mueble, antes una suerte de farmacia, ahora una caja repleta de *souvenirs*, un pequeño museo o relicario dedicado a la historia de su familia. A través de los cristales se adivinan las formas de los papeles clasificados ahí dentro y el secreter parece así poblado de pájaros, insectos y mariposas de muy distintos colores. Verdes, rosas, azules, amarillos, blancos. Un aviario lleno de ejemplares exóticos capaces incluso de hablar. Loros, papagayos, cacatúas y periquitos de seda y celulosa, de cartón, que cuchichean entre sí cuando unos pasos se acercan haciendo crujir las tablas de madera del pasillo bajo la alfombra de minúsculos laberintos. Un pequeño hotel habitado por recuerdos y misterios detrás de cada ventana. Y un observatorio, porque leer el pasado es como observar el firmamento.

Hermann está solo y escribe. Un largo visillo de encaje tamiza la luz que entra en la habitación por una ventana que da a la calle. La muerte le persiguió. O tal vez él la buscó a ella. Tal vez la estuvo buscando siempre, desde el día en que nació, como yo lo busco a él. Como le estuvo buscando mi madre desde el día en que se marchó. Y deja la pluma y tira de una de las argollas doradas. En el cajón, situado en la parte inferior, justo debajo de la superficie de cristal que le sirve de apoyo, hay un montón de arena blanca. Arena de la playa junto al puerto desde el que partió el barco de Julio. Y un trozo de madera mordido por el agua del mar, por los años. Hermann mueve el cajón hacia delante y hacia atrás y en la arena se producen cascadas de olas. El pequeño madero a la deriva acaba por quedar enterrado. El tiempo lo engulle todo. Y vuelve a sacudirlo y el fragmento de madera reaparece. Después cierra el cajón. Y vuelve a coger la pluma. Huyendo de una muerte en vida para encontrar otra de frente. Y ciudades destripadas. Por las bombas, los cañones, los tanques. Y el viento, el sol, la lluvia, los pájaros, entrando y saliendo con toda

libertad por los agujeros de las casas que han perdido la fachada, los cristales, las puertas.

¿Tiene una enamorada el señorito? Tarsila se ha acercado por detrás, sin que él, que ahora deja la pluma sobre el cristal y se vuelve, se diera cuenta. No me trates de usted, ni me llames señorito. Te lo he pedido tantas veces. No tengo más que dieciocho años, pero aunque tuviera ciento ochenta. Y, sonriendo, se levanta. Casi parece que pudiera rozar el cielo con sólo alargar un brazo. No puedo, me cuesta mucho, protesta la muchacha. Pues imagina que sigo siendo un niño. De sobra sabe que entonces hará malabarismos con el impersonal, aunque ahora sólo los haga con los ojos, mirándole de arriba abajo. El metro ochenta y dos de estatura. Los miembros largos. La mirada marrón oscuro. La cicatriz sobre la ceja del ojo izquierdo, paralela a la frente, como el signo de una resta. Aún recuerda cuando hace ya diez años le llevaron al hospital y al volver a casa, después de coserle, la herida se abrió como un segundo ojo o unos labios, silenciosos, dejando escapar una lágrima roja mientras el niño bebía sonriente un vaso de leche que sujetaba con las dos manos. El cabello castaño, con sombras de un rubio oscuro, el oro de cuando era pequeño convertido en humo. La sonrisa, generosa y tierna, que siempre acaba por saltarle a las pupilas. La piel atezada. Y una mandíbula de vértigo. Una mezcla perfecta entre su padre y su madre, no sólo en el cuerpo y en el rostro, también en la mente, en el carácter.

Los niños no escriben así. Hermann frunce el ceño y tuerce los labios en un gesto de simpática impaciencia. Tarsila, tal y como había imaginado, ha recurrido a otra de sus estratagemas, haciendo trampas con el plural para no tener que tutearle. Está bien, concede ella. Probaré otra vez. ¿Qué estás escribiendo? Hermann sonríe. Trato de poner por escrito lo poco que sé sobre la vida de mis padres. Como el abuelo Conrad. Mi madre me ha regalado la historia que él escribió sobre su familia. El manuscrito original. Lo tengo aquí, en uno de estos cajones. Hermann tira de otra argolla para enseñarle el documento y, al sacar el puñado de hojas escritas con la caligrafía del abuelo, cae en su regazo la única fotografía que se conserva de su padre. Julio con Clara. Sentados en un sillón de mimbre, iluminados por el sol. Un trozo de vida al que le falta un pedazo y que sólo por eso parece haber enmudecido más que cualquier otro.

Siempre me he preguntado qué es lo que había aquí, susurra Hermann, acariciando el desgarrón. Ten paciencia, contesta Tarsila. Sí, ya sé. Lo mismo dice mi madre. Los objetos sólo revelan su misterio en voz muy baja. Sí. Tu madre tiene razón. Y tú deberías tener también mucho cuidado, no creo que al señorito Ernst le guste lo que estás haciendo. Ya le conoces. Se cree el dueño y señor de esta familia, por no decir del mundo entero. Es un fascista. Hermann se

encoge, extrañado y con un aire de burla en la mirada. Tarsila siempre tan exagerada, tan volcánica. Sí, ya sé que asistió a las clases de un profesor de derecho comprometido en la lucha antifranquista. Pero no te fíes, vuelve a advertirle. Las ideas no hacen al hombre, menos aún si las usa de disfraz.

La familia es un animal extraño, masculla ahora con el tono de voz con el que solía contarle historias cuando él no sabía leer. Un animal negro, con muchas patas, que de pronto un día sale de su escondite. Y mueve los dedos de ambas manos como si fuera una araña enorme que trepara por el aire persiguiendo alguna presa. Sí, tiene razón. Una familia es un animal extraño, siempre al acecho. Pero hay lunas en la infancia que jamás se borran. Noches de insomnio, tratando de atrapar a este o aquel personaje del pasado. Rostros que piden ayuda desde hace años y años, sin que nadie responda. Y mientras, esa indiferencia, esa inercia que no está dispuesta a escuchar, que no atiende a sus voces, va destruyendo el alma, haciendo imposible la vida salvaje y valiosa que sólo unos pocos saben conjurar. Poetas ante los cuales hasta da vergüenza existir, que graban los versos en su propia piel. Tatuajes que pueden cambiar la vida. Los escriben con sangre. Por eso cuidan sus palabras.

¿Cómo es que mi padre siguió siendo republicano después de lo que le hicieron al suyo y a su hermano mayor? Tarsila recorre la habitación con la mirada. ¿Puedo?, pregunta señalando la cama con la cabeza. Hermann se acerca de una zancada y aparta los libros que tiene desperdigados por encima del cobertor. Son volúmenes de poesía, de teatro, novelas y ensayos que le traen de fuera, que se publican en otros países, en otros idiomas. *L'Étranger. L'état de siége. L'homme révolté*. Acaban de conceder el Nobel a ese autor al que tanto le gusta leer. Tarsila se queda embobada mirando los títulos, las ristras de palabras que ahora que ella también sabe leer todavía no entiende. Pareces un monje, siempre encerrado en tu celda entre papeles. Espero que tanto saber no acabe por destruir la felicidad de tu larga y elegante persona. Sí, no me mires así, de tanto leer eres incapaz de percibir el mal que se agazapa en cualquier rincón. Tal vez te equivoques, replica Hermann. Tal vez sea al revés. Pero ella hace un gesto con la mano, como espantando una mosca inexistente. No me juegues con el derecho y el revés. Eres muy joven. Aún no conoces el reverso del mundo. Da un pequeño brinco junto a la cama y, dejándose caer encima, rebota sobre la nube de color granate. El cobertor grueso en el que hace años envolvieron al padre de Hermann después de encontrarlo en la nieve y del que Clara no ha querido separarse nunca.

Hermann da la vuelta a la silla en la que estaba escribiendo y se vuelve a sentar, a horcajadas. Tu padre trató de explicarlo en más de

una ocasión. Tal vez él mismo no acabara de entenderlo del todo. Y tu madre tampoco. Tu madre no lo entendió jamás. Yo siempre le admiré. Quizá nunca me hubiera atrevido a volver de no haber sabido que él estaba allí. Pero en cuanto se recuperó de la herida, que no sé cómo no se lo llevó de este mundo, porque no tuvimos más remedio que dejarle la bala dentro, se marchó. A trabajar a un hospital. Decía que no podía estar como un topo en su madriguera mientras la gente se mataba a tiros. Tampoco quería tomar parte en la contienda, manchar su conciencia, sus sueños, con la sangre de otros, fueran del bando que fueran, aunque sus manos no hicieron otra cosa, limpiando heridas, cosiendo piernas. En esta vida es imposible no mancharse. Y él era un hombre que respetaba la vida por encima de todo. Un médico, aunque jamás llegara a serlo.

Hermann escucha con avidez, sin apartar en ningún momento la vista de esos ojos del color de la avellana que se encienden cada vez que Tarsila le habla de su padre, de Julio. Sigue siendo una mujer delgada, menuda, de movimientos elásticos, aunque entre sus cabellos ensortijados asoma ya alguna cana. En aquel hospital, mientras duró la guerra, pudo aplicar lo que ya sabía de medicina y de alguna manera seguir con sus estudios, pero acabó por meterse en un lío. Como su padre, como tantos otros cuya vocación está por encima de cualquier ideología, jamás hizo distinciones. No podía negar su ayuda a nadie. Le denunciaron, tuvo que esconderse en la casa de las montañas y, cuando pocos días después acabó la guerra, huir del país. En cualquier caso, aquí no se hubiera podido quedar. Ya conoces el resto. Pensaban reunirse más tarde, en algún lugar de Europa, pero se perdió su rastro y de nuevo estalló la guerra. Después se supo que el barco los había llevado a Orán y que allí los franceses los metieron a todos en un campo de concentración. Tu madre me contó que el barco iba tan lleno de gente que se alejó del puerto como un vencido, muy despacio. Apenas podía avanzar.

Todo esto él ya lo sabe, en la medida en que puede saberse, imaginando. Que en el campo de concentración debían de dormir en agujeros que ellos mismos escarbaban en la tierra, tapándose con ramas, trozos de madera y hojas. Que muchos no debieron de sobrevivir al hambre, al frío, a la desesperación. Que a su padre los conocimientos de medicina una vez más debieron de librarle de la muerte, alargarle la vida. Pero no se cansa de escucharlo. Lo que no supieron, lo que no pudieron averiguar, tienen que imaginarlo. Más tarde conseguiría pasar a Francia, de donde debió de ir a Suiza, un país neutral. Desde allí mandó una carta, que no llegó sino mucho después. La única carta que se conserva. Tal vez escribiera otras, que se habrían perdido. Tal vez no tuvo fuerzas para hacerlo. O la escribió mucho antes y no pudo enviarla hasta entonces. Llevaba el matasellos

de la ciudad de Schaffhausen, fechado un día antes de ser bombardeada por los americanos. Cuántas veces ha observado él ese sello con una lupa, la estampilla dentada con el escudo de la ciudad sobre un fondo rojo lleno de peces blancos culebreando en las aguas. En el centro, el blasón de color amarillo en el que un carnero negro surge de la torre de un castillo y trota con sus pezuñas por una pradera.

Hermann se vuelve y del escritorio coge un papel amarillento, doblado en cuatro. ¿Sabías tú que mi madre se casó con un hombre que no era mi padre? He encontrado esto guardado o escondido dentro de la funda de piel de su pasaporte. Lo desdobla y empieza a leerlo en voz alta. Fray Antonio García Figar, religioso dominico, con residencia en Madrid, calle de Claudio Coello, número 112, certifica haber asistido, por delegación del Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo de Madrid-Alcalá, al matrimonio canónico de los señores Clarita Stauffer y Kurt Oesau Kennedy, celebrado el día 17 de julio de 1948 en la Sacristía de Santo Domingo el Real de Madrid. ¿Qué significa esto? Tarsila asiente con la cabeza. Era un ex piloto de la Luftwaffe, uno de tantos militares alemanes que huyeron tras la rendición de su país y que durante algunos años fueron pasando por el nuestro en su camino hacia Sudamérica. Tu madre le llevó hasta el barco que partió de Cádiz y le dio buena parte de su dinero. Pensaba reunirse con él más adelante. En Argentina. Contigo. Después se enteró de que en el barco se había casado con otra, a la que también sacó el dinero. Tu madre quería olvidar. Y darte un padre. Pero yo ya lo tenía, protesta Hermann.

No lo entiendes. No fue fácil para ella. Suena un reloj de péndulo, en el salón. La una. Tarsila da un respingo y estira todo el cuerpo. Me marcho, que tengo que hacer en la cocina. Hermann esboza un gesto con la mano para que se quede donde está, como cuando era pequeño y antes de dormir ella le contaba historias. Pero ahora es él el que está sentado y ella sobre la cama, aunque sigue siendo él el que pregunta, el que escucha. Y ella la que cuenta. Aún no ha contestado a su primera pregunta. ¿Cómo es que mi padre siguió siendo republicano después de lo que les hicieron? Tarsila se alisa el delantal de hilo blanco, recorriendo los huecos de la vainica con las yemas de los dedos, tal vez buscando la respuesta entre los pliegues, en los orificios, como si ella tampoco acabara de entender.

No fueron ellos los que mataron a mi padre, a mi hermano José, dijo en una ocasión tratando de explicar lo que a muchos puede parecer inexplicable. No fueron ellos, la República ya no existía, sino unos individuos concretos que ya no representaban nada más que la sinrazón. Era un hombre extraordinario. Una sombra de tristeza cruza por las pupilas de Hermann, que vuelven a hundirse en la

contemplación de la pareja sentada al sol poco más de dieciocho años atrás. Tu madre también. También ella es una persona excelente, a pesar de sus ideas. No lo dudes. Es muy valiente. Y generosa. Está dispuesta a echar una mano a cualquiera, sin esperar nada a cambio, sin preocuparse de si aquel al que ayuda es de los suyos. Se quedará sin un real, porque lo que gana lo gasta siempre en los demás, aunque es muy ahorradora, siempre lo fue. Tarsila sonríe al pensar en la bañera del cuarto de baño de Clara, siempre con el agua hasta arriba durante días y días, ahora incluso semanas y hasta meses, y en la que ella sigue siempre tentada de echar algo. Cortezas de melón, peladuras de naranja y toda clase de desechos. Nunca se dio aires de gran señora, como tu tía Berta, que debe de creerse una reina sin corona.

Hace años que Tarsila defiende a su señora, a la jefa, con toda su alma. Jamás ha utilizado sus contactos más que para eso, para ayudar, continúa. Jamás los ha aprovechado para enriquecerse. A mi hermano hace años lo sacó de la cárcel. Hermann la mira asombrado. Sí, a mi hermano y a otros tres muchachos muy jóvenes. Tuvieron que marcharse del país. Los habrían matado o se habrían pasado la vida entera entre rejas. Guardo unos documentos que algún día pueden ser útiles. Si los tiempos cambian. Como ha dicho tu tío Ernst en más de una ocasión, conviene tener amigos hasta en el infierno. Y a mí tu madre me ha conseguido una casa con luz eléctrica y agua corriente. Toda mi vida teniendo que ir hasta el pozo a buscar el agua. Una y otra vez, y no porque la cortaran, sino porque no la había. Y no soy la única. Además, me ha enseñado a leer y a escribir.

¿Qué se está cociendo aquí? ¿Una nueva revolución comunista? Ernst, con los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna por delante de la otra, con la punta del zapato clavada sobre la estrecha alfombra persa que cubre el pasillo, está apoyado cómodamente en el quicio de la puerta, sonriendo. Ni Tarsila ni Hermann han oído crujir la madera bajo sus pasos. Tan inmersos estaban en su conversación. Los loros, los papagayos, las cacatúas, los periquitos de seda y celulosa, de cartón, han debido de enmudecer de terror, refugiándose en lo más recóndito del secreter. El orgullo de clase que emana de cada uno de los poros de la piel de Ernst llena todo el vano y oscurece parte de la habitación. Tarsila salta de la cama al suelo, de un brinco, y se gira. Servidora, exclama y se pone muy tiesa, tratando de ocultar a Hermann, a pesar de su pequeña estatura. El también se ha levantado de la silla. Alarga el brazo derecho y pone la mano en el hombro de la muchacha. Detrás están los papeles, desplegados. Las palabras de Conrad. Las de Julio. Las de Hermann. Palabras capaces de cambiar una vida.

Ernst hace una seña a Tarsila para que se marche, y en cuanto ella sale de la habitación se acerca hasta el escritorio. Inclina la cabeza,

fisga en los papeles. ¿Qué haces tú con todo esto? ¿Quién te ha dado permiso para meter las narices en estos documentos? Hermann intenta explicarle. Mi madre… No tienes ningún derecho. La historia de la familia que escribió mi abuelo nos pertenece a nosotros, a mí y a mis hermanas. Y yo no te autorizo a utilizarla. Tal vez tu madre sí, pero es que ella es el epítome de la madre. Ya sabes, *you are my country*. Ernst habla varios idiomas y le gusta salpicar sus discursos con tópicos cogidos de aquí y de allá. Todo un catálogo de la estupidez universal. Imposible detener su verborrea. En el principio, en el medio y al final es la palabra, pero la suya. Y nada tan delator como la palabra. Por su boca parece que hablara la Cámara de Cultura del Reich. Es como si estuviera dispuesto a dictar unas nuevas leyes de Nuremberg para proteger no sólo la sangre de su familia, sino también el honor. Hay corazones blindados en el frío de su soberbia, incapaces de ver más allá de sus propias narices.

Cuántas veces a lo largo de la vida intentarán taparte el sol, matarte de frío, cerrarte la boca. No sólo en el ámbito de la política. También en el seno de la familia, que es donde con más frecuencia se practica la manipulación, el chantaje, la violencia.

REVELADO AUTOMÁTICO

Fue una temporada sangrienta en las plazas. Y ya se sabe que la sangre atrae a las muchedumbres, como el hedor de las llagas de un caballo herido a los enjambres de moscas o el desorden de un vertedero a las gaviotas. Como las decapitaciones públicas en una playa cualquiera del continente africano, bajo un cielo inmenso, a multitudes de curiosos. O siglos atrás, el espectáculo de una mujer acusada de brujería ardiendo en la plaza pública de una ciudad europea. Y hoy en día, el museo de un antiguo campo de concentración, limpio y ordenado, por el que tantos turistas arrastran los pies y en el que, tal vez sin confesárselo, esperan percibir un eco del olor a carne quemada. También en la taquilla de una plaza de toros se pone enseguida el cartel de *No hay billetes*. Quizá porque la tragedia de la cogida pende en todo momento sobre la faena, en el aire brillante de la tarde. Aquel verano, el del cincuenta y ocho, muchos matadores visitaron el hule, que es como aquí se refieren a la enfermería.

Observas una fotografía de ese verano. En Madrid. Y lo haces con detenimiento, con obstinación. Cuando dispones tan sólo de unas pocas imágenes del pasado, te esfuerzas por descifrar hasta el último detalle que aparece en esos cartoncillos cubiertos de luces y sombras. Y consideras esas pocas imágenes como un oráculo, un agujero misterioso en el que yacen algunos de los secretos que han ido conformando la vida, que de algún modo aún podrían volverla del revés, aunque por más que los aceches no acaban de revelarse. Sin embargo, la gran cantidad de fotografías que hoy día se toman de un solo instante, de una boda, de unas vacaciones, de una merienda, cuando los matrimonios se derrumban como castillos de arena bajo la espuma de la más pequeña de las olas y los viajes han dejado de ser expediciones fantásticas o experiencias capaces de cambiar los hábitos del explorador, de ampliar su horizonte, hace que la sustancia mágica de cada uno de esos momentos acabe por desvanecerse.

En cambio, esta instantánea que acabas de sacar de uno de los cajones del escritorio de caoba y que ahora sostienes entre los dedos es única. Es una imagen de aquel verano. El verano sangriento del

cincuenta y ocho. En Madrid. Buscas indicios, como si allí, en aquel momento, se hubiera cometido un crimen. Un viento caliente recorre la escena, un primer plano de cuatro mujeres sentadas en fila, con vestidos ligeros, de telas estampadas, escotes generosos, y los brazos al aire. Asisten a una corrida de toros. En la plaza de Las Ventas. ¿Atraídas también ellas por el olor de la sangre? En un extremo aparece Bertha, sonriente. A su izquierda, una mujer de cabellos y ojos muy claros, de un azul de hielo, vigila de reojo a la cámara, con un aire seductor. Es una belleza perversa, luciferina. Tiesa como un bastón de mariscal. En la fisonomía aparentemente angélica se transparentan los rasgos de los progenitores, la cara del padre, cuadrada. Un viento alpino le arquea las cejas, casi invisibles de tan rubias y delicadas, y tan altas como las del *Ministerpräsident* del Tercer Reich, durante mucho tiempo el segundo hombre más poderoso en Alemania. Se llama Edda y es la única hija del difunto Hermann Göring.

A continuación, dando la espalda a la representante de la raza teutona, aparece Luitgard. Con el ceño fruncido, tuerce la boca en una mueca de disgusto apenas disimulado, sin preocuparse por la cámara. Adelgunde no ha podido venir. Se ha casado ya y tiene otras obligaciones. Tampoco Hermann las acompaña. No quiere saber nada de esas germanas ilustres que su madre se encarga de pasear por Madrid. Ha preferido quedarse en casa con sus libros, tal vez charlando con Tarsila. En cuanto a Ernst, hace tiempo que ha abierto el atlas y se ha marchado a algún remoto rincón, del que no tardará en volver para controlar sus dominios. En el margen derecho, con la cabeza cortada porque no cabía en el encuadre, la amiga de Edda, una alemana de cabellos oscuros. Sostiene una cámara entre las manos, con los labios abiertos, y parece entusiasmada con lo que ocurre en la arena. No ha parado de tomar instantáneas, ni siquiera ahora que Clara casi le pisa un pie al tratar de inmortalizarlas. Ella es quien ha traído a las otras cuatro. A su hermana Bertha. A su sobrina Lula. Y a las dos extranjeras. Al fondo se ve un cartel. Con el cuentahilos, ese instrumento óptico en su origen destinado a calcular las hebras que entretejidas forman el dibujo de una alfombra, tratas de descifrar la leyenda. *Los niños que no sean de pecho necesitan localidad.*

Las cinco mujeres están sentadas en una fila alta de grada. Allá abajo, tras unos cuantos pases y el correspondiente tercio de varas, pinchan al toro con unas banderillas de vivos colores. Edda se levanta de su asiento. ¡Esto que hacen los españoles con los pobres animales es una salvajada!, grita. La dureza de su acento da seriedad a la frase. ¡Degenerados! Pero nadie en la plaza la entiende, salvo sus cuatro acompañantes. A su alrededor, grullos fuera de sí entre oles y oles. Nadie comprende la lengua en la que habla esta mujer. Sólo Luitgard

murmura, entre dientes. También los toros llevan divisa. Presta atención a las palabras. Presta atención a todo. Es lo que hace muchos años le dijo el abuelo. El la enseñó a mantenerse siempre en guardia. A no fiarse de las apariencias. A no juzgar a la primera ojeada. Casta, bravura y trapío. Son palabras que hacen que un estremecimiento le recorra la piel. Ensabanados, colialbos, chorreados, carfoscos, salineros. Alemanes puros, judíos, mestizos, «gitanos, negros y sus bastardos».

Y ve montones de abrigos, pantalones, calcetines. No tiemblan en las cuerdas de un arenero. Ni siquiera piden ayuda. Ve chaquetas con una estrella amarilla, muñecos con la cabeza gorda, zapatos, dentaduras postizas, gafas, horquillas, dientes de oro, amontonados y clasificados en el suelo de una barraca. Los de tantos hombres, mujeres y niños marcados como si fueran reses de una ganadería. Como si fueran toros bravos. Tampoco aquí se desperdicia nada. Ni la lengua, ni las orejas, ni el rabo. Todo se come. Qué judiada, ¿verdad? Y Lula tira con rabia del vestido de la hija del mariscal para que se siente de una vez y se calle. La rubia se vuelve y la mira altanera. Bajo los buenos modales, se trasluce la fiereza del padre, un hombre que declaró estar orgulloso de no saber lo que era la justicia. Esta gente tiene el alma racial, que es como no tener nada más que una viscera siempre dispuesta a hacer que todos los demás órganos estén siempre dando voces. Un alma sedienta de sangre. Por fin, Edda vuelve a sentarse. Caen la tarde y el sol, y el oro relampaguea por todas partes. El traje de luces que se mueve por el coso parece un torbellino de campanillas.

El tendido más difícil, iracundo, vigila. Como una población a los perseguidos. Un bosque de ojos. Otro pueblo de porteros. Unos jalean, otros parece que no se enteran de nada, pero la masa de los denunciantes e incluso la de los indiferentes aclama. Con una única voz, que pide la muerte. La campaña de exterminio entra en su última fase. *Prohibido arrojar al ruedo cáscaras de naranja, piedras, palos ni otra cosa que pudiera perjudicar a los lidiadores*. Comienza la suerte del descabello, cuando el toro sigue en pie tras una o más estocadas, cuando el toro ha doblado. No puedo resistirlo, gimotea la hija del mariscal del Reich. Y vuelve a ponerse de pie. Y la gente a su espalda, a protestar. Luitgard mueve el cuerpo hacia delante y hacia atrás, bamboleándolo con una cadencia nerviosa, aunque contenida, como si obedeciera a un ritmo que ella misma recitara para sus adentros. Si tan amante es de los animales, si tanto la ofende esta cruel pantomima, murmura, ¿por qué no dicta unas cuantas leyes para la protección de la sangre de los toros? Klara, inclinándose por detrás de su invitada, le hace una seña. Haz el favor. La ovación recorre toda la plaza y una lluvia de pañuelos, gorros y pitilleras cae sobre el

matador.

En otra imagen aparecen de nuevo las cinco mujeres, esa misma noche en una fiesta, formando un ruedo frente al fotógrafo. Los vestidos, los peinados, los maquillajes son distintos. Más sofisticados, más elegantes. Sólo Luitgard vuelve a mostrarse distinta, con el ánimo sombrío, además de ajena a la cámara, sin la sonrisa amplia y despreocupada de las otras cuatro. Con una mirada de enojo, de triste y obstinado reproche, observa retadora a la Góring, el cuerpo vuelto hacia ella. ¿Y si le dices que tú, a pesar de tu pelo rubio ceniza y de tus ojos de un gris azulado, de tu sonoro nombre germánico, de ese aire del norte casi tan frío como el suyo, tienes apellidos que te hacen altamente sospechosa de pertenecer a la raza que ella y los suyos consideraron siempre inferior, más aún que la de cualquier animal? ¿Cómo salir de ese círculo infernal, no sólo el de la sociedad, en una época en la que hasta la fiesta de los toros se da la mano con la política, cómo salir del de su propia familia, tan enferma como el resto?

Luitgard lleva un peinado y un traje sencillos, la melena suelta, ni una sola joya. ¿Quién le ha enseñado a vestir así, a mirar de ese modo, a decir no hasta con los ojos frente a lo que no cabe ni un solo sí, ni siquiera un tímido tal vez, no sé? ¿Quién sino Hermann? ¿Y a él?

ATENCIÓN CURVA PELIGROSA

¿Acaso el mundo de los hombres y el de las mujeres no es el mismo, por más que algunas veces unos y otras caminen cogidos del brazo por la calle? Quiero estudiar medicina, había dicho Luitgard una tarde dejando la costura abandonada en su regazo. Tú a estas alturas sólo puedes ser enfermera, fue la contestación de Ernst. Aunque estarías muy mona con el uniforme. Y, tras recorrer con la vista las piernas de su hermana de arriba abajo, había lanzado un silbido de admiración, al que había seguido la típica carcajada del hombre satisfecho de sí mismo, de cada una de sus intervenciones. A ella por primera vez la risa de su hermano le había parecido un eco del infierno. Diseñar una vida propia. Es algo a lo que sólo los hombres pueden aspirar. Algunos. A las mujeres nos dejan sin herramientas con las que entender el mundo, había protestado Luitgard, volviendo a levantar el bastidor con la servilleta de color amarillo en la que bordaba una cigüeña con hilos de color blanco y marrón. Nada de física, nada de química o de matemáticas. Nada tampoco de filosofía. Sólo escobas, biberones, bayetas, barras de labios, zapatos de tacón y una baraja de cartas con la que entretenernos adivinando el futuro. Además de un romanticismo pueril con el que al final no sabemos qué hacer.

Enfrascado en sus cavilaciones e indagaciones de ingeniero, su primo Hermann parece un ser inalcanzable, uno de esos forasteros enigmáticos frente a los que Luitgard siente el impulso irresistible de darles la enhorabuena, de abrazarlos por el mero hecho de no ser idénticos a sus familiares, a sus conciudadanos, a ella misma. Siente fascinación por las herramientas que le ha visto utilizar, instrumentos ópticos y de medición con los que de pronto tiene más ojos que nadie. La regla de cálculo, el estereoscopio, el calibre. Cuando los maneja se convierte en un mago moderno, y su visión adquiere nuevas dimensiones. La tierra en los mapas recupera su relieve, parece hincharse bajo esos cristales. De un trozo de papel surgen montañas, valles, ríos que cobran vida. O un tamaño diez veces mayor del que tienen en las fotografías. Con el cuentahilos puede uno adivinar la existencia oculta de las cosas. Acceder hasta al detalle más recóndito de una imagen. Descubrir a una mujer y a un par de niños acodados

en una ventana de una casa de Nuremberg, oscurecidos hasta entonces bajo la sombra de otra fachada, mientras observan el desfile que recorre las calles de la ciudad durante el Día del Partido en 1937. A esos soldados que, con uniforme pardo y casco de combate, transportan plantones de roble apoyados sobre el hombro derecho. O llegar a ver a tres camareros asomados a los soportales del hotel *Deutscher Kaiser*, tras el bosque de brazos en alto y el mar de sombreros.

Detalles minúsculos de gentes y lugares que han desaparecido hace mucho tiempo. La mayoría para siempre. Y carteles que ni siquiera se aprecian a simple vista. *¿A* ver si logro ver el menú del día?, dice Adelgunde, pegando el ojo al cuentahilos. Ah, sí, sí. Mira. Hoy tenemos *Sauerkraut* a la *Deutscher Kaiser*. Y *Fleischküchle* a la Stauffer. Hoy no toca hacer *Eintopf*. La sombra alta y erguida de su hermano se ha apostado tras ella. Están todos reunidos en la casa de la calle Galileo. Han celebrado el cumpleaños de Clara brindando una vez más con las copas de cristal rojo y morado por encima del mantel de la larga mesa del comedor, junto a la entrada, y ahora se entretienen mirando unas fotografías de hace treinta años. Hermann, pídeme que me case contigo, exclama Luitgard de pronto y sonríe a su primo, como si hubiera expresado un ruego del todo habitual. ¿Te apetece una taza de café? ¿Un paseo? ¿Hacer el amor?

Hermann percibe cómo el silencio crece a sus espaldas. La animadversión de Ernst, que siempre le ha considerado un competidor y a la vez un paria. Un bastardo con los mismos apellidos que lleva él. El miedo de Bertha ante una fuerza que no comprende y que tiende a personificarse siempre en alguna de sus hijas. La fuerza del deseo, más allá de la realidad, de lo permitido. ¿Por qué no pondrán en práctica los consejos del catecismo de la Sección Femenina, como la mayoría de las mujeres de su edad? En otro tiempo, en las ferias, cuando ella era una niña, podían verse unos artefactos de madera con dos cajoncillos bajo un rótulo en el que se leía: Agencia Internacional de Intermediación Matrimonial. Un cajón, para los hombres. *Für Herrén*. Otro, para las mujeres. La máquina del matrimonio. La dama recibía el perfil de su futuro novio, una descripción exacta, por unas pocas monedas. Un entretenimiento inofensivo cuando uno no tenía más remedio que acatar las disposiciones paternas.

Ernst se lleva un índice detrás de una oreja y se golpea el cráneo. Sí, a Luitgard, de pequeña, le trepanaron los oídos. Tal vez por ahí se le escapó la sustancia que ahora tendría que ayudarla a comportarse, parece indicar. Adelgunde ha dejado las fotografías antiguas y sonríe con una taza de té entre las manos. De porcelana blanca, resalta sobre su traje oscuro. Su marido guarda silencio. También Klara se muestra tranquila. Pero si sólo le lleva seis años, exclama, recordando el

momento en que Tarsila la fotografió con Julio, cuatro años más joven que ella. Sentados en un sillón, iluminados por el sol. El en equilibrio sobre el brazo de mimbre, apoyado en el respaldo. Ella, con un libro entre las manos. Y al fondo, el caserón rodeado de flores de hierro. Debe de ser una enfermedad que afecta a algunas de las mujeres de esta familia. Pero también para casarse con un primo se necesita un permiso del Papa, bromea Adelgunde. Ernst deja caer el visillo y se aleja del ventanal que da al mirador junto al que hace un instante estaba sentada Gunde con el cuentahilos y del caldero de cobre bruñido en el que aún, al cabo de tantos años, se estira una palmera. Dame la mano, primito. Hermann tiende la mano derecha, pero Ernst la rechaza. No, hombre, no, la izquierda. Voy a leerte las líneas. Y se agacha y le tira del brazo izquierdo. Ahí no hay nada, advierte Hermann. Es como tratar de leer en las estrellas. O regirse por lo que dicen las cartas. Pero a Ernst le trae sin cuidado lo que pueda decir nadie. En la antigüedad, la quiromancia era un medio de conocer al hombre…

Le gusta soltar discursos con los que pasa por ser un hombre culto. Aprende argumentos de óperas y poesías de memoria, pero sólo escucha las primeras, y las segundas en realidad no las lee. No trata de entenderlas. Sólo las repite sin cesar, hasta poder cantarlas y recitarlas de carrerilla. Y en los conciertos siempre marca el ritmo con la cabeza y los pies, para que todo el mundo vea que es un experto, un melómano. Al introducirse en Occidente, sigue diciendo, la quiromancia tomó carácter empírico y adivinatorio. Pasa un dedo por la carne, como quien toma una muestra del polvo que cubre un mueble olvidado en una esquina. Una mosca zumba y golpea contra el cristal de la ventana. Para la adivinación se suele utilizar la mano izquierda, por considerarse que está menos desfigurada por el trabajo. No es tu caso, primito, pero observemos las reglas del juego. Como si él mismo pudiera tener alguna mano deformada por una vida dura. En todo caso, por deportes como el tenis o la natación. Esculpe su cuerpo con la dedicación que sólo un ocioso de la clase alta puede permitirse. Tampoco la práctica de la caza ha afeado sus manos. Y eso que ya no persigue mariposas, como cuando era un niño y estaban en Alemania.

Se estudian primero cuatro líneas principales. La de la vida, la de la cabeza, la del corazón y la de la fortuna. Ernst hunde la mirada en la mano que tiene entre manos. Hermann es un hombre sensible, casi místico, dice. Aunque se interese por la ciencia y la matemática, no olvida la filosofía, el arte. Y al decirlo, Ernst le cierra la mano con fuerza, la aprieta entre las suyas y vuelve a abrírsela. Después se estudian los llamados montes planetarios, situados en la raíz de Jos dedos, y cuya mayor o menor eminencia sirve para medir el grado de las cualidades. También se tienen en cuenta las líneas secundarias y

los ángulos, las cruces y estrellas que forman entre sí. Este hombre no tiene futuro, sentencia, levantando la vista y clavándola en los ojos de todas las mujeres de su familia. Una por una. Su madre, su tía Clara y sus hermanas, Adelgunde y Luitgard. Una sonrisa de satisfacción acompaña a su mirada. Es un don nadie, añade. No le ha educado un padre, que no tiene, ni siquiera su madre, sino una simple criada. Se oyen protestas a su alrededor. Tan sólo Hermann mantiene la calma.

Y fijando de nuevo la vista en la palma de la mano para seguir una de las líneas que la atraviesan, pero que desaparece en el centro, como una carretera que tras describir una pronunciada curva se perdiera en las arenas del desierto, Ernst concluye: Y la línea de la vida es muy corta. Adelgunde ha dejado la taza sobre una mesilla y se ha colocado detrás de Luitgard. Su mirada oscura, directa, está clavada en los ojos de su hermano. Hace tiempo que sabe lo que ocurre entre su hermana y su primo, sin que ellos mismos se hayan dado cuenta de lo que pasa entre ellos. Se ven sin mirarse, se esquivan sin apartarse del todo, se rozan sin tocarse, pero los cuerpos hablan, las manos buscan, aunque las lenguas callen. ¿Has terminado, Ernst?, pregunta y pone una mano en el hombro de su hermana. Hermann se levanta, dejando a Ernst plantado junto a la mesa en la que él estaba leyendo hasta ese momento, y se dirige hacia ellas. Luitgard, pídeme que me case contigo. Quiero decir, cásate conmigo. También ella se ha levantado del asiento. Y se miran durante unos instantes y de pronto se dan media vuelta y se alejan por el pasillo, sin decir una palabra, pasando por delante de los retratos de sus bisabuelos. Abraham Stauffer y Anna Barbara Ruckert. Quien con perros se acuesta, con pulgas se levanta, exclama Ernst a sus espaldas, asomando la cabeza por la puerta de cristal. Y deja escapar otra de sus carcajadas.

Pero ellos han doblado ya la curva en el pasillo. La madera cruje bajo sus pies en esa casa que parece una trampa mortal, y ahora pasan junto al duelo de Juana la Loca, al que ya no prestan atención. Cuando eran niños apenas alcanzaban a ver la lúgubre estampa y hace años que ni la miran. Y se detienen un instante junto al pequeño cuadro en el que un perro levanta el hocico hacia un caballete con otro lienzo en el que aparece la misma escena: su bisabuelo entre sacos de cebada y, al fondo, las torres de la iglesia de San Lorenzo en Nuremberg. El cuadro dentro del cuadro. Siempre les gustó rozar el rostro y las barbas de Abraham, que no están pintados como el resto. Alguien recortó una fotografía minúscula y la pegó sobre el lienzo. Después dejan a un lado la oreja de mar, los moldes de cocina y las cazuelas de cobre que, al cerrar ellos la puerta tras de sí, resuenan en cascada. Las copas de cristal, altas y orgullosas, están aún sobre la mesa del comedor. Y bajan las escaleras y por fin salen al aire libre y avanzan por las calles cubiertas de hojas, ríos de oro crujiente bajo la

luz blanca de principios del invierno. Entre los árboles desnudos, unos barrenderos, envueltos en sus trajes de color marrón, han hecho un alto y fuman un cigarrillo. Al ver pasar a Lula y a Hermann, en fila, uno detrás de otro, levantan sus escobas hacia el cielo, en señal de saludo. La unión de un ángel con un pobre diablo de mirada y tez oscuras es un desafío a las leyes del clan. De la manada.

NATURALEZA MUERTA

No llegaste a conocerle. También él murió antes de que tú nacieras. Como Julio. Como Conrad. No llegaste a conocerle y sin embargo le ves, mejor que a otros que todavía caminan como tú por la tierra. Le ves apurando una copita de aguardiente, comiendo un poco de carne fría, de pie, en la cocina. Aún es de noche. Alguien le habla. No es verdad que el cazador mate para obtener su presa, asegura su interlocutor. Tan sólo una silueta oscura. Con la satisfacción del entendido. Luego dejas de verle. Se abre un marco de ventana. Y un paisaje extenso, cubierto de encinas muy separadas unas de otras. Niebla, azafrán y lluvia. Los limones y las tejas aparecen envueltos en un halo de color naranja. La luz puede ser de amanecida, pero también de tarde. Es una luz incierta, difícil. Y le vuelves a ver en los ojos de quien te lo ha contado. Sonriendo, junto a una mesa en la que hay unos melocotones, unas uvas y unas nueces en un cesto de mimbre. Y una botella de cristal rayado con chapa. Orange Crush. Sonríe con los labios, con los ojos. Los ojos de Julio. Oscuros, tristes. Y vuelves a verle, un poco más tarde, agachado entre unos arbustos, aspirando el aire puro y limpio de la dehesa. Y una vez más. La última. Rodeado de sombras, en el suelo. Eres mucho mayor que él entonces. Aun así, todavía repites su nombre alguna vez. En un susurro. Hermann.

Es miércoles, el 15 de febrero de 19 61. Desde hace meses los periódicos hablan del eclipse total de sol que hoy se verá en Europa, de que habrá que esperar nada menos que hasta el 12 de agosto del 2026 para ver uno similar. En la antigüedad, los hombres creían que un eclipse solar era la señal de algo horrible. Que el sol era devorado por algún tipo de animal, un dragón o un lobo, y que el único modo de liberar al astro era actuando de un modo caótico. Golpeaban calderos, producían ruidos con la boca, bailaban y se comportaban como locos. Hasta que el sol volvía a salir. La luz entra ahora por la ventana. Luitgard y Adelgunde, sentadas en el comedor de una casa de campo, han olvidado por completo qué día es. Los hombres han salido de madrugada, con la rehala de perros. Hace tiempo que en la familia ya no abunda el dinero, la última fábrica de cerveza ha pasado también a otras manos. Casimiro la malvendió a unos parientes, pero

Ernst sigue viviendo como un señorito. Los hombres se han levantado cuando todavía era de noche y se han vestido de una manera especial. Prendas de paño y pana de colores pardos, verdes, marrones. Tonos como los del paisaje, que ha ido despertando poco a poco a medida que ellos se alejaban de la casa, en busca de las camas de los jabalíes, en pos del rastro de olor a pelo sucio de las bestias en el recencio de la mañana.

Han tomado una copita de aguardiente y un poco de carne fría antes de salir. No es verdad que el cazador mate para obtener su presa, ha asegurado Ernst, mientras paladeaba el líquido transparente, abrasador. Nunca se ha matado sólo por eso. Y lo ha dicho con la satisfacción del entendido. No es la primera vez que Hermann sale de caza, aunque siempre se limita a apuntar. Jamás se ha atrevido a hacer un disparo. Le basta respirar el aire del campo, el movimiento de las hojas, los cambios de luz. Detenidos entre los arbustos, ambos escuchan los golpes de su corazón, cómo la sangre avanza en sus venas. Ernst se pega a una encina y acaricia el tronco áspero, como cuando en la Selva Negra se abrazaba a los robles. Aquéllos, gigantes, tenían el porte de un guerrero. De miles de guerreros dispuestos para el ataque. Con sus uniformes de corteza, pardos. Un bosque alemán. Ordenado, recto. Allí él sólo cazaba mariposas. Hace tiempo que ha abandonado la costumbre de trepar a los árboles. Ahora se agazapa detrás de los troncos. Al acecho, con el arma cargada. La levanta, la apoya en su hombro y apunta. Hermann contempla el cielo. Nada se mueve allá arriba. Y un jabalí se acerca hasta la orilla del río.

Luitgard levanta la vista. Y ve a Hermann sonriendo, junto a la mesa en la que alguien ha dejado un cesto de mimbre con frutas y una botella de cristal rayado. Hermann sonríe con los labios, con los ojos. Y lo hace con los ojos de Julio. Con los ojos de su padre. Se llamará Samuel, dice mirando el vientre de Luitgard. Y ella vuelve a sonreír, como esta mañana, cuando le contestó: Samuel, sí. Ése es el nombre que le pondremos. Y de pronto, el paisaje en el ventanal, ante el que acaba de ver a Hermann tal y como lo vio al despedirse, aparece envuelto en una luz extraña, algo lechosa, artificial, como la de un diorama en un museo de ciencias naturales. O una vitrina del pabellón de caza de un palacio de verano. Con los robles duros, fuertes, de cartón. Y las encinas, las bellotas diseminadas por el suelo. La luz parece vieja, exhausta, aunque el cielo está despejado. La sensación es de que empieza a caer la tarde, cuando hace pocas horas que se ha levantado el sol. No se aprecian las distancias. Y el cuarto se ha quedado en tinieblas.

Se oye un disparo. Y el eco. Después, un grito. En el silencio del campo todo se oye cerca y a un tiempo lejos. Luitgard y Adelgunde se levantan de golpe. Los melocotones, las uvas, las nueces, la botella de

cristal rayado llena de naranjada, han perdido el color. Hace frío, un frío intenso, súbito. Y de nuevo reina la paz, como si la vida se hubiera detenido. No el paisaje, el universo, el cosmos, todo parece muerto. Sólo al cabo de unos minutos el sol vuelve a brillar y por delante de la ventana cruza una bandada de rabilargos. Vuelan en oleadas, inquietos. Se posan en los brazos sarmentosos de una parra, agitan las largas colas de color azul, las capuchas negras. El viento ahí fuera una vez más se pone en marcha y arrastra las hojas. Cadáveres retorcidos, tan frágiles como el de una mariposa. La naturaleza poco a poco recupera sus colores y las mujeres salen de la casa, una detrás de la otra. En el horizonte se oyen las esquilas. Y nuevos gritos, voces nerviosas, de hombres que corren, dando órdenes. Pero ellas no ven más que los postes eléctricos a lo lejos.

Venía de allí. Desde la puerta de la casa, Luitgard señala en dirección al río. Sí, creo que sí. Y también ellas echan a correr. Cojamos el coche. Y se dan la vuelta y se chocan la una contra la otra, tal vez buscando calor en su torpeza, aturdidas. El coche siempre lo dejan abierto, las llaves, puestas. A Gunde le cuesta un poco arrancar, pero enseguida toma la rodada que atraviesa la finca, entre las encinas achaparradas, hasta llegar al cauce seco bajo las ruinas de un puente romano. Ahí está. Un hervidero de figuras sombrías. De cabezas gachas. De ojos que miran y no se atreven a mirar. Y Hermann en el centro. En las cacerías se respetan ciertas leyes, pero la caza sigue siendo un sacrificio. Ernst insiste en que ha sido un accidente. Que su arma la tenía el batidor. El hombre sigue agarrado a ella con ambas manos y una expresión de asombro, estremecido. Se ha disparado, dice. Se ha disparado. Sólo eso. Las ramas saben. Las hojas, las raíces. Pero no dirán nada. Una cigüeña tabletea con el pico y los toros en la dehesa de enfrente mugen al cielo.

Unos hombres han corrido ya a avisar, para que acudan el juez, el forense, la guardia civil, y los demás se van sentando sobre la tierra dura y fría, porque parece que no vendrán nunca. Que antes lo harán los buitres, describiendo círculos desde las cumbres de la sierra. Alguien se decide a encender una fogata y algunos acaban por apoyar la espalda y la cabeza en el tronco de un árbol. Luitgard permanece de pie, con los brazos caídos, la mirada perdida y la cabeza inclinada sobre el pecho. Tiene una grieta que le recorre el cuerpo. Su piel, el color de un lienzo antiguo. No dice nada, no hace ruido alguno, apenas se mueve. Sólo su cuerpo parece tambalearse al paso de una brisa inexistente o temblar de manera muy leve hacia delante y hacia atrás, como si una suave cadencia empezara a apoderarse poco a poco de todos y cada uno de sus miembros, una cadencia que ya casi nunca la abandonará, que ya antes la dominaba alguna vez, cuando sentía la necesidad de pensar, de detener el tiempo, de dar marcha atrás. De

cuando en cuando levanta la mirada y contempla el hermoso cadáver, tirado en el suelo, el agujero de la bala. Abierto como un ojo, deja escapar una lágrima roja. Los miembros largos, ahora rígidos. La cicatriz sobre la ceja del ojo izquierdo, paralela a la frente.

Se llamará Samuel, dijo esta mañana justo antes de marcharse. Se llamará Samuel, acaba por decir ella en un murmullo. Se llamará Samuel, sí, le repite su hermana al oído. De pie, tras ella, ha puesto al llegar su mano en el hombro de Lula y ninguna de las dos se ha movido de ahí. Hay lugares impregnados de dolor. El mundo está lleno de lugares así. La superficie de la tierra, cubierta de esas costras. Y allí lo enterraron. Como a tantos otros, bajo el olor a resina de las jaras. Hermann. Tú todavía repites su nombre alguna vez.

ES PELIGROSO ASOMARSE

Con una noticia en un periódico. Así empezó todo. Fue un periódico el que te reveló la verdad. La verdad no, sólo una parte. Un periódico, y no uno de esos objetos que siempre has acechado con idolatría, esperando que en cualquier momento acabaran por mostrarte lo que las personas a tu alrededor no querían o no eran capaces de decir. Ni el piano, ni las copas de cristal, ni el trozo que faltaba en una fotografía. Tuvo que ser un periódico. Una de esas reproducciones planas, vulgares, de la realidad. Ya lo sabías. Que había que tener mucho cuidado a la hora de abrirlos. O de poner la radio. Cualquier acontecimiento podía ser contagioso. Lo cogiste, para echarle una ojeada, y te encontraste con aquella noticia por puro azar, aunque ocupaba toda una página y las dos siguientes. No hubieras podido pasarla por alto. Los 104 de la lista negra. La historia y los nombres de los presuntos agentes nazis que han vivido en España con la protección de Franco. Un escalofrío te recorrió la espalda al ver aquella relación con los nombres de las personas que los aliados habían exigido al gobierno español que fueran repatriadas a Alemania. En 1947. Hacía exactamente cincuenta años.

Te encontrabas en casa de unos amigos. Un domingo por la tarde, uno de los últimos días de marzo, aunque hacía buen tiempo y habíais salido a la terraza, donde charlabais medio tumbados al sol. Las campanadas en la ciudad se oían a lo lejos. Un buitre volaba en grandes círculos sobre vuestras cabezas. Tú hojeabas el periódico sin mucho interés, pero desde el momento en que te topaste con el titular perdiste la noción del tiempo, dejaste de escuchar a los demás, te hundiste en una oleada de recuerdos, de sentimientos encontrados, de sensaciones que algunos de tus amigos sin duda acabaron por advertir, aunque siguieron enfrascados en la conversación de una tarde que parecía no tener fin.

¿Te ocurre algo?, preguntó Miguel y te puso una mano en el hombro. Tú habías pasado ya la página, recorrías uno a uno los ciento cuatro nombres. Algunos te resultaban conocidos. Eran nombres que habías oído pronunciar a menudo. Y a más de uno de aquellos sujetos incluso lo habías visto en alguna ocasión. Burbach, Lipperheide,

Pasch. Recordaste también otros que no aparecían en aquella lista, como Degrelle, el belga que se consideraba hijo adoptivo de Hitler. Todos ellos acudían con cierta frecuencia a la casa de la calle Galileo, a aquel opresivo decorado lleno de alfombras y tapices, con la despedida de las carabelas y una silueta en primer plano llorando, de arañas de cristal y figuras de porcelana. Entonces eras muy joven, casi un niño, pero admirabas a tu madre, de la que decían que era una roja y de la que siempre te has sentido tan orgulloso.

Y de pronto, tus ojos, que recorrían aquella lista por riguroso orden alfabético, se toparon con su nombre, el nombre que estabas buscando sin buscarlo, sin saberlo, sin querer, entre todos aquellos innombrables. Stauffer, Garita. Posible paradero: Galileo, 14. Madrid. Esta mujer es una de las principales responsables de la organización secreta *Hilfsverein*. Comprometida activamente en la tarea de proporcionar documentación falsa a alemanes, encontrarles trabajo, etc., al finalizar la guerra recibió un permiso especial de la Embajada alemana para adoptar la nacionalidad española con el propósito de llevar a cabo actividades tras la derrota.

De modo que no sabían que había muerto, que la casa de Galileo ya no era suya, un piso de renta antigua que hubo que vaciar a toda prisa, repartiendo los muebles entre los pocos familiares. El piano. Las porcelanas. Los dos angelotes blancos. Y los libros. Montañas y montañas de libros llenos de polvo. En alemán, en inglés, en francés. Y las copas de cristal. Además de unos pocos cuadros. Los retratos de Abraham Stauffer y Anna Barbara Ruckert. El velatorio de Felipe el Hermoso. El pequeño lienzo con el retrato de Abraham entre sacos de cebada. Y el repostero con la despedida de Colón. Faltaba el escritorio modernista. La propia Klara se lo había dado a Lula muchos años antes, a la muerte de Hermann. Casi vacío. Tan sólo estaban allí la lupa, el cuentahilos y el estereoscopio de tu padre, cada uno en su correspondiente funda de piel, además de una plumilla y los sellos con las iniciales de Conrad Stauffer y Julia Loewe. En plata, con el mango de nácar. Uno blanco. El otro rosa. Los documentos, las fotografías y las pocas páginas que Hermann llegó a escribir los había escondido Tarsila.

Tuviste que volver a leer aquellas líneas. Stauffer, Clarita. Posible paradero: Galileo, 14. Madrid. Esta mujer es una de las principales responsables de la organización secreta *Hilfsverein*… De modo que tu abuela, la generosa Clara, la persona que se ocupó noche y día de tu madre cuando murió tu padre, su hijo Hermann, de ti cuando naciste, que ayudó también a otras muchas personas, estaba allí, rodeada de agentes de contraespionaje nazis, de miembros de las SS y de la Gestapo. Uno era responsable de la muerte de numerosos ciudadanos franceses y de la tortura de otras muchas personas en su célebre baño

de hielo de San Juan de Luz. Otro, que se hacía llamar doctor, había estado involucrado en la compra de animales del Marruecos y de la Guinea españoles para fines experimentales en Alemania, entre ellos, la propagación de enfermedades en los campos de concentración. Enfermedades como la peste. Sentiste náuseas. ¿Qué ocurre, Samuel?, volvió a preguntar Miguel. Pero tú aún te preguntabas qué era lo que hacía ella allí, entre asesinos, y no podías siquiera contestar a aquella otra pregunta, tan simple. ¿Qué ocurre, Samuel? Una persona inteligente, sensible, culta.

¿Cómo podía ser? Siempre supistelo que pensaba, pero nunca se te pasó por la imaginación que pudiera estar involucrada de manera activa. Te pareció que la cabeza te iba a estallar. Sus ideas, sí, sus ideas eran equivocadas. Pero por encima de las ideas, te has repetido siempre, están los actos. ¿Qué hacía allí, en aquella lista? Te levantaste. Necesitabas hablar con alguien que te explicara todo aquello. Y fue tu madre quien te lo confirmó. Había ayudado a muchos soldados alemanes en su huida a Sudamérica. Soldados jovencísimos, seres inocentes. Su casa aparecía a menudo llena de montones de ropa interior, de pantalones y chaquetas, de guantes, calcetines y botas, de comida. Montones que ella colocaba ordenados a lo largo del pasillo. Tu padre me lo contó. Y Tarsila. También ella estaba al corriente. Cogía su coche, aquel Citroën negro, y les llevaba todo lo que podían necesitar. Eran muy jóvenes y la guerra los había arrastrado lejos de su casa.

Pero también debió de ayudar a otros, protestaste. Otros hombres no tan inocentes. No te atrevías a pensarlo, no querías decirlo, pero acabaste por hacerlo. No podías quedarte callado. Tal vez incluso a miembros destacados de las S S. Eran tantas las preguntas. ¿Por qué no me lo dijiste? Habría acabado por comprender. ¿Por qué? Ernst no quiso que se supiera. Ernst. Entonces lo entendiste. Una familia entera en estado de excepción. Amenazada por el miedo. Y mientras tanto, la amnesia se extiende como una mancha de aceite, borrándolo todo y haciendo más fácil la regeneración, pero también el avance del mal. Ernst hacía tiempo que se había marchado, aunque regresó con frecuencia para poder controlar sus dominios. Tenía inmunidad, dentro y fuera de la familia. Siempre volvía a abrir el atlas y a marcharse. Argentina, Turquía, China. Pero su influencia se dejaba sentir incluso desde tan lejos.

De todos modos, tú mismo lo has dicho alguna vez. Un buen cerebro no tiene límites. Si no se embota o aletarga, si no se acostumbra a las noticias de ciudades destruidas por las bombas. Un buen cerebro debe ser capaz de imaginar. Y el tuyo no lo ha sido. Seguiste dándole vueltas, haciéndote todo tipo de preguntas. ¿Se puede ser nazi sin ser un criminal o un cretino? Allí, en aquella

página, tenías un buen ejemplo de algo de lo que siempre has estado convencido. Que el individuo deja de serlo en una masa, en una lista. Queda anulado. Como en la triste extensión de un cementerio. Como en la descripción de un pasaporte, que lo único que hace es descomponerlo, reducirlo, por mucho que parezca que el retrato reúne de nuevo cada trozo. La mayoría de las fotografías no hacen justicia al retratado, como no la hacía aquella lista, como no la hace ninguna, pues en ellas los nombres parecen meras etiquetas, como los que aparecen en cualquier colección de insectos, pinchados sobre una superficie lisa tras un cristal. ¿Por qué nos conformamos siempre con ensamblar un par de piezas del gigantesco rompecabezas?

Alguien cogió entonces el periódico y en voz alta empezó a leer algunos de los nombres. Tú te volviste, alarmado. No te atreviste a confesar que uno de tus familiares aparecía allí. Aún te cuesta reconocerlo. Seguiste callado. Y recordaste que, cuando eras niño, tu madre, después de comer, siempre te hacía trepar hasta sus rodillas y te contaba historias. Historias de este mundo insensato y feroz al que ella siempre se empeñó en dar un sello razonable. Historias de este mundo insensato y feroz en el que la humanidad siempre estará a merced de sí misma, en sus propias manos. Unas manos a menudo crueles, que responden a unos cerebros a los que no les gusta tener que pararse a pensar, a unas bocas que no hacen más que hablar y hablar sin orden, sin respeto siquiera. Y mientras, es tanto lo que se nos escapa, lo que nos ocultan, lo que no acabamos de entender. Tantos sucesos, tantos detalles de la vida de nuestros antepasados. Carlota Clara Hinton. Tu abuelo. Tu padre. Son como estrellas, lejanísimas, que se apagaron hace mucho tiempo, y de las que apenas sabes algo más que su nombre. Nunca los alcanzarás.

En silencio, te levantaste. Necesitabas estirar las piernas, que el aire entrara en tus pulmones. Guardaste aquel recorte en el bolsillo de tu chaqueta y durante muchos meses no volviste a leerlo, aunque lo repasabas con la mente una y otra vez y de cuando en cuando lo tocabas sin sacarlo del bolsillo. Durante ocho meses seguiste callado, no volviste a hablar de ello, tratando de asimilar aquella noticia, y cuando volvió el invierno, cuando los días se fueron haciendo cada vez más cortos, esos días grises, casi blancos, en los que tanto echamos de menos a los que se han ido ya, decidiste marcharte fuera de la ciudad para ordenar tus ideas. Fue entonces cuando se te ocurrió visitar aquel cementerio de soldados alemanes. Caminabas entre las tumbas, leyendo las inscripciones de las cruces. Hermann Kilp. 1920-1943. Muerto a los veintitrés años. Johannes Hoffmann, a los veinte. Waldemar Sichart von Sichartshoff, a los veinticinco. Otto Reichert, a los veintiuno. Walter Klima, a los veintidós. Rudolf Tanzberger, a los veintiuno.

Caminabas entre las tumbas, cuando al final del corto sendero que dividía el cementerio en dos, junto a la tapia, te giraste y cerraste los ojos para poder escuchar la voz del viento. Toda tu vida pasó ante tus ojos. Y detalles de la de algunos de tus antepasados. Todos aquellos episodios que te habían ido contando. Una silueta oscura, una sombra agazapada en tu interior, levantó la cabeza y te miró a los ojos. Una sombra agachada tras el tronco de una encina. Repasaste sus rasgos. El pico de viuda, la frente alta, la mirada de águila, la sonrisa amplia, seductora. No sólo las ramas saben. Las hojas, las raíces. No sólo el difunto, al que tal vez le bastó una mirada. Hermann Stauffer. 1939-1961. Muerto él también a los veintiún años. Como tantos otros, a manos de uno de sus semejantes. Hay lugares impregnados de dolor. Y lugares que resultan proféticos, que tienen la virtud o la desgracia de hacernos ver a lo lejos.

El asesino, acariciando la corteza del tronco, como una mariposa capaz de mimetizarse con el árbol hasta casi desaparecer, levantó la mirada y sus ojos le delataron. La bola de la villanía se le debió de formar en la nuca y él cedió a la tentación. Fue Ernst. El apretó el gatillo. Hacía tiempo que le estaba buscando la muerte por las manos, debajo de las uñas, entre los dedos. Abriste los ojos. Las vainas de las glicinias temblaban sobre tu cabeza. Y en el silencio, sólo roto por los rabilargos y el tableteo del pico de una cigüeña, escuchaste un disparo. Hundiéndose en la carne, perdiéndose en la nada, inmensa, de otro tiempo. Y los toros volvieron a mugir allá lejos. En la dehesa. Bastaba hacer presión con un dedo para eliminar a una persona de su campo visual para siempre. Como sólo se necesita una presión similar para fijar la imagen de un acontecimiento cualquiera durante un periodo indefinido de tiempo. Fue Ernst. También él un hombre culto, civilizado. ¿Por qué? Una vez más, hablaste con Lula para confirmar tus sospechas. No pudo negarlo, pero tampoco darte una explicación. La vida nonata aún temblaba en el fondo de sus ojos. Todo lo que ella y Hermann habían soñado con hacer algún día, juntos.

Así son los secretos de familia, los secretos de Estado. Durante años y años se oculta algo que, de saberse, resultaría vergonzoso. Nadie habla de ello. Si no dices nada, es como si no fuera verdad, como si nunca hubiera ocurrido, pero poco a poco los efectos de lo que se calla se dejan sentir. Y de pronto, un día, el secreto sale a la luz. Y de debajo, como un enorme iceberg, aún surge otro mayor, más doloroso. Ni tu padre ni el mío pudieron hablar, te dijo tu madre. No te quedes callado, Samuel. Habla. Pero trata de hacerlo como los poetas. Un gran dolor les ha mordido siempre las entrañas y aun así han sabido dar las gracias. Oh Dios, perdónanos. Tu belleza es un bosque y cuando hablamos de ella nuestras palabras lo talan sin querer, recordó. Con la sencillez y la sinceridad de un poeta. Fue así como te

decidiste a hablar, a tratar de recomponer el pasado. Al fin y al cabo no tienes más que eso, un montón de imágenes rotas, y las palabras. Pero quedan aún tantos detalles entre los escombros. Tantos fragmentos que no has sido capaz de arrebatar al olvido.

¿El abuelo Julio era republicano?, preguntaste en una ocasión al poco de cumplir los diez años. Tarsila te hablaba tanto de él, con tanta admiración, y tú siempre sentiste un gran orgullo por tener un abuelo como él. No le llegaste a conocer, pero siempre fue como una estrella en tu ropa del colegio, una condecoración que colgaba del árbol genealógico de la familia, aunque a menudo te pareció que sólo brillaba para ti y para tu madre, que tampoco llegó a conocerle. Como tampoco tu padre. En cuanto a tu abuela, apenas hablaba de él. Tal vez le dolía demasiado como para poder hacerlo. Sólo de cuando en cuando, en las grandes ocasiones, cuando bebía en una de aquellas copas de cristal tallado, era como si de pronto se le deshiciera un nudo en la garganta. Los ojos se le humedecían y parecía que el azul se iba a desbordar. Entonces hablaba de él. Fue en una de esas ocasiones cuando te habló del sueño aquel. Un hilo se abrió todo lo largo que es un parabrisas delantero, dijo. Un horizonte, un paisaje, una vida. Pero eso fue mucho después.

¿El abuelo Julio era republicano?, preguntaste al poco de cumplir los diez años. Luitgard, tan a menudo absorta en sus pensamientos, bamboleaba el cuerpo con una suave cadencia, hacia delante y hacia atrás, con un ritmo casi imperceptible, como tantas otras veces, sin darse cuenta, pero se detuvo y sonrió. Con esa sonrisa dulce que siempre reservaba para ti. Sí, contestó. Tu abuelo era lo único decente que se podía ser entonces en España. Después, volviendo a balancearse con suavidad, te habló de esos pozos en los que en otro tiempo se guardaba la nieve. En lo más hondo. Como el amor. Como el odio. Invisible habitando lo invisible o semilla en la lonja de nuestros corazones, añadió despacio, citando a uno de sus poetas preferidos, un poeta al que leía siempre a la luz del invierno. Fue entonces cuando te habló de aquellos pozos. Los pozos de la nieve. De toda aquella nieve cubierta con piedras, capas y capas. Con polvo y paja. Como el amor en nuestros corazones. Cubierto de capas y más capas de frases estúpidas y cobardes, bajo un montón de estratos formados por todos esos lugares comunes, por todas esas mentiras que hacen que el aire a nuestro alrededor poco a poco se vuelva irrespirable.

Has seguido sus consejos, has luchado y aún luchas para evitar que tu corazón se convierta en uno de esos pozos, aunque siempre has sabido que el mantel volvería a oler a pólvora. Que, si no deshacemos el hielo que se acumula en nuestros corazones, el hielo que acaba por aflorar a nuestros labios y quema, todo ese hielo bajo el que se va congelando nuestra vida, siempre olerá a pólvora. Y la nieve sigue

cayendo. Ahí fuera. Despacio. Y cae también sobre el papel en el que has estado escribiendo, sobre esos pedazos de vida que has recogido de entre los escombros, porque sabes que toda esa nieve que se amontona en tantos corazones blindados en el frío de su soberbia, toda esa nieve que con tanta facilidad sale por sus bocas, tratará de borrar tus palabras.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA,
DE «LOS POZOS DE LA NIEVE», DE
BERTA VIAS MAHOU, SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN CAPELLADES
EN EL MES DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO 2008

